The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

898.96
V677e

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

17Apr'45RS
2May'453
19Oct'56D,

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elerial00vigi

EL ERIAL

Quinta Edición

1929

THE HISPANIC SOCIETY
DUPLICATE

OBRAS PUBLICADAS POR LA EDITORIAL ATLANTIDA

DE CONSTANCIO C. VIGIL

El Erial. — Edición de lujo	$	5.00
El Erial. — Edición en tela	,,	3.00
El Erial. — Edición popular	,,	1.00
Los que pasan	,,	2.00
Las verdades ocultas	,,	2.00
Cuentos	,,	2.00

Libros para niños

Cartas a gente menuda	,,	2.00
Cuentos para niños	,,	2.00
Botón Tolón	,,	2.00

Libros de lectura, aprobados como texto para las escuelas primarias por el Honorable Consejo Nacional de Educación de la República Argentina

La escuela de la señorita Susana (1er. grado)	$	0.70
Compañero (2º grado)	,,	0.90
Marta y Jorge (3er. grado)	,,	1.50
Mangocho (4º grado)	,,	1.50
Alma Nueva (5º y 6º grados)	,,	1.50

Cuentos para niños, impresos a seis colores, con magníficas ilustraciones por Asha

El mono relojero	$	1.00
Tragapatos	,,	1.00
Los ratones campesinos	,,	1.00
Lo más inútil del mundo	,,	1.00
El pirincho enfermo	,,	1.00
Los conejos silvestres	,,	1.00
Los frutos de la venganza	,,	1.00
Los escarabajos y la moneda de oro	,,	1.00
Cuentos que me hizo un gorrión	,,	1.00

BIBLIOTECA BILLIKEN

Enciclopedia escolar, obra organizada bajo la dirección del profesor José D. Calderaro (1er. volumen)	,,	2.00
Enciclopedia escolar (2º volumen)	,,	2.00
"350 poesías para niños"	,,	1.00
El pájaro, por Michelet	,,	0.20
El océano, por E. Reclus	,,	0.20
La vida de las abejas, por M. Maeterlinck	,,	0.20
San Martín, el Gran Capitán de los Andes	,,	0.20
Chang, el detective más joven del mundo (cada vol.)	,,	0.20

DE MATILDE VELAZ PALACIOS

Cartas de amor (novela)	,,	2.00
La dicha ajena (novela)	,,	2.00
Añoranzas (novela)	,,	2.00

DE CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Doña Magda (novela)	,,	2.00
Olga (novela)	,,	2.00

Todos estos libros son remitidos a cualquier punto de la República y del Exterior, agregando 20 centavos para franqueo certificado, excepto las obras a veinte centavos, que, al precio de treinta centavos, en el interior, son libres de porte.

EL ERIAL

Derechos reservados

EL ERIAL

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

5.ª EDICION

BUENOS AIRES
1929

SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

La primera edición de "El Erial", de cinco millares, fué impresa en los Talleres Heliográficos de Ricardo Radaelli, en el año 1915.

La segunda edición fué impresa en los "Talleres Gráficos Atlántida", en julio de 1921.

La tercera edición se imprimió en los "Talleres Gráficos Atlántida", en enero de 1923.

La cuarta edición argentina (más completa que las anteriores) fué impresa en los "Talleres Gráficos Atlántida", en 1925.

La primera traducción en italiano fué hecha por Folco Testena y editada por "Atlantide", Casa Editora de Nervi (Génova), en 1924.

GIFT
HISP. SOC. OF AMERICA
AUG. 7, 1937

LIBRARY OF CONGRESS
MAR 13 1941
DUPLICATE
EXCHANGE

Talleres Gráficos Atlántida
Azopardo y Méjico - Buenos Aires

Library, Univ. of
North Carolina

ALGUNAS OPINIONES

394997

ALGUNAS OPINIONES

"El Erial" es un libro notable en todo sentido; libro de un gran escritor y de un gran espíritu. Es el poema del sentido moral en busca de acuerdo y conciliación con la vida".

Amadeo Amaral.

Miembro de la Academia Brasileña de Letras y director de "Gaceta de Noticias" de Río de Janeiro.

"El autor de "El Erial" es un valiente campeón de las ideas modernas, de aquellas llamadas a regenerar el mundo".

Cecilio Báez.

Ex presidente del Paraguay.

Febrero 16, 1916.

"El Erial", más que un libro, es una vida en que su dueño aprovechó todas las horas. Hay como varios libros en uno.

Las "Palabras del camino" son admirables. Hay enseñanza honda en todo eso, y, como si no bastara, ha esparcido el autor una riqueza de pedrería. Esto, las "Plegarias" y las "Parábolas" — de un alto misticismo — son páginas intensas, que solamente se encuentran en los viejos libros sagrados".

Arturo Capdevila.

Córdoba, 20 noviembre, 1915.

"El Erial" es un alma convertida toda en luz".

F. M. Casildo.
Revista "La Verdad".

Buenos Aires, febrero, 1916.

"El Erial" es el compendio de toda la obra periodística de Vigil, a la que se debe, en gran parte, la independencia del espíritu popular".

Félix Esteban Cichero.
"Tribuna". — Bibliografía.

12 octubre, 1916.

"Sin pretensión alguna, "El Erial" es una pequeña biblia moderna, sin los absurdos, las ridiculeces y las tonteras de la grande".

Otto Miguel Cione.
"Crítica". — Buenos Aires.

24 enero, 1916.

"Lo considero un evangelio, más hermoso que todos, puesto que no pretende llevarnos al bien por el estrecho camino de una fe única".

Juan Manuel Cotta.
"El Nacional". — Dolores (Bs. As.).

18 junio, 1916.

"Indudablemente, "El Erial" es de esos volúmenes nacidos para perdurar. Obra grande, obra de maestro y de hombre".

Julio Cruz Ghio.

Buenos Aires, 3 diciembre, 1915.

"Vigil es un filósofo. Irradian todas las páginas de "El Erial" torrentes de verdad. Aquel que lo lea sabrá de la simiente del amor y la justicia".

"El Baluarte".

Canelones (Uruguay), 9 enero, 1916.

"El estilo del autor de "El Erial" debe ser alabado como un bello esfuerzo de sobriedad y de condensación. Tiene la rara virtud de ser diáfano y conciso".

"El Día".

Montevideo, 31 enero, 1916.

"Es "El Erial" un libro hermoso y fuerte, repleto de ideas nobilísimas, expuestas con singular claridad y rara elocuencia".

"Forum".

Buenos Aires, 20 diciembre, 1915.

"No conozco ningún libro de autor americano que se iguale a "El Erial". El hombre que lo ha escrito, bien calzaría las sandalias del misionero o llevaría el cayado del peregrino que va dejando a lo largo del camino el ejemplo de sus idealismos y el reguero de sus parábolas de ensueño.

El lenguaje de "El Erial" es el del corazón. Su pensamiento es de fuerza. Su acción es de vida. Tagore, el soñador, no ha ahondado tanto. En "El Erial" está Dios".

Manuel García Hernández.

"Diario de la Marina". — Habana.

"Algo semejante a la ascensión a los picos de montañas desconocidas y maravillosas sentía al leer "El Erial". El encierra ese tesoro de sabiduría guardado a través de las edades por todas aquellas almas iluminadas que fundaron las religiones y revolucionaron los tiempos y las ideas".

Angel Guido.

San Pablo (Brasil).

"El nombre de Vigil, sus pensamientos filosóficos, su sabiduría, su doctrina, han pasado los límites de los océanos para conquistar en el Oriente un imperio digno de su talento.

Vigil cuenta ya en Alepo, Damasco, Líbano, Beirut, etcétera, con amigos que, sin conocer personalmente al fi-

lósofo de "El Erial", lo admiran y lo quieren. Continuamente los diarios y revistas de Oriente publican traducciones en arábigo del autor de "El Erial", precediéndolas de títulos elogiosos en grandes letras. Esto es tanto más significativo, cuanto al valor intrínseco de la obra, si se considera que los libros en español son allí casi desconocidos, aunque sí están difundidas las literaturas francesa e inglesa. Hasta el mismo "Don Quijote" es poco conocido en Siria, en el Líbano y en Egipto, a pesar de su origen, que es, en mi opinión, árabe.

Los periódicos presentan a Vigil como el más notable de los pensadores americanos, como el filósofo de más elevado y sano pensamiento".

José E. Guraieb.

Provincia de Tucumán (R. A.).

"El Erial" es un bello y noble libro".

Ricardo Jaimes Freyre.

Tucumán, 28 diciembre, 1915.

"El Erial" debiera ser leído por todos los hombres de mente esclarecida que sueñan con una vida superior".

Carlos E. Kruger.

Rosario de Santa Fe, febrero, 1916.

"El autor puede, con justo orgullo, presentar como balance de su obra este libro, en que se defienden las más bellas causas".

"La Acción".

"El Erial" contiene páginas bellísimas, escritas en brillante estilo".

"La Argentina".

Buenos Aires, febrero, 1916.

"Palabras del camino", "Plegarias", "Parábolas" son páginas evangélicas".

"La Educación".
Organo de la Liga Nacional de Educación.

Buenos Aires, diciembre, 1915.

"El lenguaje que el señor Constancio C. Vigil usa en su reciente libro "El Erial" es, con toda evidencia, el de un apóstol".

"La Epoca".

Buenos Aires, 20 diciembre, 1915.

"Vigil es un viajero apasionado en las tierras desoladas de la vida. Su amor hacia los débiles inspiró siempre sus artículos y sus escritos. Su vida entera, su larga vida de periodista y escritor, ha sido un clamor por la justicia.

"El Erial" es, en resumen, un gran libro, original y profundo, digno de la alta inteligencia que lo pensó y del corazón generoso que lo sintió".

"La Razón".

Buenos Aires, 7 diciembre, 1915.

"Ese volumen de raro valor, que sintetiza la acción apostólica de un creyente sincero en la perfectibilidad de la especie, ha de vivir para siempre".

Alberto Lasplaces.
"El Día". — Montevideo.

Marzo, 1916.

"Y bien, lectores y amigos: leed y meditad; volved a leer una vez más; aprended de memoria las frases luminosas de Constancio C. Vigil, que si escribiera en París, como escribe en Buenos Aires, sería más aplaudido que Anatole France".

Leoncio Lasso de la Vega.
"El Día". — Montevideo.

"El Erial" parece la elegante traducción de un viejo libro de moral y de filosofía oriental, a ratos un Marco Aurelio cristiano, revelando en sus hojas ese equilibrio edificante de la salud de la mente, de la voluntad y del corazón, de que tanto ha menester la humanidad de nuestros días".

Osvaldo Magnasco.

Buenos Aires, 15 diciembre, 1915.

"Con "El Erial" confirma este autor la favorable opinión que se ha sabido granjear entre el pueblo que siente y piensa; es decir, entre el pueblo que lo sigue y lo aplaude en sus grandes aspiraciones por el bien social".

Cosme Mariño.
Director de "Constancia".

Buenos Aires, 12 diciembre, 1915.

"Ante el tumulto pasional de este siglo enrojecido por el crimen, aquí, entre nosotros, ha surgido magnífico el héroe santo de la buena palabra. Desde que Asís habló a los hombres y a las aves, besó la tierra y llamó "hermanos" a los perros, nadie había vuelto a poner el corazón en las palabras. Vigil lo ha hecho, y en el erial de la vida su gloriosa siembra dará frutos inmortales".

C. Martínez Paiva.
"Ideas y Figuras".

Buenos Aires, 23 marzo, 1916.

"El Erial" debe entrar en las escuelas. Su doctrina es grandiosa; su filosofía, santa; su lenguaje, flúido y correcto. Es un libro precioso, de una finalidad transcendental".

Ramón Melgar
Rector del Colegio Nacional de Dolores.

Diciembre 14, 1915.

"El Erial" es como un libro hecho por un justo para los justos. Está a la vez lleno de fuerza y de bondad. No son otra cosa los evangelios. Es claro, natural y simple, porque viene de mente clara, viene de un hombre maduro en el que ya la vida se define en líneas netas y luminosas. La suavidad del consuelo está en él; y lo enérgico de la exhortación, y la brevedad de la sabiduría, que en este justo, como en Salomón, se cuaja en aforismo o en proverbio.

Este hombre tiene la misión más alta entre las que han sido dadas a los hombres.

Hay que conocerlo: es un maestro. Tiene del maestro, dentro de la palabra clara, la clara norma.

Muchas veces he leído yo su libro fuerte y purificador y siempre me trae nueva fuerza y mayor elevación para pensar y para vivir".

Gabriela Mistral.

"Estamos seguros de que "El Erial" dará consuelo a muchos corazones, luz a muchas mentes, y ánimo a muchos cansados".

Lorenzo Mongay.
(Pastor Evangélico).

Lincoln, 17 enero, 1915.

"No se me escapa lo peligroso que resulta aventurar opiniones que no sean las corrientes; pero debo manifestar ahora que el autor de "El Erial" es, entre nosotros, uno de los pocos estimables escritores y, sin lugar a dudas, el más personal de todos".

Delio Morales.
"El Radical". — Notas Bibliográficas.

Buenos Aires, 2 diciembre, 1915.

"El Erial" debiera ser el texto de lectura de la juventud estudiosa para que aprenda en sus páginas nociones de vida superior y sanos principios de moral y de justicia".

Antonio E. Morelli.

Buenos Aires, 4 noviembre, 1915.

"...¿Cómo ha podido Vigil dar ese título a un libro del cual cada entrelínea parece un surco sembrado de copiosa simiente, y cada párrafo semeja una flor llena de lozanía y rica de perfume, y cada página ostenta un racimo de sazonados y jugosos frutos?"

Daniel Muñoz.

Buenos Aires, 15 diciembre, 1915.

"El Erial" es una obra de amor, de piedad lúcida y serena".

Amado Nervo.

Bailén (España), 15 enero, 1916.

"El Erial" es la nueva biblia de la razón y la justicia que mejorará la humanidad".

"Nueva Tribuna"

Mendoza, 24 agosto, 1916.

"El Erial" es biblia de fuerte decálogo y de altos fervores".

Juan Parra del Riego.

19 septiembre, 1917.

"El Erial" es uno de los pocos libros que ayudan a vivir".

José E. Peyrot.

Montevideo, 25 diciembre, 1915.

"El Erial", nuevo evangelio, es la síntesis de una vida puesta toda en la lucha por el bien".

C. Poyard.
"La Lectura".

"El Erial" es un libro excepcional, no sólo aun dentro de nuestra producción latinoamericana, sino aun dentro de la literatura universal.

Después de leerlo, la impresión dominante se sintetiza en una sola frase: ¡Si fuera posible que todos leyeran este libro!"

Rodolfo de Puga.
Director de "Tit-Bits".

Buenos Aires, 18 diciembre, 1915.

"Grande y buena ha sido la labor de este moderno filósofo. Compendio de sus afanes es "El Erial", que culmina una perseverante obra de amor, de justicia y de paz".

Revista "P B T".

Buenos Aires, 4 diciembre, 1915.

"El autor de "El Erial" habla con la insuperable elocuencia del corazón. Su lenguaje, ora dulce y filosófico, como el de Cristo; ora enérgico y punzante, como el de Voltaire, cautiva siempre por su sinceridad y sencillez".

"Revista Pedagógica y Literaria".

Rosario de Santa Fe, 15 septiembre, 1916.

"Obra ampliamente sana, "El Erial" es un evangelio que nos lleva como de la mano hacia el bien".

Rómulo F. Rossi.
"La Mañana". — Montevideo.

"Talento y grandeza moral han gestado este libro. Aun para los que han vivido sufriendo, que es la manera más larga de vivir, tiene "El Erial" una suave enseñanza. Su lectura nos consuela como la mano de la mujer querida puesta sobre nuestro corazón cuando estamos inquietos"

Agustín M. Smith.

Montevideo.

"Es "El Erial" un libro de los que debe llevar en sus alforjas el viajero y en su maleta el navegante, y todos debemos tener sobre el velador junto a nuestro lecho. Sus páginas confortan, consuelan y deleitan" .

Máximo Soto Hall.

"No hay frase en "El Erial" que no cierre una profunda enseñanza, de indudable valor ético o sociológico. Deleita al mismo tiempo que instruye, según el docto precepto horaciano. Al terminar su lectura se repetiría con gusto lo de Pascal: "Creía encontrarme con un autor, pero me he encontrado con un hombre".

B. Taborda.

Boletín Bibliográfico de "La Gaceta de Buenos Aires".

22 noviembre, 1915.

"Y he aquí ahora el nuevo Jesús de la bondad y de la rebeldía, que surge en el vasto escenario de América, sembrando en el alma de las multitudes el evangelio santo del amor.

"Abrid su libro "El Erial". En él hallaréis la belleza suprema de la vida".

Froilán Vázquez Ledesma (hijo).

"La Chispa". — Canelones (R. O. del U.).

20 junio, 1916.

"La crítica, unánimemente, ha tributado su aplauso entusiasta a esta obra, al parecer sencilla, simple y que, en mi concepto, es la más fuerte y la más noble que haya dado la librería ríoplatense en estos últimos años.

"Libro de sentimiento y de sabiduría, está escrito con una concisión y una sencillez adorables, y en vano buscará el lector en sus páginas un floreo retórico, ni una palabra inútil, porque no es la obra de un literato en busca de renombre, sino la de un apóstol sembrador de verdades".

Javier de Viana.

"El Siglo". — Montevideo.

8 diciembre, 1915.

"El Erial", bello libro, tan nutrido de ideas sanas en cada línea, que cada línea leída da la sensación de que se ha leído un volumen".

Enrique de Vedia.

Buenos Aires, diciembre, 1915.

"Al leer "El Erial" me he sentido en contacto con un noble espíritu, al través de formas bellas y personales, que sólo encuentran los que piensan y sienten largamente, intensamente".

Juan Zorrilla de San Martín.

"Es "un libro"; un verdadero libro "El Erial". En él todo es fragancia, idealidad y juventud. El escritor que así se expresa es un gran literato; el hombre que así habla es un hombre de bien".

Antonio Zozaya.
"La Libertad". — Madrid.

"La lectura de "El Erial" deja un sedimento de sencillez, de energía, de dulzura y de encanto.

José B. Zubiaur.

Buenos Aires, 23 diciembre, 1915.

TEMAS DE LA MISERIA

TEMAS DE LA MISERIA

I

Cierto que hay mucha miseria.

No solamente la miseria que viene de la esterilidad de la tierra; sino la gran miseria, la que viene de la esterilidad de las almas y de la dureza de los corazones.

El mundo es viejo, y sus generaciones, más renovadas que las hojas de los árboles, más segadas y vueltas a crecer que la hierba de los prados extenuados, han padecido muchas veces hambre, y tantas otras esta hambre de comer fué satisfecha.

Mas la miseria siguió, debido a los miserables.

En vano es que se pretenda distraer a la gente. Cada vida y todas las vidas transcurren para el gran tema de la miseria que no acaba.

En vano es que los que estamos ahora cubramos esta angustia con nuestro silencio, o con alguna ilusión, o con alguna mentira. Prontamente seremos renovados, como las hojas de los árboles, como la hierba de los prados, y aquellos que brotarán

y crecerán pondrán por siempre sus ojos sobre esta gran miseria que no acaba.

* * *

Unos hay que procuran desentenderse.

Cuando el pájaro perseguido no puede huir, oculta la cabeza para no ver, y cree todo peligro conjurado.

Pero la inteligencia del hombre debe sobrepujar a la del pájaro.

No aportarán luz aquellos que mendigan la paz a las tinieblas.

Tengámolos por los más necesitados.

* * *

Los demás, todos, miran y procuran ver. Cuando la muerte les oprime los párpados, su última visión es la del mundo rodando como una lágrima en el vacío. Sus ojos mismos, abiertos siempre sobre la miseria, parecen dos grandes lágrimas. Dentro, en el hogar, hay calor; fuera, el aire está helado, y los cristales se cubren de rocío.

II

Y piensan unos que no habría miseria si todos trabajaran.

Piensan bien. Pero podrían pensar mejor.

La suma de trabajo supera las necesidades de la especie.

No obstante, todo hombre cierra con déficit el balance de su vida.

Todos los pueblos viven con escasez de pan y de alegría.

Todas las épocas han perecido a manos de la desgracia.

No bastará, en consecuencia, suprimir los haraganes.

Será preciso que el trabajo sea distribuído con equidad.

Pernicioso es el haragán y pernicioso el hombre que hace de burro.

La falta de coordinación en el trabajo es más perjudicial que la haraganería.

¡Guerra espantosa la que libran los hombres en su trabajo!

Desenvuelven sus actividades en órbitas separadas, todas con centros distintos, de manera que,

en los puntos en que las órbitas se cruzan, las actividades se destruyen. Así, quien emplearía cien energías, empleará mil. El exceso se gasta en contrarrestar los esfuerzos de otros trabajadores.

Un hombre levanta una mole de piedra por ingenioso juego de poleas. Otro hombre quiere también levantar una mole de piedra. Podría éste aguardar a que aquél terminara. Podrían aunar esfuerzos.

El espectáculo del trabajo civilizado es en absoluto diferente.

Mientras el primero tira afanosamente de la cuerda, el otro se desespera, convencido de que, si levanta la mole, él no podrá levantar la suya. Entonces los dos se afligen, redoblan furiosamente sus esfuerzos, se disputan el espacio, se engañan, se roban y hasta se matan.

Considerad en cualquier individuo, empresa o gremio los monstruosos sacrificios consagrados a malograr el esfuerzo ajeno.

¡Y hay tanto espacio libre en el planeta, tanto hierro y madera para fabricar poleas, tanto cáñamo para cuerdas, tanta vida para levantar la mole!

¡Fracasarán los esfuerzos contra el dolor mientras esto no sea comprendido!

¡Mientras dure la gran miseria que viene de la esterilidad de las almas y de la dureza de los corazones!

III

Piensan otros que la miseria no acaba por culpa de los malos.

Desde un principio, ellos cobran esta culpa.

Con el hacha o el veneno, con la hoguera o la guillotina, con el fusilamiento, con la horca, con la fulminación eléctrica.

Sin la benignidad de la naturaleza, que todo lo disuelve y transfigura, la obra de estos buenos rebasaría de la atmósfera. No habría montañas tan altas como las levantadas por los buenos con los huesos de los malos; no habría ya sitio en el orbe donde apilar o enterrar tantos escombros humanos.

La maldad, empero, continúa. Ni la exterminarán, aunque conmuten el mundo en una cárcel y aunque enrojezcan con su bondad los mares.

Y es que hay dos clases de buenos: los peores que los malos y los mejores que éstos. Y dos clases de malos: los peores que los buenos y los mejores que los que se juzgan buenos.

Antes, pues, que tanto apremio en cobrar culpas, discernid cuál es más malo entre el que se-

pulta vivos y el que se pudre en las prisiones; entre el que arma la horca y el ahorcado.

* * *

Mas los buenos que no matan también tienen su parte.

Ellos ven la interminable caravana de las almas sedientas de placer. Ven cómo ahonda en el arenal el pozo de cada vida, en busca del agua que aplaca la gran sed.

Y, a escondidas de las bocas cuya avidez hace llorar, creen saciarse del deleite de ser buenos, mientras simulan que sufren.

Así enseñan a los malos la monstruosa mentira de que la bondad es algo que duele.

Así alejan a los tristes del banquete del placer.

* * *

Pero hay quien sabe del manantial, sabe lo que todos buscan, sabe de la caravana que pasa junto a los buenos y sigue con su gran sed por el inmenso arenal.

Después de la última posta, cuando las horas del camello no andan, cuando el viajero se echa al suelo, y las arenas lo cubren, y la caravana sigue... hay quien todo lo mira. Y ve al malo, con el martirio que encubrió su falsa dicha; y ve al supuesto bueno, ahito de placer disimulado con su hipocresía.

Lo de buenos y malos puede cambiar.

Acaso, muchos se creen en demasía aliviados. Muchos están, quizá, cargados con exceso.

Dejaos, pues, de malos y de buenos; de culpas y castigos.

La gran miseria que entristece al mundo; la vida vuestra que la puede aliviar: estos son los dos hechos, las dos grandes verdades que debierais contemplar.

IV

Otros dicen que el hombre se libraría de su miseria si perdiera el instinto de propiedad.

En algo aciertan; pero en mucho yerran.

Sin propiedad individual no habría libertad. El hombre no sería dueño de sí. Pertenecería a un amo, llámese como se quiera. Tendría collar y cadena y seguiría a la mano que llevara su alimento y su destino social. Para una cosa tan fácil como evitar que lo exploten, se le propone al hombre que retorne a la esclavitud.

Sin propiedad individual no habría igualdad; la única igualdad que puede existir, la que os hace iguales en la tierra respecto a la consecuencia de una misma acción; iguales en el derecho a conseguir un mismo resultado, con un mismo acto o esfuerzo, como también sois iguales en el derecho a la justicia de Dios. No habrá quien restablezca la igualdad una vez rota la ley natural de la compensación.

Sin propiedad individual no habría esperanza de fraternidad. El odio, como una peste, se propagaría entre los esclavos. Las fallas del sistema suscitarían repulsiones feroces. Los disimulados amos

apreciarían de tal manera el trabajo de cada esclavo, que ni uno solo se conformaría con su apreciación. La simulación y la astucia erigiríanse en cualidades victoriosas, substitutivas de las cualidades reales que ahora prevalecen y prevalecerán más todavía en lo porvenir.

* * *

Lo que aumenta la miseria de la vida no es la propiedad, sino su mal origen, su excesiva extensión, su mal uso y su aplicación a algo indebido.

La adquisición de riqueza por la violencia o el fraude ocasiona el exceso de riqueza y su mal uso, males que castigan de por sí y que principalmente la cultura evitará.

Lo más pernicioso del derecho de propiedad es su aplicación a algo indebido.

Lo que es necesario no puede ser vedado a los demás; no puede ser acaparado, sin culpa, por un hombre o una clase.

Hombres hay que renuncian al aire puro o a la luz del sol; pero estas transitorias deformaciones de la naturaleza desaparecerán.

Hombres hay que se apoderan de extensiones enormes del suelo común o de cualquier otra cosa indispensable a los demás; pero tales perversiones desaparecerán.

Ved, pues, en los contrahechos de esqueleto o de alma testimonios vivientes del abuso en el derecho de propiedad. Considerad tan delincuente al que extiende este derecho sobre la vida de los demás como al que mutila o mata a un ser humano.

Y quitaréis la miseria que aflige al que posee de más y al que se priva de lo necesario.

V

Otros dividen la humanidad en ricos y pobres y mutuamente se acusan de la miseria que les devora el corazón.

Llaman ricos a los que poseen en abundancia bienes materiales; pero no juzgan por la riqueza en sí, como los que niegan la propiedad, sino por las circunstancias que dificultan o favorecen la riqueza. "¡Por algo sois pobres!" "¡Por algo sois ricos!", se dicen, y se miran las orejas o las uñas.

Mas, al echarse el camello, cuando silba ya el viento que levanta la arena cubridora, ricos y pobres tiemblan como en el patíbulo, y buscan por todo el cuerpo la causa del temblor, como una mujer su aguja en una sala de fiesta.

¿No son todos iguales? Los pobres, ¿no fueron ricos? Los ricos, ¿no fueron pobres? Los mismos pobres, ¿no son los más enemigos de los pobres?

Y si el rico lo es por algún vicio, ¿el pobre, no lo será por algún vicio mayor?

* * *

Pobres los que han robado el trabajo de los otros; pobres los condenados por su egoísmo a co-

mer en demasía; pobres los que no beben nunca agua; los que no tienen necesidad de trabajar; los que matan el tiempo para que el tiempo no los atormente; los que satisfacen todos sus gustos; los que se convierten en alcancía; los que saben que con dinero todo se consigue; los que han despojado al labrador de su tierra y al hijo de la madre para tenerla de nodriza; los que se valen de las manos y de la espalda de los demás; los de lengua áspera y los de ojo soberbio; los que pasean su joroba de oro y creen que nadie la nota; los que llevan joyas a los palos vestidos de los templos y pasan impasibles ante los niños que tiemblan de hambre y de frío; pobres los que caminan y no conocen su camino; pobres los que van cargados y no saben de qué; pobres los que se apuran por llegar y nunca se han preguntado adónde van.

* * *

Ricos los ricos de paz, los sobrios y los rectos; los que gozan de la alegría de su buen corazón y no precisan robarla a los demás; los que siembran y siegan con sus manos, y no precisan que los otros siembren y sieguen para ellos; los que pueden mostrarse cómo son, y no precisan negar ni desfigurar a los demás; los que se dicen a sí mismos la verdad, y se juzgan a sí mismos con justicia, y pueden dar a los otros de su bien y de su paz, de su alegría y de su riqueza, y de todo esto dan, en la buena palabra de la verdad y en la buena caridad de la justicia.

* * *

No os miréis las orejas y las uñas: miraos los corazones y las almas.

No os limpiéis sólo por fuera: limpiaos también por dentro.

No os acuséis los unos a los otros: quitaos la propia miseria, y la miseria del mundo acabará.

VI

Otros juzgan que hay miseria porque falta caridad.

Primeramente, para hacer caridad digna de aplauso, tendríais que hacerla en secreto.

Hacéis la caridad de tal manera que parece un negocio en el que traficáis con las penas de los afligidos. ¡Cuántos tristes! — ¡Alegrémonos! — ¡Cuántos tuberculosos! — ¡Divertidme! — ¡Cuántos niños hambrientos! — ¡Dadme un banquete! ¡Hagamos una gran fiesta!

* * *

Luego habrá que saber si dais lo propio, a su tiempo y en la cantidad debida.

¿Cómo sabéis que es vuestro lo que dais?

¿Por qué creéis que la caridad es ahora necesaria?

¿Cuánto es lo que debéis dar?

La madre se ve forzada a abandonar a su hijo: una áspera nodriza viene y se encarga de la crianza del niño. ¡He aquí vuestra caridad!

El viejo trabajador es hallado en un umbral. Tose y mira tristemente. El hizo muchas paredes con sus manos; pero no tiene una cueva donde refugiarse. Alguien viene, lo recoge y lo pone en la antecámara de la muerte. ¡He aquí vuestra caridad!

El propietario de las casas inmundas, donde los niños languidecen privados de sol y de aire puro, y tienen por pradera húmedas losas, da una suma de dinero para combatir el alcoholismo y la tuberculosis. ¡He aquí vuestra caridad!

El rico se conduele de los pobres de que le hablan y da su óbolo. ¡He aquí vuestra caridad!

La verdadera caridad quiere que aquella madre viva en salud y en honra críe a su hijo, con la doble dulzura de su seno y de su corazón.

Que el hombre que trabaja sea pagado con equidad durante toda su vida y acompañado por los buenos al bien.

Que el propietario de las casas inmundas no especule con la salud de sus semejantes.

Que el rico se conduela de los pobres que ve, los pobres de su casa: sus empleados, sus obreros, sus sirvientes, que también son bastante necesitados, puesto que trabajan para él.

Pero en vez de dar esto, que es amor, dais aquello que os sobra, dais lo de unos a otros y trocáis toda justicia, como ladrones y malversadores que sois del ajeno trabajo.

Tal es vuestra caridad, engendrada y amamantada por el egoísmo.

* * *

No hay palabra más triste que la palabra caridad. Bajó del cielo para educar a los hombres en

la justicia y la habéis convertido en instrumento de la iniquidad.

Jesús se alejó una vez desalentado de la multitud. Fué cuando conoció que le seguía en espera de la repetición del milagro de los panes.

Mas vosotros hacéis reparto de panes cada día, con mucha complacencia, y ciertamente que no es honra en vosotros, ni es milagro. Os debíais avergonzar. Si antes hicierais justicia, lo que llamáis caridad sería imposible.

La verdadera caridad no es dar al necesitado, sino evitar que él exista.

La verdadera caridad consiste en darlo todo: no todo lo del que da, sino todo lo que corresponde al que recibe.

Y más aún. La verdadera caridad no es dar, sino reconocer.

VII

Otros, finalmente, afirman que la miseria del hombre subsiste por su ignorancia. Mas cuando queréis saber qué entienden por ignorancia, entonces veis con dolor que cada uno llama sabiduría a lo que él sabe, e ignorancia a lo que saben los demás. Porque están los conocimientos compensados entre sí y todos ellos son limitados e imperfectos.

El que sigue los astros en su vuelo quizás ignora lo que ocurre en su casa. El que encuentra la solución de los más arduos problemas deja a menudo sin ninguna al de su vida. Y hay quien, buscando el porqué de todas las cosas, no se ha buscado a sí mismo.

Pues la sabiduría que viene de Dios la recoge lo mismo el humilde labrador durante el día que el astrónomo en la noche, y para siempre perdura. Mas lo que viene del hombre cambia para cada tiempo y con cada tiempo acaba. Todas las ciencias van, como los ríos a la mar, al misterio de la materia y de la fuerza.

Y así como suele un perro guiar a un hombre que no ve, suele el que no sabe nada servir de sostén y guía al que supone saber mucho y está

ciego. Porque no ve que este mundo es como un barco que repite sus viajes siempre iguales, mientras los viajeros cambian; no ve cómo salen de él los enjambres de almas, cada vez con un nuevo aprendizaje... Y busca el progreso aquí, sobre esta bola de tierra...

VIII

Pero uno, a los de Occidente, os enseñó que la miseria acabará por el amor.

Después de él, sesenta generaciones se han sucedido, y las sesenta han buscado destruir su doctrina. Habéis escrito millones de libros, reverenciado a centenares de sabios, inventado sistemas y palabras para explicar el bien y el mal; mas la miseria siempre permanece y vuestra gran turbación aumenta cada siglo.

Cierto es que a Jesús lo crucificasteis y lo tenéis crucificado, con los clavos de vuestros egoísmos; pero al cabo tendréis que descolgarlo y dejarlo vivir entre vosotros.

Matáis a los que saben que no mueren. Matad, mejor, las perfidias que cual serpientes anidan en vuestro corazón.

Alumbráis los templos y os prosternáis ante imágenes. Alumbrad vuestra conciencia. Arrodillaos ante las víctimas de vuestra perversidad.

Lloráis a Jesús; mas no lo conocéis, pues si lo conocierais, sabríais que no murió, ni morirá. Llo-

raos a vosotros mismos; ablandad en lágrimas vuestro propio corazón.

* * *

Todo lo puede el amor y él es quien ha de mejorar la vida.

Si amarais más, nunca anochecería; florecerían los muros de vuestras tristes moradas y anidarían en ellos los pájaros silvestres.

Todo huye a vuestro paso, y lo que no puede huir se esconde, y lo que no se puede esconder tiembla, porque no amáis.

Habláis del bien, la verdad y la belleza; mas todo esto es amor, y sin amor nada conoceréis.

Habláis de energías, triunfos y progresos; mas todo esto es amor, y sin amor nada alcanzaréis.

Daréis todas las vueltas que queráis en la noria de vuestras vanidades. No sacaréis más agua que esta verdad.

Lloráis desde el nacer, cada jornada y en la muerte, porque no amáis.

Mismo ante vuestros muertos, lloráis por el poco amor que les tuvisteis, y a cada recuerdo de una dureza vuestra, soltáis una lágrima, y a cada recuerdo de una injusticia que con ellos cometisteis, lanzáis un sollozo.

Preparaos el buen dormir, amando durante el día.

Preparaos el buen morir, amando mientras vivís.

* * *

Amad al rico, que padece su riqueza, y al pobre, que envidia al rico.

Del ladrón o el impostor, pasad la vista a su casa, y ved allí a su mujer y a sus hijos que lo esperan.

Amad también a los que no conocéis, pues ignoráis cuánto os han debido amar, para que viváis aún.

Y amad también a los sucios, a los lisiados, los de áspera lengua, los de ojos mentirosos, los que esgrimen cinco puñales en cada mano; porque tenéis vuestra parte de culpa en la desgracia de ellos y vuestro amor es lo único que los puede redimir.

* * *

Amad a los hijos de todos, y aprenderéis a amar a vuestros hijos.

Pensad, ante un hombre, cuando estaba en los brazos de su madre que soñaba.

Si ese sueño se cumplió, amad al hombre bueno; y si no se cumplió, amadlo por aquella pobre madre.

Y así aprenderéis a amaros, pues ni a vosotros os sabéis amar, y buscáis vuestro bien en vuestro mal, el placer en el exceso, la dulzura en la hiel del egoísmo, la misma gloria en la imitación del tigre, y la muerte serena en el vacío de las vanidades.

* * *

Todo lo que el hombre arroja con su mano desde la tierra al mar, el mar se lo devuelve. Mil veces lo arrojará y otras mil el oleaje se lo traerá.

Así es también el mar de lo infinito. Lo que dais, en bien o en mal, os es devuelto. Mil veces os desprenderéis de un bien para entregarlo a los demás y otras mil os será restituído. Amad sin medida,

y sin medida os amarán. La vida misma daréis y otra vida mejor os será dada.

Alguien os devolverá mal por bien; pero este alguien no es la vida, ni ese mal es vuestro mal. La vida os volverá siempre bien por bien.

Os parecerá que en algún caso recogeréis bien del mal. No os engañéis. Del mal, mal recogeréis.

* * *

Amad al sol, que os da su amor en su luz, y a la bóveda estrellada, que os envuelve en su paz mientras dormís. Amad los árboles, que os dan su sombra y su fruto, y a los pájaros, que alegran vuestro trabajo con sus cantos.

Amad a todos los seres, porque la misma serpiente no hiere si no es herida y salva vuestras cosechas de ser devoradas por las ratas. Amad todas las cosas, porque el mismo veneno que en una dosis mata, en otra cura; como toda virtud se prostituye por el odio, y todo vicio atenúa su fealdad por el amor.

Allí donde viene uno y hace diez, poned más amor que él y haréis un ciento.

Y al que levanta su furor contra vosotros, amadlo y su furor se aplacará; amadlo más aún, y os amará a su vez.

* * *

Mientras no améis, la vida será triste, como una mujer que llora bajo un duraznero en flor.

Porque el amor es el que da la vida, y si no amáis no habrá vida en vosotros.

Porque el amor es la luz, y si no amáis será siempre de noche en vuestra alma.

Porque el amor es la felicidad, y mientras vuestro saber no alcance a esto, la miseria os arañará y angustiará.

Amad la naturaleza, y tomará vuestras enfermedades; amad a los hombres, y tomarán vuestros anhelos; amad la tierra, y tomará dulcemente vuestro cuerpo; amad a Dios y tomará vuestro espíritu.

(1914)

LAS ENFERMEDADES

LAS ENFERMEDADES [1]

Es indispensable el trabajo para que el espíritu progrese. Las verdades que conducen a la salud se asimilan también por el trabajo.

Para leer con provecho las reflexiones que siguen, el lector debe tener siempre presente que el médico y los males orgánicos se citan como los ejemplos más fácilmente comprensibles; pero que aquéllas se dirigen a todos los que se aplican a curar y a todas las enfermedades físicas y morales que mortifican al hombre.

*

(1) La difusión de estas ideas, iniciada en la prensa en 1899, le ha valido al autor la oposición de una gran parte del cuerpo médico del Plata; pero, a la vez, justo es consignarlo, le atrajo la estimación y la amistad de muy distinguidos médicos. Sólo una vez, hace quince años, el autor aludió a los ataques que se le dirigían, y lo hizo en estos términos: "Pido a los que me siguen que oigan condenarme sin defenderme, y que empleen sus energías en algo que mejore a los que viven. Cuando estamos allá, no tememos a los hombres. Su amor suele irradiar hasta los planos de la vida espiritual. Su odio jamás sobrepasa la atmósfera del planeta. Esta ley asegura el triunfo final del bien".

Médicos son el hijo de Esculapio, el abogado, el político, el sacerdote y otros muchos profesionales más. Enfermo está el que necesita de alguno de ellos. La enfermedad mayor consiste en creerse sano para uno y enfermo para otro.

*

No hay más que una enfermedad y una salud. El hombre es bien desgraciado al no reconocerlo, porque éste es el principio de sus males.

*

Todas las enfermedades nacen de un solo origen, se reducen a una enfermedad y en su comienzo se curan con un mismo remedio.

*

Obsérvese que Esculapio provee de clientes al abogado; el abogado crea la mejor clientela del sacerdote, etcétera. Es un círculo cerrado.

*

De estos pensamientos el lector deducirá otros tantos, para cada clase de enfermedades y para sus curadores.

Unicamente así recogerá la enseñanza.

Si, en cambio, se atuviere estrictamente a la letra, la verdad no penetrará en su espíritu.

Antes, se agrandará su turbación con la exagerada importancia que atribuirá a los males del cuerpo y a los errores del médico.

Facilitará la acertada lectura, o sea el trabajo deseado, el ejemplo que subsigue.

*

Cuando el hombre pervierte sus instintos se obs-

tina en enmendarle la plana a la naturaleza. Para esto es el médico. Pero el médico sólo consigue cambiar de sitio o aspecto las enfermedades.

*

La reflexión que antecede debe ser releída en sus posibles variantes.

Se llegará así a esta otra:

Cuando el hombre pervierte su corazón se obstina en enmendarle la plana a la justicia. Para esto es el abogado. Pero el abogado sólo consigue cambiar de sitio o de aspecto las iniquidades.

Después, se releerá así:

Cuando el hombre pervierte su fe, se obstina en enmendarle la plana a Dios. Para esto es el sacerdote. Pero el sacerdote sólo consigue cambiar de sitio o de aspecto las violaciones de la ley divina.

Etcétera.

Tal trabajo mental hará progresar el espíritu del lector; y no lo que yo digo. Tal trabajo es el fin buscado; "el remedio" para todos los males.

*

Cada exceso y cada culpa repercuten en cierto órgano, deformándolo. Hay vicios y pasiones que alteran todas las células, comunicándoles una vibración anormal. En rigor, las enfermedades son la consecuencia de las perturbaciones del espíritu. La perfecta salud sólo reside en la perfecta bondad.

*

La medicina vive consagrada a los efectos. Cuando se aplique a las causas comenzará su reinado.

*

El instinto y la conciencia son guías insustituibles.

Se pone todo el afán en desbancarlos. Y así el hombre se siente más desdichado que los animales, sufre dolores sin término, muere prematuramente.

*

Los curadores del hombre llegan después de los males.

Siempre tarde.

*

Basta observar que los médicos no disfrutan de mayor salud, ni viven más que los otros hombres, para convencerse del fracaso de sus teorías.

*

Decir "ciencia médica" es un abuso de lenguaje. La medicina carece de principios fijos e incontrovertibles. Puede llamársele arte, que significa "conjunto de preceptos o reglas para hacer bien una cosa". (Qué cosa sea ésta, por lo común, lo sabe quien haya estado en manos de médicos y no sea enteramente bobo).

Tal es también el parecer de Hipócrates, quien definió la medicina como un "arte que tiene por misión suprimir todo lo que está en exceso en el organismo y suplir lo que le falta". "Debe limitarse — agrega — a favorecer los esfuerzos de la naturaleza, que tienden al restablecimiento de la salud. La naturaleza tiene el poder de restablecer la salud *sin ningún recurso extraño*".

Definición, concepto y doctrina que no han sido superados, ni lo serán jamás. Los siglos transcurridos desde Hipócrates, llamado el padre de la

medicina, sólo han servido para que sus hijos procuraran inútilmente enmendarle la definición y la doctrina.

*

Si no existen dos hojas de una misma planta ni dos gotas de agua iguales, podéis deducir de esto si habrá dos organismos iguales, dos enfermedades iguales, dos pacientes que reaccionen lo mismo, por influencia de un remedio.

*

Tantos médicos consultáis, tantos diagnósticos recogéis.

El ingeniero calculará con exactitud la resistencia de un puente; el militar, la trayectoria de un proyectil; el astrónomo, el día en que será visible determinado cometa. Recabáis la opinión de cien ingenieros, cien militares, cien astrónomos, y todos llegarán a idéntica conclusión. Pero cien médicos delante de un enfermo serán cien interrogantes inclinados ante un enigma. Porque decir ciencia médica es un abuso de lenguaje. La medicina carece de principios fijos. El instinto los tiene.

*

No son los médicos los únicos responsables del papel a veces fatuo y absurdo que representan en la vida. El vulgo les atribuye la omnisciencia, los impulsa a la simulación, les exige lo que no depende de ellos.

*

El médico de talento, que habla con franqueza, no es consultado dos veces por una misma persona.

*

Las enfermedades más comunes son la haraganería y la imbecilidad en todas sus formas.

*

El médico de talento y de corazón, a la vez, enseña que cada uno es el irreemplazable médico de sí mismo.

*

"Todo hombre — escribió Tácito refiriéndose a la manera de vivir, — al llegar a los cuarenta años, si no es un imbécil, él es su propio médico".

*

La podredumbre revienta en las viruelas, y el organismo se limpia o se disuelve. Es así la variolosis fuego purificador, violenta depuración, crisis terrible; pero necesaria.

Tal es la obra, llena de acierto, de la naturaleza.

Evitar la miseria y la ignorancia, causas de la podredumbre, es el deber de médicos y estadistas.

Prefieren la vacunación. Disimular la podredumbre con aspectos de salud.

Llégase a la vacunación obligatoria, ese brutal atentado contra la dignidad humana, y os dicen sin embargo que es inconcebible el fanatismo y que la inquisición era una crueldad monstruosa.

*

Si el número de virus preventivos de enfermedades continúa en aumento, como hasta hoy, y llega a existir uno para cada mal, el hombre-bolsa que se los inoculara todos debería ser la perfecta salud en la absoluta inmunidad. ¿Es esto presumible? ¿Puede aceptarse tamaño disparate?

*

El niño sano, cuyo instinto no ha sido pervertido, es el maestro natural, casi infalible, de la vida en salud.

Difícil, ciertamente, dar con uno: tan lejos se ha llegado en el extravío. Se impone así la vergonzosa necesidad de recurrir a los animales y las plantas.

*

Hay un medio seguro para enfermarse de todo, y es tenerle miedo a todo.

*

¿Quienes serán responsables de que los hombres, en su mayoría, vivan y mueran envenenados?...

¿Serán los picapedreros?... ¿Serán los astrónomos?...

*

La poca sensatez hace necesario al médico. (La poca probidad, al abogado; la poca fe, al sacerdote, etcétera).

A medida que tales bienes disminuyen, se acrecienta la actividad de los encargados de velar por ellos.

Antiguamente costaba dar con un médico. Ahora tenéis uno en cada cuadra.

Si se quiere encontrar un hombre sano de veras, es preciso ir a buscarlo a donde nunca haya pasado un médico.

*

¿Los microbios producen la enfermedad o, poseyéndolos ya nuestro organismo, se vuelven virulentos y peligrosos debido a la enfermedad?

Es un punto a discutirse todavía.

¿Los médicos producen esta fenomenal recrudescencia de las enfermedades o tantas enfermedades los convierten en peligrosos?

Es la misma cuestión, planteada en otro aspecto, y, también, poco menos que insoluble.

*

Un cambio de temperatura es el origen inmediato de inmenso número de alteraciones orgánicas, pues la temperatura se traduce en una mayor o menor actividad de las células. Esta modificación del trabajo celular determina que algo sobre o falte en el organismo. Otro cambio de temperatura restablecerá la normalidad funcional de las células afectadas.

*

Es interesante comprobar que basta un simple detalle del cuerpo humano — una uña, la yema de un dedo, el iris de los ojos, la esclerótica, los párpados — para que el observador hábil y experimentado infiera con certeza el estado de salud del individuo y de cada uno de sus órganos.

Todo, en efecto, se halla tan íntimamente unido por las conexiones musculares y nerviosas y la circulación de la corriente sanguínea que no se concibe una modificación aislada.

Es necesario ser muy médico moderno para creer que se puede estar sano y enfermo por secciones; para considerar "localizado" un mal; para tratar por separado los órganos del paciente, como si fueren los diversos instrumentos de una orquesta.

*

Un campesino, alarmado grandemente del diagnóstico de "gastritis", seguía un régimen severo y

se ingería píldoras y obleas con la más escrupulosa puntualidad. Cuando supo que lo que tenía era el estómago dilatado, rióse a carcajadas.

Parecerá ignorancia del campesino.

Vino un compadre, tan bruto como él; le contó lo del estómago hinchado; rieron a dúo y el compadre le hizo tirar las drogas, comer menos y ponerse unos vendajes de agua fría.

Parecerá ignorancia de los dos.

Pero el enfermo se curó.

*

Gran número de casos clínicos pueden ser planteados así: "Doctor: yo hago todo lo posible para continuar enfermo. ¿No podría usted, pagándole bien, hacer todo lo posible para que yo esté sano?"

*

Del cirujano al alópata hay la misma diferencia que del clavo al tornillo.

Aquél va derecho y de golpe al punto de mira.

El tornillo comienza por apuntarse. Luego se introduce lentamente de primera intención; ahora viene la primera vuelta, después otra. Nunca acaba de dar vueltas...

Olvidaba decir que toda esta faena del tornillo pasa casi inadvertida para el alópata. El que la nota es el paciente.

*

Nada más extraordinario que las modernas teorías sobre las enfermedades. Todo se vuelve microbios. El aire, el agua, los vestidos, la piel, las cavidades del cuerpo...

Una lucha espantosa se libra entre los ejércitos de seres a menudo invisibles. El médico se aplica

a dirigir estas batallas, favoreciendo a unos; decretando el exterminio de los otros...

*

La verdad esencialmente útil y trascendental de la bacteriología es la siguiente: el sol es el más formidable destructor de bacterias.

Lo sabe mi perro.

*

Cierto es que el médico realiza admirables proezas para aliviaros.

Es la hormiga que en vuestro obsequio cambia de sitio las dunas.

No dependen de él los vientos, ni que viváis en salud.

*

"El hombre está enfermo cuando normalmente no puede ejercer todas las funciones naturales y animales". "Conviene asociar la medicina a la filosofía y la filosofía a la medicina, porque el médico filósofo es igual a los dioses".

Lo primero dice tanto en su sencillez como todos los tratados de morbología. Lo segundo dice más que toda terapéutica.

Falta agregar, para oprobio de la petulancia en boga, que eso lo dijo Hipócrates... hace veinticuatro siglos.

*

La experiencia razonada conduce fatalmente al convencimiento de que la salud sólo se encuentra en la vida natural.

Una larga observación lleva a todo médico inteligente al absoluto pesimismo de los recursos artificiales.

*

La evolución impulsa a la medicina a ser una mera intérprete de la naturaleza. Para esto fué que nació: para inducir al hombre a escuchar su propio cuerpo.

*

Si un gato es atravesado por una bala, y no muere en el acto, se esconde en un rincón; sale de allí, si le es posible arrastrarse, para tomar sol; no come absolutamente nada; en muchos casos, ni agua puede beber.

Las probabilidades de curación son infinitamente mayores para el gato que para un príncipe rodeado de los más eminentes facultativos.

Muchos médicos lo ignoran o no lo explican con acierto, por falta de inteligencia.

*

Los mejores procedimientos curativos son empleados por los animales libres. De ellos, vergonzosamente, los imita el hombre.

*

Un hombre que vive al lado de la fuente, y que padece sed; que dispone de fuego en abundancia, y tirita de frío; de mullida cama, y duerme en el duro suelo.

Este es quien medra de lo artificioso.

Sus maravillosas píldoras curan cualquier afección en pocas horas. Posee un específico infalible para el hígado. Mientras lo afirma, se oprime el

costado derecho con la mano despellejada por los cólicos hepáticos.

*

Es absurdo considerar a los médicos artificiosos como malhechores conscientes. Ellos creen en sus doctrinas y se las aplican a sí mismos. Cada descubrimiento los llena de alborozo y con toda buena fe se apresuran a ensayarlo en su clientela. Los fracasos tienen que ser tan innumerables como innumerables han sido los cambios de sistemas; pero no se desaniman, porque en la estupenda variedad de teorías encuentran siempre una explicación que los conforma y los deja aptos para reincidir.

*

La medicina moderna deriva de un error: creer que es posible suplantar lo natural por lo artificial.

La salud es natural o no es salud.

Pero, cuando un error está ayudado por el interés y la obstinación del amor propio, y se arma de todas las apariencias de la verdadera ciencia, este error sólo puede desaparecer después de muchos siglos y de tremendos estragos.

*

Ningún profesional es más susceptible y refractario que el médico a la crítica de los observadores imparciales.

Esto puede provenir de estar habituado al silencio eterno de los que más podrían contradecirlo.

*

El rosado de las mejillas, el brillo de los ojos, la esbeltez y flexibilidad del talle, el apetito, el sue-

ño, cien signos más de la salud perfecta, son obtenidos por la clientela de ciertos médicos con el empleo de artificiosas tretas.

Esto evidencia que ellos desconocen la verdadera vida, o que se abstienen de enseñarla, o que carecen de autoridad para que se les escuche.

No sé cuál de estos motivos los empequeñece más.

*

Lo artificioso aumenta en definitiva vuestro dolor.

El átomo se halla tan sujeto como Júpiter al Ritmo Augusto. No hay una idea, un sentimiento, que no produzcan reacciones disonantes o conformes con la Suprema Armonía. Nada existe en secreto para la Vida. Nada está aislado. Todo influye y es influído por todo.

*

Nada más humano y triste que vuestra confusión respecto al bien. Lo más frecuente es que evitéis como un mal lo que os conviene; que busquéis como benéfico lo que sólo redunda en vuestro daño.

*

No penséis que los dolores son sin causa y sin objeto. Todo en el Universo tiene una finalidad útil para la evolución. Aprended a leer en ellos vuestro pasado. Oid lo que os dicen de vuestro porvenir.

*

Es prueba de locura suponer que con astucia se suprimirá el dolor.

*

Preferid para curaros los elementos simples,

eternos, accesibles a todos, que no suponen privilegio ni malicia.

Desconfiad de los inventos sustitutivos de la sabiduría divina.

¡Pensad con vuestra cabeza si es posible que a Dios se le haya olvidado algo, y que alguien salve su olvido!

*

No queréis el calor en el verano, ni el frío en el invierno. Tampoco esperáis el hambre para comer. Y así en todo.

No estáis de acuerdo, en fin, con este mundo. Inventáis otro. ¡Y esperáis un milagro para burlar a la naturaleza!

*

Cada triunfo contra lo inmutable es indicio seguro de que aparecerán plagas peores que las conocidas.

*

Si uno considera todas las necedades e impertinencias que los médicos soportan de la parte más débil y obtusa de la humanidad, que es la que forma su mejor clientela, se siente bien inclinado, no sólo a disculparles sus errores, sino a compadecerlos.

*

La fiebre, por ejemplo, es un esfuerzo violento del organismo para expulsar sus impurezas.

Como no hay movimiento, roce, ni cambio físico sin modificación de la temperatura, resulta que en el cuerpo también ocasiona aumento de calor el

trabajo de remover, transportar, arrastrar de un tejido a otro, luego hasta los caminos de salida y finalmente arrojar fuera las substancias que perturban el funcionamiento de las células.

La fiebre, pues, es buena, deseable. Ella evita también que el mal avance con sigilo y a traición. Si no fuese por la fiebre, aumentarían las enfermedades mortales.

Pero los médicos, atenidos, como siempre, a los efectos, se alarman de la fiebre, y procuran suprimirla. Si lo consiguen, el resultado es la localización del mal, algo así como su endurecimiento crónico; quizás, la muerte del enfermo.

*

¿Qué diríais de un astrónomo que, porque conoce el peso, el volumen, la distancia, el aspecto, la composición, la atmósfera y la órbita de los planetas, pretendiese gobernar sus cambios y evoluciones?

Pues es el caso de la medicina, cuando pretende modificar con ingeniosos medios el orden natural.

*

Lo infinitamente chico es tan inaccesible como lo infinitamente grande.

Tanto percibe el débil ojo humano en el misterio de los mundos celulares, como lo que sucede en la Vía Láctea.

Observar un fenómeno y bautizarlo con un nombre no implica saber el porqué y el cómo del fenómeno, y, mucho menos, poder evitarlo o producirlo.

*

Rara es la puerta de médico sobre la cual no debería escribirse: Médico: ¡cúrate!

*

Las supersticiones curativas tienen un fondo de verdad.

Atestiguan la influencia del espíritu sobre la materia.

La ignorancia del vulgo se manifiesta al explicar la curación.

La del médico al no comprender y aprovechar la verdadera causa curativa.

*

La muerte es la más burda de las supersticiones.

Basta ver la tranquilidad con que se juega la vida en los campos de batalla, o los voluntarios sacrificios en la India y en otros pueblos, para comprender que este miedo espantoso a la muerte es en gran parte obra de los galenos.

Y nada mata más gente que este miedo.

*

Cuando es la hora de morir, se muere; cuando la vida ha de triunfar, cualquier arbitrio resulta milagroso.

*

Mis palabras nacen de la serena reflexión; no se dirigen, por cierto a herir, deprimir o menospreciar a alguien. El lector comprenderá perfectamente a cuáles médicos ensalzo y rindo homenaje y a cuáles niego y repudio en nombre del bien social; cuáles son las enfermedades que ellos curan y cuáles las que sólo la naturaleza puede evitar.

Tiendo a elevar y dignificar el cuerpo médico,

no por meras alabanzas; sino por una positiva contribución de pensamiento y simpatía.

*

He visto en los hospitales a aquellos que se jactan de despreciar la vida y el dolor ajenos.

He comparado en los manicomios el lecho, el alimento y la manera como son tocados y hablados los locos ricos y los locos pobres.

*

Los tormentos infligidos a los animales con la vivisección y las toxinas superan cuanto de infernal crueldad pudiera imaginarse.

El endurecimiento del corazón humano, que ocasionan tales prácticas, ¿no propagará en la sociedad males más horrorosos que las infecciones físicas?

El beneficio inmediato ¿compensará de los crímenes que se realizan con las mudas criaturas de Dios?

La ciencia ¿recogerá del mal el bien, quebrantando una de las más ciertas leyes de la vida?

*

¿Lleva alguien la estadística de las víctimas humanas causadas por las teorías acogidas con entusiasmo cada siglo, y que luego resultan disparatadas?

*

Las píldoras causan más estragos que las balas de cañón.

*

Cuando los médicos declaran que nada queda por hacer y que sólo un milagro puede salvar al enfermo, se produce algo muy parecido a la suspensión de hostilidades entre dos ejércitos. Es ésta la tregua que la naturaleza suele aprovechar para salvar al organismo de su disolución, y a menudo lo consigue, con estupor de médicos y parientes.

Es que anda por caminos que la inteligencia no conoce.

*

Las enfermedades se asemejan a los remordimientos de conciencia.

Ambos dolores se evitan los animales libres con la abstención de lo anormal.

El hombre vive y muere en el error.

Reincide todos los días en el exceso y en la culpa.

*

Escasos son los animales libres que no mueren de vejez.

Comparad la salud del lobo con la del perro.

El animal doméstico enferma y muere de lo artificioso como el amo.

*

Conozco numerosos ignorantes que saben más que algunos médicos para vivir en salud. Estos, en cambio, los aventajan en el arte de "vivir en enfermedad".

No he dejado de pensar algunas veces si ciertos médicos serán o no demonios con la misión de atormentar al hombre.

*

¿Quién concibe una poderosa inteligencia en el miserable avaro que ni siquiera mide la brevedad de la vida y lo ilusorio de las riquezas materiales?

Mercader que estás siempre en la cuenta de tus caudales y a la pesca de lo que pueda acrecentarlos, deja en paz a los que sufren y dedícate a tu oficio.

*

Imaginad que un abogado le dice a su cliente: "Yo defenderé su pleito; pero usted me pagará". O un arquitecto: "Yo le haré su morada; pero le cobraré tanto".

Es natural y está en el orden de la vida.

Imaginad ahora al médico ante el desdichado que se retuerce de dolor, diciéndole: "Yo procuraré aliviarlo; pero a condición de que usted pueda pagarme determinada suma".

Esto no es natural; esto es impío e inhumano. No obstante, con el conveniente disimulo, contesta así la mayoría de los médicos.

*

No solamente se cobra por "curar" a un enfermo que fallece, sino que, con frecuencia, estas "curas" son las más caras.

*

Hay completo derecho a asombrarse de las incorrecciones y abusos de los médicos, y a condenarlos con mayor severidad que en cualquier otro hombre. Quien tiene en su mano la vida de los demás cumple una misión divina y habría de poseer una moralidad y una clarividencia a toda prueba.

*

El Sol es la botica preferida de los que no perdieron, con la salud, el juicio.

*

A veces prescribe Esculapio viajes a los desahuciados, sin otro fin que librarse de la obsesionante visión del "cuerpo del delito".

*

Gran bienhechor el médico higienista. En una sociedad realmente culta, no sólo subsistirá sino que gobernará.

*

Todos los problemas sociales son problemas de higiene.

Todas las reclamaciones populares tienden a la conquista de una mayor salud.

Todas las plagas que diezman y envilecen a la humanidad nacen de la injusticia, inagotable fuente de insanias y perversiones.

*

La humanidad, la nación, la ciudad, el hogar, el individuo, sólo pueden marchar hacia la felicidad por el camino del bien; el bien es imposible sin el equilibrio orgánico; este equilibrio únicamente se consigue conformando la vida a la naturaleza.

Cuanto más se obstine el médico en violentar las leyes naturales e intervenir en la vida con sus artificios, tanto más alejará al individuo de la felicidad y a la humanidad de sus destinos.

*

Confiad en Dios, se os dice, y no entendéis, y doblái vuestros afanes y aflicciones.

¡Confiad en Dios! os repito.

Acogeos a la naturaleza, reposad en la sabiduría que rige al Universo, deponed mansamente vuestro orgullo y vuestra ciencia ante el majestuoso poderío que os envuelve más sutil y enteramente que la atmósfera.

La verdad es una e insustituíble.

Os parece mentira que sea así, tan clara, tan insípida, corriendo humildemente al alcance de todos los seres, como el agua...

Pero tal es la infinita bondad de Dios, y vuestra mayor desgracia consiste en no comprenderla.

*

Llega el hombre a la vida tan bien provisto como los demás seres para situarse dentro del ritmo de la naturaleza.

Lo violentáis desde su primer día.

Le robáis todo.

Y él era el porvenir con que soñáis.

... ¡Luego, estáis esperando al porvenir!...

Bien dicho que los males vienen de la ignorancia.

*

Vuestros más grandes esfuerzos tienden a la reconquista de los bienes que se le quitan al niño; despojado de su instinto y de su dignidad, rebajado de su condición natural, prostituído en sus sentimientos y en su razón, llagado en su conciencia y en su carne, afeado, envilecido, estrujado por todas vuestras manos, por todos vuestros prejuicios y torpezas.

Tal el niño.

Tal el hombre.

Tal la humanidad.

*

Hay un estado corpóreo que es la salud; un estado de conciencia que se llama dicha o cielo.
No puede existir el uno sin el otro.
Algunos piensan que irán al cielo.
No es un sitio.
Dentro de vosotros mismos tenéis el cielo o el infierno.

*

En el dolor aprenderéis que las enfermedades se reducen a una y se curan con un solo remedio, pues no hay en el Universo más que una verdad, una sabiduría, una salud, un bien, un solo sendero para estar en el cielo y sentirlo en lo íntimo.

(1912).

LOS CASTIGOS

LOS CASTIGOS

La verdad más evidente para el hombre es su propia imperfección. Como todo camino lleva hacia alguna parte, toda manifestación humana va hacia esta evidencia.

Puede definirse al hombre como el ser terrenal consciente de su imperfección, y la vida, como un incesante esfuerzo, sin otro objeto lógico y visible que disminuir dicha desgracia.

*

Todo está unido. Cada ser es como el punto de una malla por cuyos hilos circulan en perenne reacción mutua las causas y los efectos. Pero el hombre ha llegado al fatal error de considerar sus abstracciones como existentes en la realidad, y así, el don maravilloso de la abstracción se ha convertido en fuente de fracasos y amarguras.

*

Quiere el médico moral infundir la salud de la fe en el alma que habita un cuerpo enfermo; confía el médico del cuerpo en restablecer el equilibrio en el organismo cuya alma está perturbada.

Ved al legislador, como al educador y al padre de familia, obstinados en considerar la culpa como un acto espontáneo, con prescindencia de la doble serie de causas fisiológicas y morales que lo determinaron; obstinados en no ver en el culpable más que un momento particular de su compleja existencia; obstinados en obtener la regeneración por el castigo.

*

¿Quién es el hombre para castigar? ¿Quién armó a esta desdichada y frágil criatura del poder y de la sabiduría necesarios para redimir por el dolor? ¡Cuán fácil es maltratar a un pobre niño! ¡Cuán fácil condenar a un pobre hombre a "secarse" en una celda! Pero, ¿con qué derecho se hace esto?

*

Ni el padre de familia ni el legislador conocen la relación que existe entre las imperfecciones que pretenden corregir y los castigos que aplican. Uno y otro deforman y pervierten la naturaleza humana diciendo que la mejoran.

*

¿Qué es el castigo? El cobro del sufrimiento en sufrimiento; la venganza vestida con traje civilizado; la vieja ley del Talión avergonzada de sí misma.

*

Con frecuencia, las pasiones para sobrevivir cobran, cual ciertos insectos, engañosas apariencias.

El castigo finge ser previsión, enseñanza, amor.

Es siempre aquel ciego impulso que movió al primer hombre a vengarse del daño recibido.

*

Parece cosa de menor cuantía que los padres empleen la violencia para corregir a sus hijos. ¡Desdichada humanidad! ¿Cómo saldrá del laberinto de sus penas, si vuelve la espalda a la ancha vía de su redención, considerándola un atajo inútil? ¿No es nada que el ser humano sea estrujado, deformado y envilecido a medida que crece? ¿No es nada que trastornen para siempre la delicada organización del niño? ¿No es nada que toda la estupidez, toda la crueldad y toda la amargura de la especie caigan sobre las generaciones que se levantan, en los castigos que los padres infligen a sus hijos?

*

¡Qué mal habéis entendido lo que os decía Jesús! Os pedía que dejarais a los niños ir a él. No pueden ir. Vuestra dureza no los deja.

¿De dónde esperáis que llegue la dulzura que pedís todos los días?

¿De dónde, la bienaventuranza?

Nada podéis esperar mientras se castigue al niño para mejorarlo; mientras se castigue al árbol para mejorar la fruta.

*

¡Claro que vuestros hijos cuando adultos mirarán sin temblar de espanto vuestras cárceles; desgarrarán como fieras la carne de la mujer que no los ama; empuñarán siempre el látigo, vengándose de la afrenta recibida!

*

Consiste vuestra justicia en cobrar en sufrimiento el sufrimiento; en menospreciar la vida de quien la ha menospreciado en los demás; en matar al que mató.

¡Y consideráis infame la vieja ley del Talión!

*

La sensatez y la cultura os enseñaron a preservaros por medios racionales del rayo, del desbordamiento de los ríos, de la sequía, de las pestes.

¡No de los daños causados por la imperfección humana!

Se ha redimido de "la culpa" a la naturaleza; pero no al hombre, como si no fuera parte de ella; como si estuviera aparte de todo lo creado.

*

Sabéis ahora que la inquisición no infundía la fe; que el despotismo no asegura el orden; que "la letra con sangre NO entra". Comprenderéis también que la justicia actual no produce la virtud, sino precisamente sus contrarios.

Los castigos someten "lo visible" del ser humano; ser en su mayor y esencial parte invisible.

Perpetúase así la contradicción entre la realidad íntima — que es la verdadera vida, — con la realidad aparente — ficción de vida.

*

Si alguno injuria al juez, ¿dejará de pensar mal de él porque se le castigue? ¿Por el castigo adquirirá un elevado concepto de la misión social de la justicia?

*

Debajo de la levita de los jueces, empeñados en infundir la bondad por medio de la maldad; debajo de la casaca del obtuso maestro, que al deformar groseramente al niño se propone embellecerlo; debajo de la vestidura del tirano, que a hierro y fuego quiere moldear la vida a su capricho, persiste la satánica obsesión de regenerar la humanidad por los tormentos y la muerte.

*

¿Habrá algo más aniquilador y más perverso que las gusaneras denominadas cárceles? ¿Es concebible un medio más diabólicamente opuesto a la moralidad, más absolutamente corrompido y corruptor?

¿Es posible que creáis que así el que está debajo de vosotros se elevará y dignificará?

La función normal de la cárcel es la metódica transformación del ser humano en basura.

*

Si la virtud brotara entre los muros helados y sombríos de la cárcel; si fuese lo que dejan vuestras garras, ¿qué sería entonces lo abyecto?

*

No ha mucho que también los animales eran sometidos a proceso y condenados a espantosas penas.

¡Con el mismo resultado que en los infelices locos que llenan las prisiones!

*

La virtud es la unión del cuerpo sano y el alma depurada de lo ruin, que la perturba y ofusca.

Es el agua transparente, en que lo denso y turbio fué a lo hondo, por un milagro de la serenidad.
Es el instrumento afinado y la mano purificada para hacer sonar la vida en armonía con el Cosmos.

*

El castigo de Dios que imagináis es la más necia calumnia que haya inventado el hombre.
El infierno de que habláis es una caricatura llena de humana vileza de la justicia divina.
Las cárceles son grotesca copia de ese infierno.

*

El castigo es maldad y provoca una reacción de igual naturaleza.
No le llaméis sanción, porque ella no está regida por vuestra voluntad; es algo así como una consecuencia del ritmo de la vida.
Tampoco compensación, porque sólo la encontráis en halagar con el dolor causado vuestros peores sentimientos.
Tampoco previsión, porque el castigo es padre y alimento de lo vil.

*

¿Por qué ha de castigarse al que soporta las anomalías hereditarias, las perversiones causadas por las iniquidades, los contagios malsanos del ambiente? ¿Influirá en el bienestar de la especie el sufrimiento infligido a un efecto de nuestras imperfecciones, a una consecuencia de nuestra miseria y nuestros vicios, al que lleva mayor carga de la miseria común?

¡Tanto castigasteis ya por tantos siglos!
Y la maldad está en vosotros, como en el primer día.

*

¡Que no sepáis que el crimen es un momento lúgubre y caótico de la Vida!
¡Que veáis en el asesino un ser normal!
¡Que ignoréis que la culpa no es de uno, sino de todos!

*

Cuando estéis limpios de ferocidad, cuando al ladrón de algo no le robéis la vida, cuando detengáis el brazo que castiga, podrá entrar en vosotros la dicha que anheláis.
Cambiará vuestro destino. Se levantarán los caídos. Resucitarán los muertos.

*

Dictad la pena de muerte para las causas de degeneración; para los robos de salud y de alegría; para los crímenes y vicios que perpetúan el hambre y la ignorancia.

*

No esperéis piedad del cielo mientras no os apiadéis.
No pretendáis subir más, mientras holléis brutalmente a los que están debajo.
No pretendáis mayor gracia de Dios mientras no le hagáis sitio en vuestra alma, pues la tenéis sin medida y no podéis recibirla.

*

¿Por qué deformáis mi cuerpo y envilecéis mi corazón? — dice el alma de los niños desde sus tristes ojos.

¡Imposible que acierte con el camino verdadero! ¡Obscureceréis más todavía mi noche con las tinieblas de vuestra iniquidad! — dice el alma de los hombres extraviados.

*

¡Ay, amigos, qué pena, que sintáis odio en vez de compasión hacia el desdichado que asesina o roba!

¡Ay, amigos, qué pena, que al más sediento lo privéis del agua y al más impuro lo escondáis del sol!

¡Ay, amigos, qué pena, que olvidéis que todo se cura con amor!

*

La justicia de Dios premia el esfuerzo hacia el perfeccionamiento.

Puso al hombre en este vasto taller de alfarería, donde todo es de barro.

Quiere que cada cual tenga la vida en sus manos y la modele.

*

La justicia del hombre será aquella que ayude a la inteligencia y a la sensibilidad en el esfuerzo hacia el bien.

Conocerá los resortes que convierten al criminal en un ser bueno, y los muros que no permiten la evasión.

Mirará como más locos a los que hacen y que ahora están en la cárcel, que a los que hablan de hacer y están en el manicomio.

Verá en el suplicio fuente de ciegas furias vengadoras que circulan por los siglos en la sangre de la especie.

Comprenderá que si todo hombre busca el placer, justo es mostrarle dónde ha de encontrarlo, abriendo el corazón y el intelecto a los verdaderos goces.

*

La justicia de Dios excluye la crueldad, igualmente en el bandido que en el juez. La piedad es la interpretación humana de la justicia divina. La justicia social es previsión grande y sabia.

Sabréis, pues, lo que es justicia cuando deis a cada cual aquello que necesita para recobrar la salud, el equilibrio, la bondad; cuando no aumentéis la maldad con vuestra maldad, ni avivéis las bajas pasiones satisfaciendo vuestras bajas pasiones de venganza y de crueldad; cuando os miréis mejor, cuando os toquéis mutuamente las angustias, cuando aprendáis de Dios, por lo que hace con vosotros, lo que haréis con los que están debajo de vosotros.

(1916).

LOS CIRCULOS

LOS CIRCULOS

La Tierra parece un círculo que describe una curva cerrada alrededor del Sol, que parece otro círculo.

Todos los astros son, a nuestros ojos, círculos; todas las rutas celestes tienden a la forma circular.

Concebimos el espacio como un círculo. Todo movimiento es circular o tiende a la circunferencia. La materia es un círculo o una suma de círculos. Sólo el círculo da la sensación de plenitud.

* * *

El Sol evapora las aguas del mar; pero ni una gota deja de volver al mar.

La atmósfera y el suelo ceden los elementos para el árbol; mas un día los elementos que constituían el árbol tornarán a la atmósfera y al suelo.

Los ríos y los arroyos roen los continentes y los transportan a los mares; pero los mares devuelven continentes, y donde antes estaban los continentes derrámanse nuevos mares.

* * *

Pronto asciende de nuevo hasta la rama del árbol la dulzura del fruto que cayó; algo más tarda el aroma de la flor en abatirse con la lluvia para subir desde el suelo a ser alma de otra flor; siglos, muertos y enterrados, permanecieron los árboles condensados en hulla; mas al cabo, la hulla cobra alma y alada, ligera, forma un mundo de ensueños allá arriba, para volver a la tierra, para integrar otros árboles.

* * *

Mientras el brazo del sembrador, con un arco de círculo, hoz impalpable, corta la nada, su puño le enseña al germen, abriéndose hasta diseñar el círculo, cómo se ha de expandir... Mientras gira vertiginosamente el mangangá por encima de la hembra, o traza el gallo con la punta de un ala el círculo nupcial, recibe el germen el impulso de vida que es un movimiento circular y que se transmite al óvulo.

* * *

Todo lo mira el hombre con su pupila circular; todo lo más que puede andar en una dirección es una circunferencia; todo cuanto hace es deshecho para ser rehecho otra vez.

* * *

El año traza su círculo en el tronco del árbol; forma la piedra, cuando cae en el lago, inacabable número de círculos; vibra el bronce y se estremecen los invisibles círculos del aire; vuela la luz en círculos concéntricos; golpea el pensamiento en

el espacio, y, a este conjuro, los círculos van poblando lo infinito...

* * *

Gira la vida, que es círculo, en movimiento circular; trazan los vientos y las aguas sobre la superficie de la esfera circunferencias en número infinito; giran los insectos alrededor del foco luminoso; giran en sus templos los derviches de la India alrededor del Signo Espiritual; giran los planetas alrededor del Sol, y revolea el hombre su honda mental bajo el círculo de la bóveda celeste...

* * *

Imposible le es al ser humano contar todos los círculos; a medida que los cuenta, él y la naturaleza entera describen nuevos círculos.

Imposible le es al alma seguir a una sola alma en su vuelo en espiral.

Imposible le es al pensamiento herir con su golpe de honda el infinito.

* * *

Cuando la hora del despertar se acerca, el hombre sueña con las percepciones reales, adaptándolas a su fantasía. Así, también, sueña el hombre con el infierno en que vive, porque su espíritu entró en los círculos de la Tierra, que son verdaderos círculos de lo que se llama infierno, donde, con el dominio del tiempo, crece el tiempo; donde, con el aumento de la visión, agrándanse los campos del espacio, y la rapidez vuélvese lentitud, y la ilusión, desconsuelo, y la alegría acaba en el dolor. Donde

se teme al fuego del infierno y se anda sobre una brasa cubierta de ceniza; y el que pretende engañar es engañado; el que roba es robado; el que hiere se hiere. Donde se lucha para evitar la miseria; y se pone el afán en vivir y se vive para este mismo afán; y el que quiere parecer grande se empequeñece; y el que más habla de Dios, más se aparta de Dios; y se busca más lejos lo que se tiene dentro.

¿Cuál de los deseos y ambiciones terrenales, cuál de los goces y de los cambios que anhelamos escaparán a la fatalidad del círculo?

¿Cuál voluntad, alejándose de la virtud y describiendo una circunferencia, no volverá a la virtud?

¿Cuál de nuestras pasiones, al apartarnos de la verdad y del bien, no llevará a nuestra alma en círculo de pena a la verdad y al bien?

¿Cuál es el insensato que no siente una fuerza irresistible que le conduce por el círculo del dolor, del arrepentimiento y de la enmienda, al punto aquel donde empezó su extravío?

* * *

Como la paloma soltada para que vuelva al palomar, llega el espíritu del hombre.

Como la paloma que llega y se remonta a cierta altura, llega el espíritu del hombre y se levanta de la tierra.

Como la paloma que se remonta a cierta altura y vuela en sucesivos círculos, así también en sucesivas vidas y deseos vuela el espíritu del hombre.

Como la paloma que por fin se orienta hacia el palomar, así también se orienta el espíritu del hombre y vuela en espiral hacia la Gran Verdad.

(1916).

CARTAS AL PUEBLO

CARTAS AL PUEBLO

PRIMERA CARTA

Mi querido Pueblo:

Apercibido siempre para el gran viaje, la emoción me embarga al acordarme de ti. Dios me colmó de dulzuras o me armó de tal manera que mi existencia habría transcurrido casi del todo exenta de dolores, si no fueran los que por ti he padecido; porque siempre te quise con ternura, y nací ya inclinado sobre tus hambres y tus angustias, y estuve siempre mirándolas y llorándolas a escondidas, pesaroso de irme sin darte un poco de alivio.

Yo tengo siete hijos de mi sangre y de mi alma; pero nunca los amé como cosa distinta de ti. Tú me pareces siempre mi gran hijo. Los contemplo confundidos contigo, partícipes de tus pesares y alegrías, sujetos a tu destino. Si ellos van lejos y tú te quedas atrás, ¿qué harán en la soledad de su camino? Si ellos gozan de los bienes de la vida y sigues en tu martirio, ¡miserable de mí que los

hice tan duros y crueles!, y si eres sabio y misericordioso, ¿qué les faltará a mis hijos y a los hijos de ellos para edificar su dicha?

Por esto te llamo mi Hijo; porque te doy lo que tengo y nada espero de ti. Y no te llamo mi padre, a pesar de tu grandeza al lado mío, porque nunca medré con tu cariño, ni me alimenté de tu trabajo, ni te amargué con mis penas, ni me volví por tu aplauso.

Y no te llamo mi hermano, porque en verdad no lo eres. Buscas lo que no deseo; ignoras lo que yo sé; amas lo que creo ficciones; olvidas lo que tengo más ante los ojos, y haces un infinito número de cosas que mi razón deplora.

Es así cómo he llegado a considerarte mi gran hijo, grande, inmensamente, al lado mío, pues la ternura a veces justifica lo que otros sentimientos envilecen y trueca en humildad lo que sin ella sería infatuado orgullo.

Ya sé que muchos te exhortan y aconsejan; y que no pocos aplican su inteligencia a conquistar tu voluntad y a convencerte de que te dejes guiar por ellos. Yo mismo, hace veinte años que traduzco tus ansiedades en lenguaje inteligible para los viejos y los niños, y repito tus clamores delante del Capitolio y de los estrados de la justicia.

Tú, juzga, pues, y discierne quién te habla por su bien, quién por el tuyo.

Solamente he de advertirte que si no te halagué cuando los sensualismos tentaban mi juventud, no he de halagarte hoy, cuando aspiro por toda gloria a ser humilde soldado del ejército de Dios. No esperes, pues, lisonja de mi boca, que me pesa no haber sido todavía más franco y categórico contigo en los años pasados, con todo de haberte dicho

cuanto parecióme convenirte, con las palabras que salen del corazón.

¡Te dije tantas palabras! Pero no entraron en ti. No pudieron aún entrar. ¡Todas las puertas cerradas!

Y volvían a mi alma, y mi alma las tenía que volver a recibir, y esperar el día siguiente para soltarlas de nuevo...

¡Cuántas veces! ¡Cuánta pena!

Pero irán siempre en tu busca y algún día las acogerás, les abrirás de par en par las puertas de tu entendimiento y de tu corazón.

Y me perdonarás esta dureza mía, que con frecuencia provocó tus condenas.

Si alguna falta aún, pronto estoy para sobrellevarla. ¡Dulce cosa padecer por ti algo más!

SEGUNDA CARTA

Bien quisiera decirte palabras que te nutrieran y calmaran. Innumerables personas lo han intentado y diste testimonio de que lo consiguieron, mostrándote agradecido. Pero a despecho de tu propensión, yo no conozco palabras que adormezcan sanamente tus naturales esperanzas. Las que yo sé, sólo sirven para despertar tu voluntad, hacer más vivas tus necesidades e iniciarte a satisfacerlas por el trabajo y el sentido común.

Lo más singular que he visto en este mundo — después de tus recelos para creer en Dios y en la existencia de ultratumba — es tu fe en los habladores. A casi todo lo que veo le encuentro alguna explicación; de las más extravagantes acciones suelo penetrar la lógica, y de muchos caminantes que parecen extraviados descubro la oculta meta; pero aquella fe tuya no la puedo comprender. Si en la vida ordinaria pecas frecuentemente de suspicaz y positivista, ¿cómo en lo más importante muestras confianza y candidez tan grandes? ¿Quién logra, en los trajines del comercio, saldar deudas con discursos? ¿Qué obrero acepta en pago de su salario algunas buenas palabras? ¿Qué padre ofre-

ce por almuerzo a sus hijos una peroración más o menos agradable? En todos estos casos, te burlas bonitamente de las palabras y con franqueza, no siempre exenta de severidad, das a entender que no te chupas el dedo. Pero cuando se trata de los magnos intereses y los transcendentales problemas en que obras colectivamente, entonces las palabras te bastan, y con palabras te hartas, y por palabras truecas tus bienes más caros.

Te quejas de que las leyes castigan al que roba un centavo y dejan impune al ladrón de millones; pero, ¡si tú haces lo mismo! ¡Si tú también defiendes con tus puños y tu astucia un puñado de trigo y te dejas robar la vida entera! ¡Si las leyes son tuyas! ¡Si los simuladores medran a tu amparo! ¡Si todas tus prisiones y cadenas son obra de tus manos!

La inmoral especulación con tu honor, tu patriotismo, tu candidez y tu abnegación sin límites, ¿quién la sostiene y fomenta?

Una sola palabra — libertad — ha bastado para mantenerte esclavizado después que se abolió la esclavitud. Otra palabra — caridad — ha servido para destruir el amor entre los hombres. Otra palabra — justicia — ha creado abominables privilegios.

Si verdaderamente se tratara de tu libertad, se te daría autonomía, y de ella nacería la fraternidad y la justicia; mas, desde que te agitas en el claustro materno, estás ya oprimido y limitado en tus movimientos por la tiranía de los prejuicios sociales: imagen fiel de lo que será tu vida entera, deformada, estrujada y sometida a crecer y manifestarse bajo influencias a menudo triviales o absurdas.

Te veo, a través de la historia, siempre el mismo. Cuando tu conveniencia te inducía a avanzar, un discurso te hizo retroceder; cuando tu experiencia te aconsejó retroceder, un discurso bastó para que marcharas adelante. Desde que hay jefes de estado, ellos cuidan de repetir idénticas promesas: es un traje cortado a tu medida: quedas encantado con él, y te dura, con hambre y todo, hasta que te cortan otro.

El gran hombre tiene para ti dos vidas: la privada y la pública; en una puede ser un miserable; en otra, un santo. El gran hombre posee el derecho de que tú juzgues solamente una de sus fases: la de sus actos o la de sus palabras.

Por más que tu candidez incite a ello, no osaré hacerte creer que con palabras sonoras voy a mejorar tu sopa; ni a curarte de esa angustia que es tu sombra y que te sigue hasta la tumba.

TERCERA CARTA

Muchos de tus males vienen de tu inclinación a reverenciar las cosas antes de comprenderlas. Por nada del mundo quieres que se dude de tu patriotismo, y cuando llega el caso de mostrar que no te falta haces cualquier barbaridad, incluso la del suicidio. Gritas, coges el fusil, y, en el paroxismo del furor, atropellas y arrasas cuanto se te pone por delante. Tal superioridad te reconozco sobre el salvaje. El no puede, en un día, avanzar hasta la civilización; tú eres dueño de retroceder hasta el salvajismo cuando te place. Pero a mí me encantaría que hablaras de patriotismo sin ofuscarte, y que lo evidenciaras sin ademanes y gestos que igualmente se observan en el gorila irritado.

No hay por qué dudar de tu patriotismo. Es uno de tus bolsillos. Lo importante es saber qué llevas en él. Todas las palabras son lo mismo: un vacío. Repara bien en lo que tú pones en ellas.

Apostaría a que muy pocas veces te has puesto a averiguar lo que es el patriotismo. Sabes que es algo que debes poseer; llega un día en que se discute si tienes patriotismo; este día te enojas grandemente y, por palabra más o menos, enloqueces.

No hay caballeros más prestos para defender su honor a espadazos y estocadas que los que no son caballeros ni tienen ningún honor.

¿Por qué, si el patriotismo es una virtud, ha de apartarse de las demás virtudes? ¿Por qué ha de estar en pugna con algo que sea bueno?

Rígete por ese buen sentido tuyo; deja que te llamen burro; pero busca un patriotismo que tú entiendas y practícalo llanamente a tu manera. Si los príncipes, magnates y habladores desean gastar otra especie de patriotismo, que ellos se lo costeen.

Porque uno es el amor, uno es el corazón y uno es el bien. Comienza por ser honrado y laborioso; gobierna tu hogar con el ejemplo de tus propias acciones y con una dulce rectitud; entrega noblemente al porvenir las energías de tu cuerpo y de tu alma, y serás un gran patriota.

Si quieres conocer a otros patriotas grandes, mira a los hombres que trabajan callados en los talleres y en los campos, y en todo sitio de labor honesta. El que rompe la tierra con su arado; el que levanta un muro, ladrillo por ladrillo; los que tienden un riel, con dolor de su cintura: éstos, en su silencio, dicen gran bien de la patria, y en silencio la engrandecen cada minuto con su esfuerzo. Todo aquello que enorgullece a la república lo hicieron éstos que trabajan callados. Callados para la vanidad y la mentira.

Cuando veas a un hombre nacido en tu misma tierra, que es haragán, o que defrauda a la comunidad, o que prostituye con sus ficciones, niégale patria, niégale patriotismo. Y al extranjero sobrio, verídico y honrado, que hace su obra a conciencia, por humilde que ella sea, y cobra y paga con equi-

dad, y ama el bien y la justicia, siéntelo ciudadano como tú y anhela que la nación se llene de estos hombres.

No creas que ama a su hogar el que conspira contra la paz y el bien de los demás hogares. No creas que ama a su patria el que envenena el aire con su aliento de odio al extranjero. Del que diga un discurso altisonante, en elogio de la patria, necesario será que conozcas sus costumbres para saber si la ama. Aléjate presuroso de los que emplean el tiempo en repetir que son patriotas, y viven del patriotismo de los demás.

Si consideras al individuo como un punto y, sirviéndote de este punto como centro, trazas cuatro circunferencias concéntricas tendrás bien representadas, en el círculo más chico, la familia, y en los otros, mayores cada vez, la patria, la humanidad, la vida espiritual. Observa cómo se contienen y afianzan unas circunferencias en las otras, sin oponerse en ningún punto, cual partes de algo único y armónico, que es la gradual evolución hacia el perfeccionamiento y la fusión consciente con "el todo". El sano egoísmo individual no invade el círculo del hogar: le sirve de centro; el del hogar no choca con las ideas y sentimientos que se agitan en el círculo del patriotismo; el culto de la patria no excluye en lo más mínimo la fraternal solidaridad humana, y nada de las zonas de este mundo roza el amplísimo círculo de las aspiraciones espirituales.

Tan verdadera es esta demostración que ella te orientará en todas las situaciones de la vida.

Bueno es tu amor al pellejo, bueno tu apego al hogar y buena tu moral. ¿Te obliga el patriotismo a verte inicuamente despojado del fruto de tu tra-

bajo? ¿A abandonar tu familia? ¿A robar, incendiar y asesinar? Detente: ese patriotismo no es el tuyo; es el de "aquellos otros". Que ellos se lo costeen.

El verdadero patriotismo no es el que te empequeñece, te arruina y te convierte alternativamente en esclavo o en bandido.

El verdadero patriotismo es trabajo y es amor: es el corazón en paz y la conciencia limpia.

CUARTA CARTA

Has ensayado diversos sistemas de gobierno, y la verdad es que todavía no sabes cuál te conviene más.

Ahora dices que prefieres el de la mayoría, que nada puede existir por encima de tu voluntad, que tú eres el único, el verdadero y absoluto soberano.

Veo que, mientras alcanza la superficie del planeta para una población diez veces mayor que la existente, vives en miserables escondrijos, peor que los animales libres. Una vaga pesadumbre te acompaña hasta la hora de la muerte; la que dimana de tu organismo, desposeído de tan indispensables bienes como son el aire puro, el sol, el espacio preciso para moverse a sus anchas. Esta melancolía que exhala tu cuerpo entero es la misma de las fieras enjauladas en los jardines zoológicos.

Miserable te contemplo en las cárceles, en los conventillos, en las tabernas; miserable te siento en tus mendigos, tus mujeres caídas, tus niños deformados por la violencia y el odio.

Y del trabajo, ¿cuándo no te quejas? En talleres y campos, gimes el hondo dolor de tener que vender tus energías. Quienes te las compran, los

intermediarios entre tú y la naturaleza, con la mano derecha toman lo que produces; con la izquierda te dan lo que, según ellos, necesitas.

No hablemos de tus fiestas, ni de tus pesares. Cuando andas en aquéllas, paréceme que has salido del hospital; cuando lloras, ¿quién adivinará cuál de tus congojas ha merecido ese honor?

¿Eres tú quien ha dividido la tierra en esta forma? ¿Eres tú quien elige a los arquitectos que construyen tus covachas? ¿Tú ideaste ese endiablado sistema de trabajo? ¿Tú inventaste los hospitales, cuarteles, fábricas, escuelas, cárceles, oficinas y demás sitios donde te atormentan? ¿Y pusiste tu destino y tu poder en las cabezas más vacías y en los corazones más duros? ¿Y abandonaste el bosque para meterte en esos agujeros? ¿Y huiste de las fieras para venir a caer en tales garras?

¡Cállate! No blasones de tu voluntad y de tu poderío. Sobradamente te recomienda tu desgracia a la compasión de Dios, para que quieras parecer imbécil.

Yo sé qué esperas. Esperas siempre a alguien. ¿A quién? ¿Quién será tu salvador? El que, olvidado de sí, busque tu bienestar antes que el suyo. El que venció toda otra ambición para sólo querer verdad y justicia. El que renunció a todos los goces para tener tan sólo el de servirte. El que subió y dice: "Me entrego. Tómame como alimento y como agua para calmar tu hambre y tu sed. Tengo de sobra; nada deseo y me doy. Tráeme tu amargura. Yo la llevaré en mi alma. Seré tu asno y tu perro. Moriré de lo tuyo, y no de lo mío. Sufriré tus enfermedades y tu muerte..." Pero aun éste,

aun éste, se irá y dirás: "¿Cuándo volverá otra vez?" ¿Y seguirás esperándolo?...

Esta es la hora y el sitio. Alza tu tienda. Aquí mismo. Ahora mismo.

Tu salvador eres tú. ¡Tú mismo has de redimirte!

QUINTA CARTA

Tus intereses son siempre menospreciados en holocausto de unos ideales que no alcanzas a comprender. ¿No sería preferible que te atuvieras a lo que concibe tu entendimiento? Tú amas, en el seno del hogar, cierta especie de bienes, como la tranquilidad, la abundancia, la salud y la alegría; bienes de ningún modo despreciables, puesto que sin ellos no es posible que mejoren tus ideas y sentimientos; pero en la plaza pública depones mansamente tus naturales deseos y te muestras encantado de unas sonoras palabras y deslumbrantes ficciones, que hace ya muchos siglos te alucinan y llevan por caminos opuestos a tu dicha. En conclusión, en todas las épocas aparecen ante ti unos personajes que con buenas palabras te dan a entender que eres egoísta y torpe, que tu corazón te engaña, que tus pensamientos son bajos y groseros. Para salvarte, has de seguirlos; para engrandecerte, has de conformarte a ser pequeño, ignorante y miserable. De nada vale tu sentido común, ni tampoco tu vida. Cuando se trata de "la majestad de las instituciones" o "las sacrosantas glorias", fácilmente te inclinas al parecer de aquellos

personajes, y con solemne gesto les entregas tu albedrío.

¿Por qué no votas según las mismas ideas que te mueven en el trabajo, y los mismos sentimientos que te inducen a la conservación de la familia? ¿Qué más libertad podrías apetecer que la de gobernarte? ¿Qué más igualdad que la que produciría la supresión de los privilegios? ¿Qué otra fraternidad es concebible que la que nace y se nutre de la justicia? ¿Qué significa ennoblecer y glorificar la patria, si no es lo mismo que acrecentar tu bienestar y tu bondad? ¿Quiénes disfrutarán de aquellas grandes conquistas por cuya consecución vienes sacrificándote desde remotas edades, generaciones tras generaciones, en marcha semejante a la del asno tras el verde manojo pendiente ante él y sujeto por un palo a su cabeza?

Ni las mismas palabras de evolución y de progreso expresan algo real si no se refieren al incremento de tu autonomía. Niño, hombre, ciudadano, el adelanto consiste para ti en andar con tus pies y pensar con tu cabeza. Tus redentores te ofrecen alzarte en brazos y llevarte a un encantado país de bienandanza suprema. Consideran, quizás, que vives de ilusiones, o ignoran que la marcha de ellos no te exime de recorrer por ti mismo, palmo a palmo, el camino de tu redención.

No hay conquista sin esfuerzo, ni felicidad sin merecerla.

No finjas comprender lo que no entiendas. Resígnate a tu andar. Si andas con ligereza inadecuada a tu temperamento, por igualarte a los seres extraordinarios, caerás desalentado a cada trecho y, en definitiva, tu avance será lento e inseguro. Si quieres parecer más grande de lo que eres, te

empequeñecerás. Si pretendes engañar, te engañarás.

Camina con tus piernas: has de fortalecerlas; piensa con tu cabeza: ha de ganar en vigor y en armonía; oye a tu corazón: necesita, en su paz, purificarse. Si algunos se te adelantan, salúdalos y diles: Os seguiré en mi hora. Entretanto, heme aún en la contienda con el hambre y el dolor.

SEXTA CARTA

Si los autores y ejecutores de las leyes son elegidos por ti, fuerza es reconocer que pones mayor cuidado en la elección de tus zapatos. Si tú no los eliges, queda por averiguar para qué votas.

Cualquier hombre de mediano buen sentido sabe que más de la mitad de las leyes son inútiles y que faltan, empero, algunas imprescindibles.

La manía de dictar una ley para cada mal se parece a la que se apodera de algunos jóvenes médicos que recetan a sus enfermos una o varias recetas para cada mal en particular, varias para los males en conjunto, con la pueril esperanza de restaurar la salud en esta batalla.

La más leve alteración del organismo puede merecer una receta, como cualquier hecho humano, mirado por un fabricante de leyes, sirve de base para un proyecto de ley. Y así como el individuo sólo goza de salud por la regulación de las funciones orgánicas, que es efecto de un régimen conforme a la naturaleza, así también la salud social será siempre el resultado del régimen de la libertad dentro de la justicia.

Las leyes son delimitaciones de la libertad; por consiguiente, hay que trazarlas con mucha parsimonia.

Más de un ciudadano haría más bien a sus semejantes dándoles buenos ejemplos que docenas de leyes.

Tus ideales, tus ensueños, caben en pocas líneas; pero no todavía en tu corazón.

Tú quieres, no sabes qué. Buscas algo, no sabes dónde. Preferible sería que oyeras a tu niño o a tu madre. A tu cuerpo. A tu conciencia. Al mar. Al viento. Todo te dice mejor lo que tú quieres y lo que tú necesitas, menos los que te hablan.

Tú pides que te salven, y tú mismo, que puedes, no te salvas.

Pídele a la educación que te devuelva la autonomía para gobernarte por ti mismo.

Al gobierno que sea solamente higiene en lo moral y en lo físico, y tienda a ser cada vez menos necesario.

Comienza tú mismo por no emplear la violencia nada más que para las cosas materiales, que no tienen más puerta que la materia para que penetre la voluntad renovadora.

Suprime el despojo; suprime también la dádiva. Nada debería darse ni quitarse entre los hombres.

Haz que todos los anhelos de redención se realicen en el niño.

Radica la libertad en la tierra y en la mujer.

Substituye lo múltiple por la unidad; lo complicado por lo simple; lo artificioso por lo natural, en todo cuanto sea posible.

Mira con serenidad que cada hombre tenga sus convicciones, como tiene su sombrero adecuado a su cabeza.

Procura que tu religión consista en obras.

Vive siempre preparado para el amor y la muerte.

Hay que amar y hay que morir, y esto es cuanto sabemos.

Hay que vivir y hay que morir amando; y esto es cuanto podemos.

SEPTIMA CARTA

Se habla hace siglos, hace millares de años, de vaguedades y ficciones, y continúan en el olvido las tremendas realidades de la existencia.

¿Hasta cuándo seguirás desorientado, ya corriendo detrás de tus presuntos salvadores, ya renegando de ellos y maldiciéndolos?

Proclamas tu culto a la igualdad y la fraternidad mientras los privilegios y los odios te devoran.

Parece que la bondad es la que inclina a favorecer a determinados hombres con atribuciones, derechos o beneficios excesivos; pero ha de ser una bondad superficial y acaso irreflexiva, puesto que tales bienes son limitados y proporcionados al número y condición de los individuos; de manera que, si algunos los poseen en demasía, es forzoso que otros se vean privados de ellos.

La desmedida libertad de un tirano, que se convierte en licencia, se hace con la pérdida de la libertad de todos. Una gran acumulación de valores representativos de trabajo no puede realizarse sin despojo.

La bondad verdadera es la que sencillamente reconoce a cada cual lo que le corresponde.

De todos los privilegios creados por las leyes y que se yerguen como árboles fatídicos a cuya sombra vegetan tus ensueños redentores, el más absurdo es el que permite que un hombre abarque más suelo del que honradamente es capaz de usufructuar.

Es hasta difícil concebir que la ambición desmedida ose acaparar la tierra, el aire, el sol, la lluvia, elementos indispensables para la vida de los demás seres. Un hombre puede amontonar papeles representativos del ahorro, metales, piedras preciosas, objetos artificiales de toda especie, sin que con ello te perjudique mayormente; pero es, en cambio, un delito restringir las posibilidades naturales para tu alimentación y tu salud.

Mientras tal crimen se cometa, la libertad y la justicia serán palabras sin sentido. Sin cimiento y sin aplomo, el edificio social sólo puede ser sostenido con puntales, o sea leyes.

Hay quienes creen que el hacinamiento de la población en estrechas celdas, con todas las fatigas y privaciones inherentes a las actividades enfermizas, representa un progreso y un honor para la república; pero, en verdad, esto es una consecuencia de la incapacidad del estado y de tu falta de sentido común.

Cuando se observa tu vida se llega a la conclusión de que la paz dichosa, la apacible existencia, es algo que sueñas para un remoto porvenir. El trabajo febril, antihigiénico, disgustante, no te ofrece por lo común más beneficio que el sobrellevar una vida a medias. El ambiente está saturado de tus ansiedades y de tus penas ocultas.

Deliras, en estos inmensos países casi desiertos, con un hogar más amplio, un poco de follaje, una

tarea grata al corazón; lo que sitúas al término de veinte o treinta años de padecimiento; cuando lo natural sería que lo disfrutaras desde ahora.

A tus espaldas están la enorme extensión de tierra inculta, las inmensas regiones desconocidas, los estupendos bosques, las fabulosas riquezas: el bienestar perdido de millones de seres humanos.

¿Por qué, con el acero de la voluntad en la mano, no sales de tu infierno y te marchas a los campos asoleados?

La tierra te pertenece por haber nacido. Es el complemento de tu cuerpo, la fuente de tus energías, la madre que te ha de acoger en su regazo cuando te duermas del todo. ¿Cómo es posible que unas cuantas personas se apoderen de ella, sin apoderarse de ti mismo?

¿Cómo consientes en esperar a morir para tener derecho a un pedazo de tierra?

Destruye tan monstruosa aberración. Haz a la tierra inservible como valor en sí; truécala en algo semejante al aire que únicamente vale para el que lo aspira.

El mar, con ser menos necesario que la tierra, no tiene amos. Las aves marinas son más libres que tú. Donde les place recogen su alimento y se saturan de sol. A ti apenas te quedan unos caminitos para ir a tu calvario, mientras a derecha e izquierda, en calles o carreteras, ves terrenos baldíos y llanuras desiertas, donde te está vedado levantar tu choza, ni hundir tu pala, bajo pena de presidio.

Sin tierra, continuarás esclavo y miserable.

Aunque poseyeras tesoros de toda especie, serías un desdichado vagabundo. Y con tu parte legítima del suelo para asentar tu hogar y cultivar

tus coles y tus árboles, no hay pobreza que baste a arrebatarte la felicidad.

Algún día arrancarás del templo del civismo las leyendas ilusorias, y pondrás sobre la cuna de cada nuevo ciudadano estas palabras, dirigidas a todos: "No me deformes ni perviertas. No me despojes de lo necesario. Déjame andar el camino de mi vida".

Entonces vivirás en la fraternidad y hablarás de la justicia sin oprobio.

OCTAVA CARTA

Nadie está menos capacitado para beneficiarte que los que te impulsan a la incomprensión del orden y a las brutales reivindicaciones.

Cuanto existe tiene su razón de ser, hasta tu mismo martirio, que no debe acabar sin el esfuerzo de tu voluntad.

Por un crimen es posible apoderarse de la riqueza de otro, o librarse de alguna tiranía; mas queda el asesino con mayor mal que la pobreza, o más esclavo que antes.

El afán de regeneración se ha traducido en todos los tiempos en violencia, y la violencia no es fuerza creadora, sino de destrucción y envilecimiento. En vano la humanidad ha deseado el bien. De la violencia nacieron invariablemente perversidades mayores que las conocidas. Ella manchó con su oprobio las más nobles instituciones. Ella convirtió el trabajo en un suplicio; la justicia, en iniquidad; el matrimonio, en una inquisición del amor; la Inquisición religiosa, en fábrica de hipocresía y de impiedad.

Aherrojar, herir, matar: ¡he aquí los medios usados desde remotas edades para mejorar la vida!

Nunca se habló a la razón con las únicas palabras que convencen; nunca se reconoció que el bien no puede venir del mal.

Con la violencia buscóse abreviar camino, y se le ha hecho interminable.

Delante de una cabeza perturbada, delante de un corazón endurecido, la humanidad ha dicho siempre lo mismo: Cortad, romped, destruíd; poned eso bajo tierra, y estaremos salvados.

La fuerza que mueve y cambia la materia, nada puede con las almas. La mala cabeza quedará bajo tierra; pero sus malas ideas seguirán andando por el mundo.

Un hombre encarcelado no dañará con sus manos, pero no es esto lo que salva al hombre, sino que su corazón no odie, y, así, tampoco con sus pensamientos dañará.

Si quieres redimirte, elige el largo camino del trabajo y de la fe. Y la alegría embellecerá tu esfuerzo, la cultura te permitirá discernir entre lo real y lo ficticio, el amor ennoblecerá tu egoísmo.

Sube con tus sentimientos, y gozarás de la calma luminosa de las cumbres.

Florezca la virtud en tu corazón, y su semilla caerá en la sangre de la especie.

Enciéndase tu espíritu, y su luz se derramará sobre los que vienen.

(1914).

CARTAS INTIMAS

CARTAS INTIMAS

A UNA MADRE.

Ayer te vi que golpeabas el cuerpo de tu hijito. Fué un mal momento tuyo; lo comprendo. En seguida te arrepentiste. Pasaron horas y no podías olvidar aquella tierna carne estrujada por tus manos. ¿Y no es verdad que, al dormirte, te pareció que el niño te miraba; te miraba y te preguntaba con sus ojos cómo, habiéndole dado la vida, se la robabas así?

Me has dicho que tu hijo es malo y que si no lo corriges será peor.

Oyeme, madrecita: ¿de dónde has sacado que tu hijo es malo? Míralo. El no hace nada que no aprenda de ti, de tu marido o de otras personas. Obsérvalo. Tú lo castigas porque él copia lo malo y lo bueno... ¡No es posible que un niño sea tan sabio y tan santo para discernir siempre entre lo bueno y lo malo, y no hacer lo malo jamás!

Si es violento, ¿de quién imita la violencia? Si miente, ¿a quién oyó mentir? Si es nervioso, ¿cómo podremos exigirle que restablezca por sí mismo el equilibrio de su organismo?

¿No has visto cómo los caballos tratados con rigor enflaquecen y mueren antes de tiempo? ¿No sabes que el niño que es golpeado junta odio y que cuando sea hombre este odio renacerá en su corazón como un cáncer devorador de sus alegrías y su bondad?

Sé dulce con tu hijo, madrecita. Sonríele, bésalo, ponlo sobre tu falda para hacer entrar en su cabecita la idea del bien y para comunicarle tu aversión al mal.

Cuando más malo te parezca, más necesita ver en ti un ejemplo de serenidad, de ternura y de rectitud.

Al principio, como lo has acostumbrado a la violencia, ponlo en la cama si se te rebela, y dile: "Estás enfermo. Tú eres bueno y haces eso porque estás enfermo".

Y tu hijito querido está enfermo de verdad. La vista de las acciones incorrectas, los gritos y los golpes han trastornado su naturaleza.

Pero se curará con tu ternura. Quedará convencido de que ya "es bueno", y poco a poco, con tus caricias y tus palabras tiernas, ayúdalo, madrecita, para que comprenda el bien, para que su corazón se dulcifique y su mirada sea franca y luminosa.

A LA HIJA QUE SE FUÉ.

Vuelva al hogar la ovejita descarriada. Tus viejos padres te abrazarán llorando de alegría. ¿Te asustas de sus gestos y amenazas? Para detenerte lo hacen, como cuando eras chiquita y correteando te acercabas a un abismo.

Vuelve, que, como ellos, nadie te querrá; como

su carne, ninguna comprenderá tu flaqueza; como su corazón, ninguno entenderá tu tontería...

Quieren hacerte saber que aquello les ha dolido. ¡Déjales ese consuelo! Ya son viejos y los últimos días los pasan pensando en ti y en lo que harás cuando mueran. Algunas noches, el viejo, desvelado, oye suspirar a tu madre y grita: "¡Qué vergüenza! ¡Sufrir por esa chusma!" Ella, entonces, finge que duerme; él, también, y las cabezas blancas cambian de sitio a cada rato, porque la almohada se moja.

¡Vuelve! Dormirán tranquilos y en secreto se contarán que ya eres buena y que aquello... ¡no importa!

AL QUE ANHELA RIQUEZAS

Te confieso que algunas veces me tentó ese mismo afán que te subyuga. Vi la reverencia del mundo para los poderosos y vi también que, con voluntad, tiempo y truhanería, me sería posible atesorar millones. Yo, como tú, como todos los seres, busco el placer; así que consulté a mis consejeros.

La conciencia me dijo: Tú quieres poseer de más; considera si no es mejor poseer lo necesario. Es inverosímil que creas poder juntar grandes riquezas sin robar, y más increíble aún que lo hagas para proporcionarte paz y dicha. A unos robarás días; a otros, años; a otros, la vida entera. Forzarás a muchos padres a criar con hambre a sus hijos. Usufructuarás del trabajo de otros y de la tierra que corresponde a todos. Entristecerás y apocarás millares de vidas. Serás, en fin, un gran ladrón del tiempo, de la salud, los goces, las energías y los bienes naturales de tus semejantes. Y todo,

¿para qué? Para tener de sobra. Oyeme: lo que te sobre lo gastarás siempre en tu daño. Medita esta gran ley. Por mucha que sea tu prudencia, no comprarás con eso más que excesos, molicie, ociosidad, servilismo y arrepentimientos a montones. Y nada impedirá que recuerdes a los que despojaste, ni que pienses que la felicidad no viene de las cosas, ni que en tus días de soledad, de silencio y de morir, maldigas tu gran riqueza.

El corazón me dijo: No seas malo contigo. Tú no mereces todo el dolor que te prepararías al juntar y retener lo que corresponde a otros. ¿Para qué quieres poseer mucha fortuna? Tus ingenuos vecinos, creyéndote feliz, te envidiarán; los ladrones rondarán alrededor de tu morada; tus hijos, endurecidos por esa especie de orfandad a que los condenará tu ambición, y siguiendo tu ejemplo, esperarán con impaciencia tu muerte para entrar en posesión de tus tesoros. No te bastará robar: para retener los frutos de tus despojos habrás de ejercitar diariamente miserables aptitudes. Todas las horas serás egoísta, cruel, avaro, vanidoso, hipócrita. Si das entrada a alguna virtud contraria, por el agujero por donde ella penetre, se te escapará el oro. Con las riquezas, pues, aumentará la roña de tu espíritu. Y cuando, a solas, te preguntes si eres feliz, ¿quién, ya muerta tu madre, te absolverá y consolará?

* * *

Así me aconsejaron. Casi lo mismo los dos. Es como para pensar que la conciencia está en el corazón.

Acaso, más de una vez, detuviste la mano que iba

a herir un pajarillo, escuchándolos a ellos. Ahora que tu vida entera está en peligro, ¿por qué no los consultas?

A UN PRESIDIARIO.

Como pasan los días y los años y no recibes ninguna carta, deseo que ésta te lleve mis pensamientos.

Hace ya tanto tiempo que vives sepultado, que acaso sueñas locuras de nosotros.

El aspecto de la ciudad, en su conjunto, no creas que difiere tanto de tu cárcel. Ella es también un lugar de expiación y de regeneración. Aquí se purgan los más ocultos delitos; aquí todos los seres son como limados por el dolor, el trabajo y la experiencia; aquí hay también privaciones y amarguras, desesperados y afligidos, y lágrimas a torrentes. El mundo todo es un reformatorio. Nadie se salva de cierta especie de reclusión, de cierto género de trabajos forzados y de la horrible tortura del arrepentimiento. Hay, para cada cual, una cantidad determinada de dolor.

No sueñes, pues, con vanas fantasías.

Tú fuiste un poco más malo y te encerraron; pero, ¿estás tan encerrado que no puedas llegar hasta Dios?

El mundo existe y no lo ves; el cielo está sembrado de estrellas durante el día, y nadie las ve.

Yo te pido que pienses en otro mundo inmenso, habitado por otras estrellas invisibles: aquel donde irás cuando mueras.

Un día pondrán tus huesos bajo tierra. Falta poco. La vida anda ligero... Ayer casi eras un niño... Aprovecha tu tiempo en preparar tu espíritu para el gran viaje. ¿Llevarás la triste carga del

crimen que cometiste? ¿Qué bagajes prefieres: bondad, amor, dulzura, o negros odios y sed de sensualismos? ¿Qué camino tomarás: el de las buenas almas que perdonan y ayudan, o el que siguen las almas que desean hacer el mal?

Si fuiste ciego e impulsivo, ¿por qué no abres los ojos de tu espíritu? ¿Por qué no te conviertes en un santo verdadero por tu serenidad y tus pensamientos?

A través de esos muros y por cima de tus guardianes y compañeros de desdicha, hay quien te observa y sabe si siempre eres el antiguo canalla.

El también entra en las celdas. Pesa con igual medida la conciencia de un rey que la que gime sobre una mísera tarima. Y la perenne dulzura de su amor cabe en el corazón de un presidiario.

A UN VANIDOSO.

Vivía hace siglos, en España, un señor tan inclinado al lujo como tú. Tenía muchos criados, primorosos vestidos y una carroza casi más espléndida que la del rey. Su palacio estaba lleno de tesoros. Era su preocupación constante sobresalir de los demás. ¡Qué disgusto terrible aquella vez que le faltó no sé qué adorno para asistir a una fiesta! ¡Cómo le atormentaba cualquier detalle que no le parecía propio de la morada de un gran señor! ¡Qué tremenda contrariedad le produjo sorprenderse de paseo sin la hebilla de plata en un zapato!

No sin melancolía te lo describo... ¡Era tan igual a ti!... Enterraron toda su enorme vanidad con él...

¿Cómo se llamaba?... No sé... Eso no se recuerda... ¡Nadie lo sabe en la tierra!...

A UN AMIGO.

No vengas a buscarme para asistir a la solemne ceremonia.
No me pidas el elogio de tu caridad.
No te conduelas de la muerte de mi hija.
No deplores que los hombres me calumnien.
No me justifiques, no me elogies.
Es verdad que se muere poco a poco.
Para todo eso morí.

A UNO QUE ES COMO MUCHOS.

Cuando a tu amada le rindes tu voluntad a cambio de la suya;
cuando me cuentas el favor que le prestaste a un amigo;
cuando enumeras los gastos que te imponen los hijos;
cuando te quejas de olvido hacia tus sacrificios por el pueblo;
cuando reclamas agradecimiento:
¿cómo dices que diste, si lo cobras?

A DOS PADRES AFLIGIDOS.

Comprendo que el inmenso dolor los anonade. Lloren, amigos míos; lloren sin pretender evitar este único consuelo del momento; lloren hasta que las lágrimas les traigan el alivio necesario. Después, alcen los ojos hacia el cielo y la paz descenderá al espíritu de ustedes.

Sitúense algunos años más allá. Adelántense en el camino del tiempo, pues él ya viene a curarlos.

Aquello que no depende de nosotros, no nos puede afligir sino el tiempo preciso para la reflexión y la conformidad con las inescrutables leyes de la vida. Entre todas las verdades, la más segura es que la muerte sólo es una ficción, una apariencia, un cambio que nuestros torpes sentidos no pueden percibir en su totalidad.

Mi experiencia me autoriza para decirles: amigos míos, el corazón resiste estos espantosos golpes, y mayores aún. Mirad a vuestro alrededor. ¿Qué padres no pasaron por este trance y viven, y trabajan, y sonríen? ¿Queréis gobernar la vida? ¿Someterla a vuestra voluntad?... ¡La única actitud juiciosa es la conformidad valiente!

Que estas palabras de mi corazón lleven al de ustedes alivio y fortaleza y mi saludo cariñoso.

AL SEPULTURERO

Eres el más laborioso de los porteros. Abres una puerta para cada persona. Abres determinado número de ellas en cada jornada.

No sabes para quienes. Sólo sabes que vendrán y pasarán hacia la eternidad.

Si un día quedan algunas disponibles, los rezagados llegan, fatalmente, al otro día. Envejeces con este pensamiento, como tu compadre, el de los ataúdes.

Ahonda más esa fosa, amigo mío. Alisa con cuidado sus paredes.

¿Por qué acompañas con tu sonrisa cruel los golpes de tu azada?

¿Ya no quieres a nadie más que a tu pipa?

Voy a llenártela con el mejor tabaco.

¡Haz con esmero esa fosa!

¡Es para un hombre que defendió la justicia y no cuenta con otro cariño más que el tuyo!

A OTRA MADRE.

Te equivocas, ¡oh, madre! ¡Tu hijo es bueno!

Es extraño que yo lo sepa y tú lo ignores.

Este es aquél a quien recibiste como a un ángel; a quien pusiste la corona de tus besos para que fuese tu rey.

¡Tu voz era tan dulce! ¡Tus manos eran tan suaves!

Ahora sus ojos preguntan por todo eso.

¿No comprendes que es chiquito, todavía, que lo será toda la vida para ti?

¿Por qué dices que es malo? ¡Nadie te lo creerá sin creer primero que tú misma eres mala!

—Hijito, tú que eres tan bueno...

—Nuestro hijo, que es muy bueno...

Así se habla en las casas de donde salen los hombres de bien.

Nada te quite tu convencimiento en la bondad de tu hijo. No lo despojes de la confianza maternal, porque esto es arrebatarle la vida que le diste.

Yo sé que ansía ser feliz. Ayúdalo con tu amor para que lo consiga. Muéstrale que tú sufres con sus extravíos. Bésalo a cada error, para que perciba casi materialmente tu pesar. Pero no le anticipes las crueldades del mundo. Si tu voz y tus manos lo degradan prematuramente, ¿quién lo podrá redimir?

Yo sé que sufrirá mucho, que andará penosamente la senda de su vida y que, al cabo, morirá en

padecimiento. ¡Dulcifícate, bríndale tu ternura mientras vivas!

¿Quién será bueno con alguien, si tú no lo eres con él?

¿Quién tendrá fe, si las madres la pierden?

¿Cómo afirmar mi esperanza en el futuro, si tú, ¡oh, madre!, me desmientes con tu hijo?

A MIS HIJOS.

No tengo que deciros algo distinto que a los demás hombres. Sólo debo pediros que me superéis en rectitud.

Lo mejor que hallé en el mundo fué el trabajo. Cada cual en el suyo sirva a Dios.

Vivid con la inocencia del niño y del insecto y tened el gozo del premio merecido en vuestra obra.

Si me habéis entendido, no me lloraréis por muerto, pues os compadecería en vuestra ignorancia.

Seguid por mi camino, y yo iré con vosotros, y me sentiréis a vuestro lado.

DE LA VIDA AL SEÑOR FULANO.

Siento tener que incomodarte. Una mala noticia. Una noticia que deberías esperarla; pero que te sorprenderá. Si lo prefieres esperaré a que acabes de comer y de beber. Es una cosa terrible para ti. Quizá no se te había ocurrido nunca. Levántate y acércate: tu muerte está muy próxima. Piénsalo y verás que no te engaño. Vuelve a pensarlo, y comprenderás que la única solución es conformarse.

Por mucho que te aflijas, morirás lo mismo. Por

mucho que protestes, nadie tendrá poder para detener esto que va a ocurrir.

Todo cuanto haces es como si fueras a vivir millones de años. Y puede ser que mañana perezcas.

¿Alguien te dijo que no morirás nunca? ¿Alguien ha vivido siempre aquí en la Tierra?

Deploro molestarte a mitad del festín. Pero no sé cuál sería el momento oportuno. Hay noticias desagradables para un hombre como tú, y reconozco que ésta es una de ellas. No obstante, no es mía la culpa. Te hallas sujeto a mis normas. Y mis normas son claras e ineludibles. Para mí es tan natural y tan buena tu muerte como lo fué tu nacimiento. Te has olvidado de mí; te creíste cosa aparte; una excepción dentro del universo; algo distinto de todo lo creado. Por eso supones que es una mala noticia, una inesperada y sorprendente noticia, lo que debiera hacerte sonreir por su inocencia y su notoriedad. Es como si te dijeran que tienes que salir del teatro después que entraste. Eres de aquellos que no pensaban salir jamás de allí, sin pensar en los que esperan su butaca. Unico, insubstituíble, incansable. No valdría la pena repetir indefinidamente el espectáculo para un solo espectador.

Es un invento de los hombres eso de que la muerte es distinta de la vida. Somos una sola cosa; somos lo mismo en un todo.

A MI ESPOSA.

Juntos subimos la cuesta de la vida. Juntos estuvimos siempre en el dolor y en la alegría. Paseamos de la mano por los jardines floridos de la primavera. Dormimos junto al fuego en los inviernos. Unidos vamos hacia lo invisible.

Mezclaste tu ser al mío, en los años y en los hijos. Tenías una voz, un cuerpo, una mirada. Ahora te has vuelto múltiple. Ahora tu vida florece en cada uno de los hijos. En todos ellos recobras tu juventud y me brindas tus encantos.

Llegamos a la cumbre y descendemos por el lado opuesto. Sucederá algún día la extraña cosa de la separación. A la hora del alba, me llamarás con tus gemidos y pensarás que me alejé de ti... ¡Y no podré explicarte de viva voz que es ilusoria tu pena, ilusoria la muerte, ilusorio cuanto juzgamos por el testimonio de los ojos!...

A MI MADRE.

La vejez viene hacia mí. Viene con tu mismo andar. Me mira con tus ojos. Yo pienso que eres tú misma; tú que vuelves a buscarme y que me encuentras donde me dejaste; niño como me dejaste. Parece que no hice más que esperarte. Pero sé menos que cuando tú me hablabas. Tengo menos que cuando te tenía... ¡Hazme reír; hazme llorar de nuevo, madre mía!

Como hiciste conmigo, hice yo con los hombres. Arranqué de mi carne y de mi alma cuanto pude y se los di. No me habías dicho que duele.

Te busqué siempre y te esperé todos los días.

Te vi una vez en un diamante enorme y tembloroso, estrella caída en la negrura de mi noche, llorando toda su luz muy dulcemente.

Te oí una tarde divina en la que el cielo y la tierra se mezclaron. Eras aquella calandria que desde lo invisible me inundaba de gozo y de armonía. Todo subía con su canto al cielo. El prado, el bosque, el río, la colina. Todo era celestial, como mi

alma. ¿De dónde sacaba tanto? ¡Y no se cansaba nunca! ¡Y no me pedía siquiera que la viese!

No encontré nada en el mundo con qué comparar tu mano. Pasaba por mis cabellos cada vez que tenía pena. Pasaba en pequeños roces como besos que se rompían de ternura. Ahora está siempre entre ellos; posóse del todo en ellos, como si la calandria hubiera encontrado el nido.

¿Qué dices tú, madre mía? ¿Es o no tu hijo el que vuelve? La vida me ha desfigurado y me ha robado... Pero tú sabes, tú, únicamente, sabes quién soy yo. Tú, únicamente, me verás cómo yo era.

Prepárame bien la cuna. Tengo mucho que decirte; pero no te diré nada. Tan chiquito voy a ser en tu regazo; tan chiquito y tan callado; todo encogido para que puedas esconderme bien contra tu seno; todo dormido para que tú, madrecita, me sonrías y me beses como antes.

SIEMBRA DE AMOR

SIEMBRA DE AMOR

Levántate, sembrador. Es la hora de que comiences la tarea.

La campana del cielo vibra cada vez más cerca, y ya resuena en el gallo.

Adelante y detrás de ti está lo infinito. Arriba y debajo de ti está lo infinito.

Prende la luz de tu espíritu. Enciende el fuego de tu corazón.

Tus bueyes son el amor y la justicia y tu cuchilla la verdad.

Corta la dura tierra, desde Oriente a Occidente y desde el Norte al Sur.

*

Que tus pasos retumben en las concavidades de la tierra. Que su matriz se estremezca para recibir tu siembra.

Tu mano reproduzca el movimiento de tu corazón.

Empuja la soledad. Quiebra el silencio. Y avanza.

Siembra, como El te dijo, la palabra del bien y del amor entre las multitudes. Día llegará en que tu siembra se levante como una bendición sobre la tierra.

Nada busques, nada esperes en la Tierra. El aire del cielo te alimentará.

He aquí — dice el Señor, — que Yo te amo: ¿Por qué buscarás la fama ni la gloria?

*

Purifica tus oídos para escucharlo.
Tus ojos, para verlo.
Tus manos, para aliviar a los que sufren.
Tu lengua, para repetir Sus enseñanzas.

Que tu amor se derrame, y que no sepas dónde.
Que tus esperanzas partan cada día como enjambre de abejas, y junten y fabriquen, y no veas el panal.

Los árboles, ¿son las plegarias de la tierra?
Los pájaros, ¿son las penas que se llaman?...
Sigue, sigue, sembrador. Nada de esto es para ti.

No mires hacia atrás, ni te detengas ante los que vuelven. Bien sabes que desde lo insondable te

acompañan los que murieron y viven, y que el suelo lo forma lo que vivió y es ahora polvo.

El viento pasará sobre tu siembra y la arrebatará; mas tú vuelve a sembrar, y no te aflijas.

Tú no tienes, no esperas, no recoges. A veces eres el río por el que pasan los bajeles del Señor. O la portada donde El entrega sus dones. O la hendidura de la tosca piedra por donde brota el misterioso manantial.

Es verdad que el mundo entero te aguardaba.
Que tu amor entra en las almas como un amigo en casa del amigo.
Que a tu brazo El lo mueve.
Que tu cabeza se yergue en la serenidad que lo rodea y que tus pies se apoyan en el sendero que El recorre cuando desciende a la tierra.

Oye Su voz que baja desde el cielo. Oye Su voz que sube de lo hondo. Llénate de Su palabra, y no escuches a tu amada. Pero ella te seguirá para besarte en los ojos cuando te duermas del todo, porque de veras te ama.

Los otros que te amarán y te comprenderán no llegaron todavía.
Uno solo a tu lado. Uno solo es tu camino. Uno solo es tu día a través de los días y las noches.

Te esperan los que amargaron con sus lágrimas el mar y en su aflicción resquebrajaron las rocas y formaron las arenas.

¡Toda palabra de bien caiga en el surco del dolor! ¡Toda palabra de fe llene el vacío de la duda!

Cuando el mundo comprenda tu destino, ya el sol se habrá ocultado en el horizonte y la gaviota volará para otros mares.

¿Qué silencio hay comparable al que te envuelve? ¿Qué soledad cual la tuya?

Adelante y detrás de ti está lo infinito. Arriba y debajo de ti está lo infinito ... ...

Guíete la luz del espíritu. Se apaga el fuego de tu corazón.

La campana que vibra es la de antes; pero ya no resuena para ti.

Un tallo creció y dió fruto. Secóse luego y no existirá más.

Voces azules atraviesan tu alma como a ventana abierta entre la inmensidad y la inmensidad.

Un pájaro nacerá para cantar donde caíste. El pide para sus ojos la ceniza de tu corazón. Para sus alas, la ceniza de tus ojos.

Duérmete ya, sembrador. Es la hora de que descanses. Tu amada llega y te besa.

MINDAS

MINDAS

"Mindas", al pronto obscuro, es un canto de alborada, sonar de bronce a la hora matinal, soleado Welcome a los que llegan a la vida con la misión de realizar las esperanzas y los ideales del autor. — F. Ruquí.

I

Anoche las estrellas brillaban como nunca.
Hoy saludaron los pájaros al Sol mucho antes de la aurora.
Comprendo que están cerca

* * *

En tanto que los aguardo, que mi corazón se dulcifique como la fruta madura.
Que mis ojos se aperciban para verlos aunque enceguezcan, y que mis manos se tornen cada día más suaves, aunque se sequen y arruguen.

II

¿Alguien comerá los frutos de este árbol que planto?
¿Alguien comprenderá lo que ahora digo?
¿Alguien, por este ejemplo que doy, será más bueno?

* * *

¡Benditas aquellas horas, horas de las más puras de la vida, consagradas a los que llegarán, acaso, cuando ya no estaremos en el mundo!
¡Benditas aquellas horas ennoblecidas por el supremo amor, el amor que alumbrará a los que, acaso, no veremos nunca!

III

El río corre más ligero. ¿Va a buscarlos?
Esos misteriosos pájaros que dibujan un sobre a gran altura, ¿les llevan algún mensaje?
Los árboles se yerguen y alinean. ¿Es para recibirlos?

* * *

Sin verlos, siento el influjo de su mirar sincero y penetrante.
Sin oirlos, mis más tiernas palabras son para ellos.
Envejezco con el encanto de esperarlos.

IV

Sus pies teñidos de aurora levantan la rosada polvareda en el camino por donde viene el día.
Avanzan; pero todavía son débiles sus piernas. ¡Y traen tan pesada carga!

* * *

Mis esperanzas son sus estandartes.
Todos mis ensueños vuelven en sus corazones.
¡Agranda, Señor, sus pasos!
¡Prolonga, Señor, mi vida, nada más que este trecho para alcanzarlos, como a la más oculta enredadera para que alcance la luz!

V

A veces me despierto a media noche. ¿Llegan ya?
A veces subo a una altura. ¿Se les ve?
A veces siento que hasta la muchedumbre baja, como una brisa, la paz del cielo. ¿Están ellos aquí?

* * *

¡Feliz mi fe, que cual ciudad sitiada espera sus salvadores!
¡Felices todos los que marcháis hacia el Oriente, porque los veréis más pronto!

VI

¿Cómo pensé que el Sol era una brasa que cae al mar y mi alma una sombra que se hunde en lo infinito?

¿Cómo pensé que la noche se aproxima con su gran manto de escarcha que cubrirá los campos, y también mi corazón?...

* * *

Vienen por el sendero de mis meditaciones. Borran las huellas que dejó mi pena.

Todo en ellos lo hice. Todo en ellos lo dejo.

Mientras yo duerma, ellos edificarán el porvenir.

VII

No traen espada ni pico. ¡Y matarán tantos odios! ¡Derribarán tantas murallas!

Escucharán de mi boca, cerrada para siempre, mis palabras de amor.

Recogerán de mi mano, abierta para siempre, mi enseña de justicia.

* * *

¿Qué importa que mis ilusiones vuelvan todas las tardes como palomas a las que sorprende la tormenta?

VIII

Mujer que tejes: ¿quizás es el misterio inocente como el movimiento de tus manos? ¿Quizás la eternidad eres tú, ahora?

Permaneces inmóvil, ¡y viajas tanto! ¡Vas tantas veces al día adonde ellos están!

* * *

¡Teje cuanto antes la vida que vendrá en ellos!
¡Diles con el lenguaje que ahora hablas y que ellos mejor entienden, que hay mucha angustia en el mundo, y aguarda a sus salvadores!

IX

¿Acaso llegaron ya?... ¡Son tan chiquitos aún!
¿Acaso llegaron ya, y no los veo?
Yo siento su frescura, cual viejo árbol curvado sobre el arroyo.
Penetra en mi alma el olor a infinito de sus frentes.

* * *

¡Soy quien los esperaba!
El que los acarició antes que nacieran.
El que soñó llevarlos de la mano por el sendero donde las estrellas son nada más que gotas de rocío.

X

¡Gracias, gracias, madrecita!... Te oigo que cantas al niño...
Abanícalo así, muy dulcemente, con la flor gigantesca de tu sacrificio.
Abre ante él tus dos alas, porque en sus primeros pasos se estremece y vacila, como si fuese a volar.

* * *

¡Dichosa tú, inclinada sobre él, vibrante como el arco con el estremecimiento de la flecha que acaba de partir!

¡Dichosa tú, que como cóncavo cielo resplandeces con la luz del nuevo día!

XI

Ahora te veo, Señor, adelante, en mi camino, con una lámpara en la mano, más luminosa que el Sol. Y pienso que lo haces para que no se extravíen los que vendrán tras de mí.

* * *

Pusiste en mi alma la miel que tus abejas cosecharon.

Mis palabras, Señor, serán más dulces que antes.

Pusiste en mi pecho un cántaro de agua fresca.

Yo les daré de beber. Yo romperé mi cántaro, si es preciso, para que les entregue hasta la última gota.

Me enseñas el camino para llegar hasta Ti.

Se lo mostraré, Señor. Te los traeré de la mano. Levantaré en mis brazos a los que todavía no puedan caminar.

XII

Tu bondad excede a mis culpas; tu clemencia me redime de mis imperfecciones.

Mi sangre corre con alborozo hacia tus dádivas. En mi pecho salta el júbilo por tu magnificencia.

¡Me es dado contemplarlos!

XIII

Brille la nueva estrella de la verdad, hínchese el río de la justicia y cante el bosque entero paz y amor.

* * *

¡Adelante! ¡Adelante!... ¡Hijitos míos!...

... ...

(Aun después de mi muerte seguiré como una sombra en sus legiones, ¡y siempre oirán redoblar mi corazón al compás de su marcha hacia lo porvenir!).

MISERERE

MISERERE

Compadécete de tu madre.
Compadécete de tu padre.
Compadécete de tus hermanos.
Compadécete de ti.

*

Cosa triste es el hombre. El pez tiene su elemento natural en el agua. El pájaro, en el aire. El hombre, en la compasión.

*

Ningún ser sabe que es feo; ninguno, que es ignorante; ninguno, que es desgraciado. Ninguno, excepto el hombre.
¡Misericordia para él!

*

Compadécete de cuanto te rodea, pues todo está impregnado de tu dolor.
Todo, menos lo que aun no ha alcanzado ni siquiera la mirada del hombre, ni siquiera su pensa-

miento. Detrás de los astros vistos brillan los más radiantes.

El árbol a tu lado crece menos, crece torcido, y sus débiles ramas no pueden sostener todos los frutos.

Por ti perdió tu caballo la libertad y la hermosura. Por ti ha enmudecido. Por ti morirá prematuramente.

¿No sentirás piedad por tu caballo y por tu árbol?

*

Ten compasión del soberbio. Quizás lo que hincha su pecho no es soberbia, sino angustia.

Ten compasión de tu enemigo. Quizás lo que juzgas odio, es miedo.

Ten compasión del ladrón. Quizás el bien que te quita sólo lo usa en su daño.

*

Aquel que menos compasión te inspira, ¿piensas que tardará mucho en andar acostado y dormido por la calle?

*

No te avergüences de sentir piedad.

Las plantas tienen, tras el bochorno de la tarde, el rocío de la noche.

Derrama tu misericordia sobre las multitudes.

*

Este era un rey...

Compadécelo. ¡Qué pena la de ser rey!

Fué magnífico poeta...

Compadécelo. ¡Qué pena la del poeta!

El es muy inteligente y ella hermosísima. Compadécelos.

¡Qué pena la de ser inteligente! ¡Qué pena la de la hermosa!

*

Grande es el hombre que por su virtud gobierna; grande, el que se adelanta para allanar el camino por donde avanza su pueblo; grande es el que redime a sus semejantes de múltiples dolores, afrontando un dolor mayor que todos; pero son más grandes aún cuando se compadecen de alguien, así sea de un elefante, de un buey o de una paloma.

*

Falta hacen los sabios, los audaces, los rectos y los pacientes; pero también son necesarios los que de ellos se compadezcan.

*

Si poderoso señor sintió piedad por un prójimo, y le brindó su casa y sus desvelos, y curó con su cariño su congoja, ¡que alguien se compadezca ahora del poderoso señor!

*

Todo abunda. Hay sensatos, hay fuertes, hay abnegados a millares.

Pero son pocos los que sienten piedad, cuando se entregan al sueño, del infinito número de seres que

pasa la misma noche sin paz, ni abrigo, ni techo.

*

Ten piedad del sacerdote, el abogado, el juez, el médico. Imagina sus ansiedades, sus dudas y sus torturas.

*

Cuando en la serena noche contemplas los diamantes que resplandecen en las Invisibles Manos y ves correr de pronto alguna lágrima de los Invisibles Ojos, compadece a quienes los buscan en las entrañas de la tierra.

*

Al que es más gordo de lo que conviene, más bajo de lo que desea, más torpe de lo que su condición reclamaría, ¡que tu compasión lo alivie!

*

Haz con ese bandido lo que consideres razonable; pero, al hacerlo, apiádate de él.

Reprime con mano fuerte los abusos; pero que tu corazón se apiade de los abusadores.

Mata, si eres soldado, al invasor; pero apiádate; no le niegues sepultura, ni respeto a la madre y a la viuda, ni tierno amparo a sus hijos.

*

Compadece al que te debe y no te paga, y sufre la tortura de deberte.

*

Apártate de la mujer que se ha burlado de tu fe; mas ten piedad de ella.

*

No sabes aún el nombre, ni la edad, ni la patria. No conoces su oficio, sus merecimientos y sus culpas. Acaso se ha escapado del presidio. Acaso habita en las cumbres de la inmortalidad.

Compadécelo. Es un hombre.

*

Cuando preguntes al Señor: ¿Qué hago con este enemigo?, tres veces, sin escuchar tus quejas, te dirá: Compadécelo.

Y agregará el Señor: Yo me apiado de ti. Yo tiendo ante tus pies mi compasión cada vez que caminas.

*

Aquellos que más padecen por falta de compasión no quieren que se les nombre.

Agrada al rengo que se deplore la sordera, y al sordo, que se lamente que haya rengos; pero se disgustan ambos si deploráis ante cada cual la propia falla.

Pero tú, que sabes esto, compadécelos a todos. Compadécelos en secreto; más, todavía, al que repudia la compasión como una ofensa.

*

Todos siembran en el campo de la vida, y con la misma intención. Todos se encorvan para lla-

mar con su azada a la puerta de la próvida naturaleza. Todos depositan la humildísima ofrenda de la simiente, con la esperanza de recoger ciento por uno, o mil por uno, o millones por uno.

Todos aguardan el milagro de la abundancia y la perenne alegría.

Todos se encorvan de nuevo para cosechar su parte.

Y a unos la espiga les resulta llena. A otros, vacía.

Compadece a cuantos siembran. ¡Ninguno sabe lo que recogerá!

*

Ten piedad de esos hombres que parecen duros y ásperos como una roca, y brota de ellos la pura y amorosa palabra que nos consuela y alienta.

*

—¿Quién va?

—Uno que no sabe por dónde camina, ni adónde se dirige.

—¡Compasión para él!

*

—¿Qué es lo que se interpone entre Marte y el Sol?

—Algo que gime en las tinieblas: La Tierra.

—¡Misericordia para sus moradores!

*

—¿Quién ríe sarcásticamente del infierno?

—Uno que en él se debate, medio quemado por su fuego.
—¡Compasión para él!

*

Ten piedad cuando vaciles en el juicio sobre alguien. Ten piedad, y acertarás.

*

Ten piedad de los que llegan hasta ti, y adivinarás a todos qué es lo que más necesitan.

*

Ten piedad de los que pasan. Los ciegos llevan un cartel colgado al cuello, que dice: "Soy ciego". Los demás llevan también uno en la espalda, que dice: ¡Compadécete de mí!

*

¡Compasión para tu hijo, cuya torpeza excede a tu furor!
¡Compasión para su carne, macerada por el hierro y la piedra de tu cólera!
¡Compasión para sus huesos, helados en el espanto por tu crueldad!
¡Compadécete y mátalo, si has de castigarlo aún!

*

El año tiene 365 angustias; el día 24 desencantos; la hora 60 inquietudes.

*

Cuatro son los caminos para llegar al Señor: la sabiduría, la justicia, la belleza y, el más seguro de todos, la compasión.

*

Cada hombre reputa a su país el mejor del mundo; a su comarca, la mejor de su país; a su casa, la mejor de la comarca; a su persona, la mejor de su casa.

¿Y no compadecerás a cada hombre?

*

Cada hombre ve morir a sus semejantes, y los vela, y los lleva al cementerio, y espera como próxima la muerte de todos, y cuando él llega a su término, se espanta y clama: "¿Qué es esto?"

¿Y no compadecerás a cada hombre?

*

Cada hombre es un río que corre en busca de agua.

¿Y no compadecerás a cada hombre?

*

Cuando mueras, el mundo quedará lleno de dolor.

Continuarán incomprendidos los niños, y los ciegos sin quien los lleve de la mano, y los sedientos sin saciar su sed.

¡Compadécete de los que quedarán cuando tú mueras!

*

Compadécete de mí, que no supe dar al mundo siquiera el amor de un día de mi madre.

PALABRAS DEL CAMINO

PALABRAS DEL CAMINO

I

La voluntad es la piedra filosofal buscada por la alquimia.

II

Hay una especie de avaricia honrosa, y es la de las palabras.

III

Si queréis conocer la ingratitud de un hombre, oídlo hablar de la mujer.

IV

El mejor corazón es el que late más cerca de la tierra, porque está contagiado de su serena y humilde fortaleza.

V

Con la gracia de Dios, logra el gusano apartarse del camino para no ser pisado.

VI

Devolver bien por mal es el mejor negocio.

VII

Diez bocados no nutren al ahito como uno al miserable.
Si lo comprendes, sabes bastante de fisiología y de filosofía.

VIII

Aun aquellos que niegan la inmortalidad, andan por caminos que van más allá de la muerte.

IX

Se dice el trono para indicar al rey; se dice también el cerebro para referirse al alma.

X

Sin trabajo no hay descanso. Aquellos que sólo quieren descansar, ¡cuánto trabajan para conseguirlo!

XI

La verdad tiene la armonía por ropaje, y la dulzura es su alma.

XII

Las máquinas que andan bien son las que hacen menos ruido.

XIII

También las obras de ingenio mejoran envejeciendo.

XIV

En la generalidad de las personas, el alma piensa y preside; pero todos los órganos deliberan y votan. La decisión depende del estado de cada uno de ellos.

XV

El que anda demasiado de prisa hará lo mismo inútilmente muchas veces. Sólo puede hacerse un cierto número de cosas. En muchas existencias que parecen truncas, lo que se suprimió fué la repetición.

XVI

Cuando, partiendo del mineral, se continúa la maravillosa evolución orgánica hasta llegar al hombre, ¿quién es tan fatuo para creer que todo acaba en él?

XVII

Quien considera que los extranjeros no lo son en su patria, engrandece su nación hasta igualarla al mundo.

XVIII

Los dioses antiguos y los santos de hoy: simple diferencia de palabras.

XIX

La única literatura honrada es la que puede mejorar al hombre.

XX

Ser, hoy, mejor que ayer; mañana, mejor que hoy: éste es el gran objeto de la vida.

XXI

El espíritu en duda es como un péndulo que oscila entre lo verdadero y lo falso.

XXII

De la bondad de la especie depende la disminución de sus dolores.

XXIII

Nada son las cosas en sí; pero ellas poseen una especie de alma. El dinero y la vanidad nada son en sí; pero despiertan en el hombre la actividad, la previsión, la puntualidad, la iniciativa, la paciencia, la perseverancia y otras cualidades.

La gloria nada es en sí; pero ella obliga a la abnegación, al heroísmo, a la sobriedad y otras virtudes.

El dolor y el placer material nada son en sí; pero le enseñan al hombre que toda culpa tiene su resultado; que todo noble esfuerzo merece una recompensa.

Toda la vida actual nada es en sí; mas constituye una oportunidad para que el alma se purifique y engrandezca.

XXIV

Vivir ochenta años es hacer en la tierra un viaje de ida y vuelta.

XXV

En uno de sus juegos, los niños se colocan en círculo: uno le pega a otro, y dice: "Que pase"; el que recibe el golpe lo transmite a un tercero, y dice: "Que pase"; el tercero a un cuarto, y así, sucesivamente, cada cual cree quitarse su dolor transmitiéndolo al vecino.

Este juego es la vida.

XXVI

Conocí a un anciano que en la agonía suplicaba a su mujer: "¡Pídele a Dios que me deje vivir tres meses más!"

Se averiguó que un préstamo que había hecho vencía en ese plazo; pero quedaba la duda de si su deseo era recuperar el dinero y colocarlo a un interés mayor, o prolongar sus días valido de este pretexto.

XXVII

La humanidad procura aplicar a los grandes delincuentes el sistema empleado por Dios para con ella; mas lo adultera con los mismos defectos que la han hecho pasible de reclusión y trabajos forzados en este mundo.

XXVIII

No faltan ciegos que niegan la existencia del Sol Espiritual, y merecen el aplauso de otros ciegos. Ya que no lo pueden ver, es mejor que no exista. Esto parece hacerlos muy felices. Pero, en lo hondo de su alma se retuerce la ansiedad de ver al Sol.

XXIX

La simulación de sentimientos elevados no es tan inútil como se supone. El esfuerzo del simulador favorece al cabo determinadas actitudes espirituales, tal como ciertas posturas concluyen por modificar el cuerpo. Así era como los antiguos llorones asalariados — al igual de los que participan en las farsas fúnebres de hoy — adquirían un piadoso pensamiento de la vida y de la muerte.

XXX

Cada ser cree lo que corresponde a su grado de evolución.

XXXI

La angustia es lo más humano. Ella nace de la pérdida de los verdaderos bienes. Cuando el hombre comprende que puede recuperarlos al morir, y aun duplicados, sólo entonces hay paz en su corazón.

XXXII

Cien argumentos convencen de que se debe acordar a la mujer los derechos reconocidos al hombre.

La circunstancia de que no todos deba ejercitarlos, es un argumento más; así será más digna de alabanza y de amor la que se abstenga de actos contrarios a su naturaleza.

XXXIII

¿No es preferible bajarse en la estación a arrojarse del tren en marcha por la ventanilla del suicidio, sin saber dónde se cae?

XXXIV

Dios quiere que el asilo para la humanidad sea el mundo entero, y no esos retacitos que señala la falsa caridad.

XXXV

Hay en el mundo, como en el teatro, cándidos espectadores que creen que la muerte del actor es real en la tragedia.

En esto es en lo que más se parece el teatro a la vida.

XXXVI

Por regla general, el hombre se conforma con el esqueleto del placer. Por esto es que se observa, en muchos actos íntimos y en la mayoría de los sociales, un cierto aire macabro. En un banquete, un sarao, una recepción, los esqueletos de la cordialidad, del goce, de la alegría, se inclinan, danzan, gesticulan, ríen... El corazón no participa en ello; el alma está en otra parte.

XXXVII

¿Cómo probarle a un hombre desorientado e inmóvil en medio del campo, que un rumbo determinado es el que mejor lo lleva a su destino?

Eso pide el incrédulo. El que quiere ver a Dios desde su cueva.

XXXVIII

En todos los tiempos, las iniquidades han causado la miseria; la miseria ha endurecido el corazón; y lo mismo la crápula que las legiones homicidas formáronse de hombres atormentados que colmaron de amarguras la copa de la vida para beberlas de una vez.

¿Concíbese un pueblo sano y feliz, que vive en la justicia, lanzándose a la orgía de la destrucción y la matanza?

Dicen verdad los que afirman que las guerras no desaparecerán con palabras. Mas, dadle a cada ser su dulzura, dejad a cada corazón su paz, restituid a cada hogar sus alegrías, y ya no habrá más guerras.

Mientras no se haga así, Caín despertará en cada desdichado cuantas veces lo llamen para matar al hermano.

XXXIX

La vanidad tiene hijos que remedan muy bien ser hijos de la virtud; pero atribuye con demasiada insistencia la maternidad a la virtud, y por esto el engaño se descubre.

XL

Muchos procuran reconciliarse con la Muerte, entregando generosamente en su presencia el fruto de sus rapiñas; pero ella sabe a qué atenerse.

XLI

Tanto más acertadas las donaciones de los moribundos, tanto más culpables fueron sus egoísmos.

XLII

Todo lo inútil es malo, y debe suprimirse.

XLIII

Tres son los estados del conocimiento en el hombre.

En el primero se acepta o posee, sin introspección, una costumbre, creencia o fórmula de vida; en el segundo, se la modifica; en el tercero, vuélvese al primer estado, por virtud de un análisis y razonamientos más perfectos. Esta ley rige a los individuos como a las sociedades.

El primer estado de conocimiento viene de Dios, y también el tercero.

La aplicación exacta de esta ley hace infalible la razón humana.

XLIV

Los problemas humanos han de resolverse en el niño.

En el hombre, bien o mal, ya están resueltos.

XLV

La mejor moral es el placer. No existe guía más seguro.

El mejor hombre es también el más feliz.

La realidad del placer está en razón directa de su duración.

Hacer el bien es el placer más durable. Se sirve a Dios, que es eterno, y eterna es su recompensa.

XLVI

La historia enseña cuán difícilmente se aviene el hombre a vivir en la verdad. Como un presidiario, está él sepultado bajo la atmósfera del planeta. Apenas ve una ínfima parte de cuanto le rodea, apenas puede explicarse lo que ocurre más allá de su prisión. Privado de la visión real de las cosas, ignorante de las causas, afligido por la limitación de sus facultades, entrégase a su enfermiza fantasía, cuyas ficciones adormecen su angustia.

Si alguien agujerea la prisión, y el desgraciado percibe un pedazo de la naturaleza o del inmenso cielo, se acrecienta su dolor con la más viva sensación de su castigo, con la certidumbre de que está desposeído de bienes que le eran propios.

Y llega a la resistencia a la verdad; al odio a sus redentores.

Pero habrá en todos los tiempos quien arrostre sus furias para despertarlo a la realidad; por convencerlo de su condición y destino.

XLVII

Supuesto que la vida tenga una finalidad, debiera el hombre repudiar las ficciones y resignarse a

la verdad, por dolorosa que le sea. Así estaría seguro de ir hacia alguna parte.

XLVIII

Todo se mueve, multiplica y gira en torno del ebrio; pero él permanece inmóvil.

La humanidad, embriagada con la mentira, cree en su progreso; mas cada época termina en el derrumbamiento de las ilusiones.

XLIX

La ley de gravitación rige la vida entera. Así como los planetas, la vida orgánica tiene también sus órbitas. Igualmente, existe una órbita espiritual para cada plano o distancia de Dios.

L

Las ideas nacen grandes. Se desfiguran y achican, al conformarlas el hombre a su persona.

LI

La mayor aberración humana es buscar lo espiritual en lo material; lo material, en lo espiritual.

Se busca, por ejemplo, la felicidad en las riquezas; se le pregunta a la materia si existe la vida de ultratumba.

LII

La mayor obra de beneficencia es respetar la beneficencia de Dios.

El dió a cada uno de sus hijos su parte en las dulzuras de la vida. Los ladrones de las dulzuras de sus hermanos han inventado otras especies de beneficencia.

LIII

La ley de pena de muerte es tan criminal que condena a los victimarios a mayor pena que al culpable: a consumar un crimen más espantoso que aquel que movió al castigo.

Puesto entre todos los que intervienen para asesinarlo, el condenado aparece inmensamente digno de perdón.

LIV

Tan poderosas son las fuerzas que determinan los actos, que por largo tiempo dejan en la especie la propensión a repetirlos. Las profesiones quedan, aunque su ejercicio carezca del objetivo y utilitarismo que las motivó. Por lo cual veréis verdugos y bufones que obran por cuenta propia y sin que nadie les pague.

LV

Causa asombro un hombre bueno, y nadie se avergüenza de esto.

LVI

No todos pueden comprender que Jesús salió de Dios y vino al mundo. Pero el Sol, grande y distante, viene hasta ellos y penetra en sus míseras covachas.

LVII

La previsión es el alma de la filantropía.

LVIII

"El sonido es un movimiento"... "La electricidad es un movimiento"... "La luz es un movimiento..." La ciencia no posee otras definiciones. Ella pretende, no obstante, negar a Dios, en virtud de que no puede definirlo.

LIX

Es absurdo afirmar que una mentira o una opinión injusta carecen de importancia. Por insignificante que parezca, nadie es capaz de predecir la inmensa serie de ideas y sentimientos perniciosos que una falsedad procrea en la fecunda matriz de la ignorancia.

LX

El periodista puede compararse a un sembrador, y su campo es el pueblo, y su arado es la prensa de imprimir, y su palabra, la simiente.

LXI

Amar es cambiar de casa el alma.

LXII

Milagro es dar con un hombre que sepa lo que desea y adónde va.

LXIII

La verdad puede ser dulce o amarga; pero no puede ser mala. La mentira puede ser dulce o amarga; pero no puede ser buena.

LXIV

Los hombres hacen leyes que prohiben el trabajo de los niños, en vista de las enfermedades que él produce. Por otras leyes, los condenan a la miseria, que causa más enfermedades aún.

LXV

Tanto se aleja la sociedad de las leyes de Dios, que para llegar a respetar la vida espera la iniciativa y el ejemplo de los asesinos. Mientras éstos maten, la sociedad se considera obligada a matar.

LXVI

Ciertas mujeres aman tiernamente a los perros o los gatos; pero si por acaso tienen hijos, los abandonan en manos mercenarias. Parece que su naturaleza íntima es animal.

LXVII

Mientras la mujer no los asimile y los infunda en la especie, los más bellos ensueños peregrinarán en este mundo semejantes a espíritus sin cuerpo. Los corazones hospitalarios los acogerán como a

huéspedes gentiles, merecedores de deferente cortesía; pero siempre y en todas partes serán huéspedes.

Así andan, de corazón en corazón, la fraternidad, la tolerancia, la justicia, el amor.

LXVIII

Mujeres hay que niegan al hijo, primeramente, el vientre; después, el seno; por último, el corazón. Todo lo llenan los gusanos de los vicios.

LXIX

La condición de americanos importa ser gestadores de la humanidad futura.

LXX

La prédica de paz no debe nunca dirigirse a debilitar una nación, porque esto acrecentaría la soberbia de otra, la cual favorecería la guerra. Los esfuerzos se dirigirán a la humanidad, a un continente, a un conjunto de naciones.

LXXI

Por sus servicios a la causa de la paz, puede tasarse la sinceridad de quien se diga al servicio de Dios.

LXXII

Las más grandes conquistas son corazones de madres. Deteneos siempre a convencer a una ma-

dre. Lo único que redimirá a la humanidad de sus crueldades es la sangre y el seno de las madres.

LXXIII

Quien no sirve a la paz, es extranjero en América.

LXXIV

La violencia es la raíz de la guerra. Repudiad en absoluto todo acto de violencia, contra grandes o chicos, contra personas o animales. Las mismas cosas inertes mejor ceden a la razón que a la violencia.

LXXV

El arado es una pluma que sólo escribe para la felicidad del hombre.

LXXVI

En los surcos del arado sepulta el hombre sus vicios.

LXXVII

"Haz el bien"; pero conócelo primero.
¿Cuántos se echan porque vendrán a levantarlos?
¿Cuántos no se levantan por el temor de ser nuevamente derribados?

LXXVIII

Olvidada de las leyes de Dios, la sociedad anda siglos como la ardilla en la jaula del armero. Corre

la ardilla, y gira la jaula, unida a una correa sin fin; la correa mueve una piedra de afilar; en ella un hombre afila su cuchillo o su espada.

LXXIX

Los soldados son hombres. En la paz, nadie lo duda; en la guerra, nadie lo cree.

LXXX

Gloria: suma de muchos obscuros egoísmos; riqueza: suma de miserias; señorío: suma de humillaciones... Y así, hasta llegar a esta congoja humana, que es la suma final de tantas vanidades y locuras.

LXXXI

Tan fácil es al sentido común más limitado comprender la lógica con que procede la naturaleza, que procurar burlarla es el más seguro indicio de imbecilidad.

Que un pez pretenda atravesar las nubes o un pájaro llegar al fondo del océano: esto no ocurre más que en la cabeza de supuestos sabios.

LXXXII

Hay quienes pretenden gobernar millones de almas, y son incapaces de gobernar su estómago.

LXXXIII

Ser madre es tan inmenso que es razonable aceptar como patente prueba de la sabiduría divina el dolor inicial.

El es el prólogo de la maternidad, y advierte claramente a la mujer de su destino. Ser madre es destruirse para erigir un porvenir mejor. En este sacrificio reside la más alta sublimidad y la más pura belleza de la mujer.

LXXXIV

Con aprender el nombre de cada astro, de cada cosa, de cada virtud y vicio, algunos se consideran muy enterados de lo que pasa en el cielo, en la tierra y en las almas.

LXXXV

Todas las religiones son caminos que van a Dios. Pero no andan todos los que están en ellos, ni todos los que andan llevan igual dirección.

LXXXVI

Maravilla comprobar de cuántos modos se perpetúa la esclavitud.

LXXXVII

Por ir en pos del placer, se aparta el hombre del bien. Cuando lo piensa mejor, vuelve al bien, y se topa con el placer perseguido y nunca alcanzado.

LXXXVIII

El microscopio enseña a observar los actos humanos aparentemente insignificantes.

LXXXIX

Sea tu trabajo tu plegaria a Dios.

XC

Intimamente, los hombres se horrorizan de la guerra; exteriormente, no se atreven.

La guerra es un heroísmo colectivo nacido de las cobardías individuales.

Juzga por lo que piensas ahora, al escucharme; y por lo que dirás si llega el caso de que tengas miedo de parecer cobarde.

XCI

La vida es sed.

XCII

Cuando le habláis al Estado de la pobreza fisiológica de las madres, os dice: — Intervendré en ello.

Le mostráis los futuros criminales, tuberculosos y haraganes, y os repite: — No lo olvido.

Volvéis para decirle que el puñado de dolor se convierte en un inmenso ejército de desheredados, el cual crece noche y día, y os vuelve a asegurar que el problema le preocupa.

He aquí: ya llegó lo previsto: ¡ved qué hombres y qué mujeres resultaron de aquella infancia miserable y vil!

Entonces, grave y solemnemente, el Estado abre las puertas de los manicomios, de los hospitales y las cárceles, y dice:

—Me costaréis un dineral; pero no importa. Entrad y acabad de morir. También me encargaré del entierro.

XCIII

Aquel que llegue para poner algo de Dios en el mundo no será mejor ni peor que los que con igual misión le precedieron.

Si oyeres decir que es bueno, piensa: Dios mostró su bondad en él. Si oyeres decir que es sabio, piensa: Dios dijo algo a los hombres valiéndose de él.

Pero, aunque nadie se detenga ante tu puerta, alégrate igualmente. Dios entrará en tu morada con cada rayo de sol. Y cada vez que en tu soledad lo nombres, una nueva energía brotará en tu corazón.

XCIV

¡Demasiado dolor hay en el mundo! ¡Compasión para todos! ¡Todos son necesitados de tu amor!

XCV

El hombre, siempre encorvado, no mira al cielo. El cielo es Dios.

Un hombre que no puede detenerse, ¿cómo elegirá el mejor camino? El mejor camino es Dios.

El que trabaja en el fondo de una mina no ve el Sol. El Sol, para él, es Dios.

XCVI

Inclínate para escuchar y ver bien a ese niño: él no puede elevarse hasta ti.

Cédele el paso al hombre que lleva carga.
Delante de una mujer, nunca olvides a tu madre.

XCVII

¿Por qué dices: "Crees en Dios", en vez de: "Conoces a Dios"?
¿Por qué dices: "Es un mal hombre", en vez de: "Conozco una acción suya que es mala"?

XCVIII

Pobreza es en el rico menospreciar al pobre. Ignorancia es en el sabio menospreciar al ignorante.

XCIX

La mayor alabanza que puede hacerse de un hombre es compararlo a un niño.

C

Los vicios son equivocaciones o imposibilidades respecto a necesidades del espíritu o del cuerpo.

CI

De Dios se recibe la verdad. En los hombres se descubre el modo de transmitírsela.

CII

Habla, hijo mío, con palabra sencilla y amorosa.
Toma para ti la angustia que causaría a los otros descifrar tu designio.
Vierte lo que no sea amor en el arcano del silencio.

CIII

Las flores son los pensamientos de las plantas.

CIV

Si la muerte es verdadera, la vida es falsa. Si esta vida es verdadera, la muerte es una ficción.

CV

Hace millares de años que las dueñas de casa matan las moscas, los ratones y las pulgas, sin que ésta sea la eficaz solución. Hace millares de años que los hombres de Estado hacen lo mismo con los viciosos, ladrones y asesinos.

CVI

La bóveda estrellada, ¡cuán semejante al mundo de los espíritus!

CVII

Hay quienes se detienen con todos los que encuentran y les preguntan: ¿Valdrá la pena ir hacia allá? ¿Se llega a alguna parte? Y por esto no llegaron todavía.

CVIII

El hombre está demasiado tiempo sobre la tierra, a juzgar por el uso que hace de ese tiempo. Su mayor afán es que los días pasen fugaces e insensibles. "Matar el tiempo" es una expresión común. ¿Y qué es el tiempo, sino la vida misma?

CIX

No puedo traerte a Dios, hermano, para que lo conozcas; vayamos hacia El.

CX

En un problema moral están todos los problemas de la vida.

CXI

Ignorancia: punto en que muchos sabios que regresan de dar la vuelta al mundo se hallan con los que no han dado un paso.

CXII

Los hermanos se explican. En el hermano leeréis lo que de un hombre os parezca incomprensible.

CXIII

No está mal que dijera un rey de España: "En mis dominios nunca se pone el Sol". La cuestión es que todos los hombres puedan decir lo mismo.

CXIV

La mejor cosa del mundo, mal colocada o en un sitio impropio, resultará perjudicial.

CXV

Admiramos, no la magnificencia de tal alma, sino que ella pueda manifestarse en este bajo mundo.

CXVI

Los grandes hombres son símbolos. Napoleón lo fué de cierta especie de grandeza. El círculo de su vida comenzó y terminó en una isla solitaria.

CXVII

Los predicadores de moral pierden cada vez más vuestra simpatía.
Es que la intuición os dice que la moral no se enseña.
Se deriva de un estado de armonía.

CXVIII

Ciertos favores provocan el menosprecio.
Es que la intuición os dice que la dádiva no os redimirá de vuestro martirio.
La dicha no depende del acaso.

CXIX

Hay quien ríe del peluquero cuya cabeza es como bola de billar que ofrece la panacea para la calvicie. Pero oye y reverencia a muchos calvos que brindan la salud y el bienestar.

CXX

La esperanza del bien es ya un gran bien.

CXXI

Actos probablemente útiles a la sociedad son los que ella retribuye; probablemente inútiles, los

que ella no recompensa en forma alguna. Millares de años de experiencia lo decretaron así y contestan a muchos que se lamentan de incomprensión o ingratitud.

CXXII

Miras, a veces, la montaña, y no subes a su cumbre; miras el río, y quedas en la ribera; miras al príncipe, y no ambicionas su trono. Deja, a veces, pasar la multitud, y envuélvete en tu soledad; deja pasar el torrente de palabras, y sigue en tu silencio tu plegaria.

CXXIII

Si supones cada estrella una palabra, y que, para entender lo que significan, habría que leer a todas en un orden preestablecido, compararás lo infinito respecto a la mente humana.

CXXIV

La tolerancia es prueba de convicción.

CXXV

El egoísmo bien entendido es la filantropía bien practicada.

CXXVI

Ninguna puerta se abre a la palabra sin amor.

CXXVII

Es asombroso cuanto se escribe para atraer la atención de los demás hacia el autor.

Es asombroso también que se consagre la mayor parte de la vida a este exclusivo objeto.

La literatura necesita una reforma tan grande como las costumbres.

CXXVIII

Porque la pureza constituye un estado de sabiduría, no hay pureza verdadera sin la experiencia de la satisfacción de los deseos.

Por esto, tan a menudo, santos y santas retornan al bestialismo y empecinados bandidos se truecan en hombres puros.

No hay sino beneficios, del punto de vista filosófico, en el goce de los placeres terrenales, aun los más viles: todos ellos desencantan y conducen a su menosprecio.

CXXIX

No separéis a los hombres, para apreciarlos, ni por los vestidos, ni por los oficios, ni por la fortuna, ni por los honores que reciban. Tomad a todos mezclados y, en cada ciento, el porcentaje de buenos y de malos será igual.

CXXX

Al necio todas las cosas se le vuelven malas en sus manos; y él supone que ya eran malas antes.

CXXXI

Singular afán el de meterte preso en ese frasco con un rótulo.

Si te preguntan qué eres, ¿por qué no dices simplemente la verdad: Fulano?

CXXXII

Las palabras son muchas. La verdad es una.

CXXXIII

Hay personas que tienen la desgracia de ciertos vasos. La más pura y transparente de las aguas parece turbia en ellos.

CXXXIV

A todo lo natural, inclusive a la muerte y en medio del dolor, hay cierta satisfacción en someterse.

CXXXV

Es verdad que los perros ladran su angustia a la Luna; mas tú no debías hacerlo, pues sabes que es en vano.

CXXXVI

Yo no puedo juzgarte. No soy tu juez natural y verdadero. Conozco este acto tuyo. Tendría que conocer toda tu vida... ¿Por qué huyes del juez que tienes dentro, que existe solamente para ti, que no tiene otra misión que la de redimirte, y te entregas privado de su misericordia a todos los demás hombres como a jueces?

CXXXVII

El viento sopla desde todos los puntos del horizonte; pero el soplo de vida viene de una sola parte.

Todos encienden su fuego; pero uno solo calienta el corazón.

Todas las aguas llegan a las raíces; pero una sola desciende hasta nuestra alma y puede calmar su sed.

Todas las alegrías son fugitivas; menos la de sentirse puro.

CXXXVIII

Los fabricantes de esos instrumentos que sirven para los más diversos usos a la vez, deben saber que no sirven para nada. En sus fábricas tienen un hombre para cada tarea.

CXXXIX

No hay trabajo grande y chico. Todo depende del trabajador.

Es indiferente el tema. Dirás lo mismo; enseñarás lo mismo, con cualquiera.

CXL

El hombre busca en todo diferencias: la vida es en todo idéntica.

Quien estudia los insectos adquiere un maravilloso conocimiento sobre los seres humanos. Para saber lo que es una colmena basta y es lo más cómodo observar un reino.

Una célula es un mundo que abarca nuestra visión. El mundo es un animal que anda en el espacio.

CXLI

Forma parte de la sabiduría de la vida dar los bienes poco a poco. Cuando se tiene unos, faltan otros.

CXLII

Benefactor es el que hace su obra a conciencia, por humilde que ésta sea. El que pone en ella algo que sólo él sabe lo que vale y que nadie le paga. Este da; éste deja algo en la vida; y la vida, también en forma que él solo sepa cuanto vale, se lo compensará.

CXLIII

Redimir a los hombres es difícil; pero necesario. Míralos mientras viven y mientras mueren, y los conocerás mejor aún... ¡Qué contraste terrible!...

CXLIV

Si crees que hay algo fácil en la vida, prueba lo que más puede parecértelo: prueba hacer bien a alguien.

CXLV

He oído que un hombre, hallándose en extrema pobreza, declaró públicamente que consentía en separarse de su esposa, y que dejaba a ésta en libertad para buscar otro amor.

Buen hombre el que así procede.

Pero un ejemplo de honradez más grande sería que no se hubiera casado.

Y mucho más noble aún fuera que, habiendo unido su destino a una mujer, luchara heroicamente para no abandonarla como un despojo a las fieras.

CXLVI

¿Por qué, predicador, hablas de Dios a los hombres en un lenguaje que no pueden entender?

¿Por qué, si está en todas partes, lo señalas en el cielo?

¿Por qué, en vez de decirles que crean en Dios, no muestras en ti mismo todos los dones que da a quien se le acerca?

CXLVII

También los hombres son instrumentos musicales. Vibran según quien los "toque".

CXLVIII

Los años limarán los dientes de tu serrucho y el filo de tu hacha.

El joven piensa en rehacer la casa para los muebles.

El viejo ha acomodado los muebles a la casa.

CXLIX

Traen algo; piensan algo; quieren algo... ¡Qué pocos, ¡ay!, lo dejan o lo dicen!

CL

Comprenderás al cabo que el soldado muestra la fuerza sin hipocresía y el comerciante dice lo que quiere sin disimulo.

CLI

El hombre no da un paso en la vida si no lo hace de la mano de una mujer.

CLII

Los muertos son los únicos que están realmente, con toda el alma, a nuestro lado. Ellos nos entienden, nos acompañan en nuestros anhelos y velan nuestro sueño cada noche.

CLIII

La inteligencia, como todo lo de este mundo, cuando pasa de ciertos límites, tórnase perjudicial. Aguzada en exceso, se convierte en locura.

CLIV

El arte no es un medio de vida, sino un medio para dar la vida.

CLV

Es una pena incurable la de morir dejando al mundo tan necesitado de sentido común como lo vimos siempre.

CLVI

El hombre puede fácilmente crearse instintos y ejecutar, como los animales, una serie de actos en los cuales no interviene la conciencia.

CLVII

La juventud es intransigente, porque supone la perfección.

CLVIII

En los campos de América líbrase la batalla más gloriosa de los tiempos; créase un nuevo código moral; cúmplese, en fin, el prodigioso anhelo de tantos siglos de dolor y de tantos millones de ascendientes que murieron en la esperanza de una humanidad menos feroz y más justa.

CLIX

En guardia contra la sugestión de las palabras; en guardia ante las inveteradas simulaciones que tornan ilusorias las más nobles conquistas.

Para llegar al reino de la justicia hay que andar el camino de la verdad.

CLX

Todo debe ser llevado al yunque de la verdad; arda la fragua de las abnegaciones; golpee el martillo de la justicia cuanto sea necesario.

Si "el día de gloria" ha llegado, su luz ha de matar muchas mentiras.

Mentira fué, igualmente, el cristianismo. Ningún pueblo siguió las enseñanzas se Jesús, crucificado con mayor crueldad ahora que ha veinte siglos y a quien sólo los brazos de la verdad y de la justicia sacarán de su martirio.

CLXI

Las entrañas de América tiemblan henchidas de un ensueño de amor y redención. Pero los guías de estos pueblos, ¿qué hacen, en su inercia de piedra y en su mudez de sombras?

CLXII

¿Vivir? Eso quieren todos; y es para cada uno diferente.

¿La dicha? Eso esperan todos; y es una cosa para cada ser.

¿Trabajas? Eso lo hacen todos; y es un valor distinto en cada hombre.

¿Tu muerte? Por esa puerta pasan todos; pero, ¿adónde pasa cada cual?

CLXIII

Tú pensaste que el caballo era la causa de que caminara el carro. Ya viste que sin las ruedas no se movería. Y que éstas, sin la lisura del pavimento no podrían girar. Pero, ¿acaso sin el aire andaría el carro? ¿Daría el caballo un paso privado de la hierba que lo sustenta? Esta, ¿hubiera crecido sin el trabajo del sol que levantó las aguas del océano y las derramó en la tierra?... ¡Cuán

breve la existencia para enumerar las causas de una sola cosa que sucede!

¡Y algunos quieren saber por qué y para qué fué creado el universo!

CLXIV

Recordad que las leyes de Dios son inmutables y eternas, rigen ahora y después, aquí y en todas partes. No digáis: Dios me recompensará en la otra vida, pues soy bueno.

Dios no tiene por qué esperar para que se cumpla su justicia. El más bueno, dondequiera que esté, es el más feliz.

Mas no basta parecer bueno al mundo, para serlo ante Dios.

PLEGARIAS

DEL SEMBRADOR

Es el tiempo de sembrar.

Hombres de las ciudades: id a ver a los que escriben su plegaria al Señor con esa pluma grande del arado, y ved cómo el Señor pone en los rasgos de esa escritura sus presentes, como los Reyes Magos en los zapatitos de los niños.

Cada grano de tierra parirá un grano de trigo. ¡Ved el parto de la tierra, negra, humilde y hollada sin cesar, frente a la esterilidad de la cumbre altiva y fría!

Mientras mucho se habla de los que recorren calles, de los que hacen ademanes, de los que agitan el aire, de los que cambian de sitio alguna cosa, pocos recuerdan a aquellos que, inclinados sobre el surco, fabrican la sangre humana y le dan el calor que necesita.

Mostradme, pues, un soldado más necesario que el labrador, o una guerra más noble que la suya.

Como el hacha para el bosque, y la escopeta para los cantores de la selva, y la red para los habitantes de la mar, así es la espada para la humanidad.

Hiende la tierra, acero de la espada, y alimentarás hombres; no la carne del hombre, para alimentar gusanos.

Abríos, tierras — y abríos, corazones, — recibid la simiente del pan — recibid la simiente de verdad, — porque la humanidad padece hambre — porque la humanidad tiene hambre de justicia.

Así habla el sembrador.

Su plegaria es grata a Dios. Primero es tierra labrada; después, esmeralda; después, oro; después, armiño; después, alegría y paz en los hogares.

Andando, encuentra una piedra que no puede remover. Bajo ella, la tierra queda estéril y se convierte en refugio de los seres dañinos.

Mira entonces en derredor de su heredad y ve con pena tierras que nadie habita ni cultiva.

Y piensa el sembrador: Así la mano del hombre suele posarse, fría y dura como esta piedra, sobre un pedazo del suelo, sobre un pueblo o una época, y así queda lo que ella cubre estéril y se convierte en criadero de alimañas o de vicios.

Luego encuentra un hoyo, y dice:

La tierra me pregunta por todos los que estáis lejos. La tierra os espera a todos los que salisteis de ella en día de fiesta, con los bolsillos llenos, y andáis por ahí borrachos de artificio y disfrazados.

¿Vendréis ahora o esperaréis a que os traigan? Sólo en ella tendréis paz.

* * *

Ya la tierra está arada y rastrillada. Ya la tierra está pronta para germinar amor. ¡Cae, bendita simiente!... Amo a todos los hombres... Pa-

ra todos siembro igual... Yo no quiero saber quién comerá mi trigo...

¡Brotarán grandes verdades de la tierra y en una porción de ella señoreará la justicia!

Si dejarais vuestros lechos de enfermos antes de salir el sol, y tomarais la mancera, y animando los bueyes comenzarais a arar, y siguierais arando todo el día, y al caer el sol cayerais de rodillas sobre este mismo suelo trabajado y regado con vuestro sudor, sabríais entonces qué es tierra, qué es sembrar, de dónde viene el pan y de dónde los horrores de esta vida.

Pero, así como estáis, no comprendéis lo que piensa el sembrador.

* * *

¡A sembrar! ¡A sembrar!

Unos días más y, en vez de poner yo mi simiente, pondrán mi cuerpo entero bajo tierra. ¡Que él también sirva de algo, hermanos míos, y nutra aunque sea una flor en que descanse un segundo vuestra vista! Porque grato es a mis ojos el milagro del trigal salido de mi puño, y dulce a mi corazón que tantos seres satisfagan su hambre con pan hecho del trigo que recogí. Así también, vosotros, sembrad y tened la alegría de la abundante cosecha, que aunque sea vuestra era los siglos y vuestra troja el mundo, a vosotros os quedará la paz de la obra de bien y hasta las piedras del campo os querrán alimentar.

* * *

Por fin la hora del descanso llega. Su boca, seca de sed; sus pies, pesados de barro; sus manos, sar-

mientos secos. Y el sembrador se recoge a su choza que se pierde en la inmensa obscuridad. Siembra su trigo en invierno y, a veces, a mitad de la noche siente frío... Pero, olvidado de sí, percibe, en aquel silencio que lo envuelve, la angustia de los otros sembradores, que siembran los otros campos, y se afanan como él durante el día, y quisiera consolarlos y alentarlos, y les dice en la triste noche de los campos: El amor de los buenos os acompaña, ¡oh, escritores de surcos, soldados de la primera arma, marinos que levantáis y domeñáis vuestras olas, maestros de amor, curadores del hambre, pintores del paisaje que crece y fructifica, escultores de la mágica espiga, músicos de la canción fortificante de las mieses, oradores de la blanca palabra que entra en todos y de todos es comprendida y alabada!

DE NOCHEBUENA

"Y aconteció que, estando ellos allí, se le cumplieron los días en que había de dar a luz, y parió a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en el pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón".

Nace un niño y muere otro a cada golpe que da la sangre en nuestras arterias, y si la humanidad está hoy de fiesta porque nació un niño hace 1912 años, forzoso será creer que ese niño inolvidable ha sido algo inmensamente grande.

Creció y fué siempre humilde, sin dejar de ser siempre valiente hasta el supremo heroísmo; fué pobre hasta no tener dónde reclinar su cabeza; pero prodigó a raudales los tesoros de más precio; enseñó, alivió, curó, rondando incesantemente por aldeas y ciudades, hasta que al fin lo mataron aquellos "en quienes no cabía su palabra".

Como alguien le dijera "Maestro bueno", él repuso: "¿Por qué me dices bueno? Ninguno es bueno, sino uno, Dios". Mas, si él ni siquiera quiso que un solo hombre le llamara bueno, bueno le han di-

cho y bueno le dirán tantos millones de hombres como arenas tiene el mar.

* * *

¿Qué buscan los reformadores que se han sucedido en estos diecinueve siglos y en los siglos que antes fueron? ¿Qué dicen en sus doctrinas los antiguos y los modernos apóstoles? ¿Qué anhelan los más generosos soñadores?

Nada grande y bueno buscan, nada dicen, nada anhelan que no haya salido en palabra infinitamente pura de la boca de Jesús.

Y en la absoluta abnegación por el ideal, ¿quién le ha igualado?

¿Quién como él tuvo amor para sus enemigos, hizo el bien a sus perseguidores y murió pidiendo al cielo el perdón de sus verdugos?

Aquellas multitudes semibárbaras, amamantadas en la crueldad, enceguecidas por los bajos instintos, iban en pos de él, cautivas de su mirar sereno y su palabra armoniosa, como sedientos detrás de un cántaro de agua fresca. Se detenía Jesús y les decía: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Sed tenían todos, y a raudales bebían amor en su corazón, mientras él dulcemente les decía: "Bienaventurados los tristes, los mansos, los que tienen hambre de justicia, los misericordiosos, los de limpio corazón. Regocijaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos".

Sobre los expoliadores y parásitos, su palabra caía cual vivo fuego, porque él nunca temió a los poderosos.

"¡Ay de vosotros — clamaba — que amáis las salutaciones en las plazas! ¡Ay de vosotros, hipócritas, que sois como sepulturas que no parecen y

los hombres que andan encima no lo saben! ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, mientras vosotros no tocáis las cargas con un dedo! ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con la llave de la ciencia!..."

¿Saben algunos cándidos espíritus que celebran el nacimiento de Jesús quién fué realmente Jesús? ¿Quién fué este formidable revolucionario?

¡Pero menos aún lo han comprendido aquellos que prosiguen en los siglos la triste obra de injuriarlo!

"Muchas buenas obras os he mostrado de mi padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?"

¡Esperamos la respuesta todavía!

Contestaréis, mercaderes que él echó del templo de Dios, y habéis vuelto a entrar en él; contestaréis los que mantenéis al pueblo en la opresión y la ignorancia; los que vivís del fraude y de la farsa; los que os burláis de los que dicen la verdad, porque engordáis a la sombra de la mentira; los que hacéis caridad gastando más en mostraros haciendo caridad que lo que dais a los necesitados; los que sois "por dentro como las sepulturas".

¡De nuevo estáis emplazados!

* * *

Muchos hay que tienen sed y que no saben adónde irán a beber la pura agua de amor y de justicia, y que parecen malos, porque entretienen su sed con licores que creen de sabiduría — los que un instante la aplacan, y luego vuelve más devoradora aún. — Decid a los sedientos de toda condición que se incorporen a aquellas multitudes que seguían a Jesús y, renovadas sin cesar, lo siguen todavía.

DE AÑO NUEVO

¡Cuán ligeros pasan los años! ¡Cómo corren los días! ¡Cómo vuelan las horas!

Este otro año, ¡qué pronto acabará!

Nuestra vida misma terminará muy en breve; antes que se agriete el techo de nuestra morada, antes que se seque el árbol que nos da su fruto.

¡Si atrapáramos las horas! ¡Si moderáramos la marcha de los días! ¡Si sujetáramos los años al yugo de nuestra vida!

¡Si fuéramos, si hiciéramos aquello que anhelamos!... Entonces dejaría el tiempo de ser el amo, para ser nuestro esclavo...

¿Y por qué no?...

* * *

Terminemos el año bruñendo la voluntad para la nueva batalla.

Esta misma alegría con que se despide al año que se va y se recibe al que llega muestra la decepción de lo vivido y la esperanza, siempre renovada, en un porvenir mejor.

Corazones templados y espíritus ávidos de luz,

no desmayéis. Sucede el alba a la noche, la calma a la tempestad y la reconciliación a la feroz matanza.

Perseveremos en sembrar. ¡Ojalá que sean muchos, muchos más cada vez, los que pongan en este duro suelo la simiente de la justicia y del amor, la simiente de los árboles que no veremos florecer, mas cuyos dulces frutos alimentarán a los que vendrán después!

* * *

¡Que la bondad divina descienda en mayor porción sobre la especie! ¡Que sean más buenos los buenos, para que el amor rebose de sus corazones y se infiltre hasta en las bestias que hablan, y las amanse y redima! ¡Que redoblen su afán los plantadores de la buena simiente, hasta que no quede un palmo donde puedan crecer las malas hierbas, cuyo solo contacto con el aire envenena las almas!

* * *

¿Qué importa que el año nuevo no nos traiga vida nueva?

¿Faltarán mozos fuertes para cavarnos una fosa?

¿Faltarán lindas muchachas para cubrirla de flores?

Vuelva, pues, la sonrisa a nuestros labios y arda otra vez en nuestro corazón el fuego de la fe.

Plantan algunos un árbol y lo consagran a la divinidad, o al culto de un recuerdo, o al hijo recién nacido. ¿Por qué no agarrar este año y plantarlo como un árbol en nuestro corazón, consagrándolo al amor? ¡Que se nutra de nuestra san-

gre, que forme de nuestra carne su ramaje, que florezca en piedad para todos los dolores, que fructifique en comprensión de todas las ansiedades!

* * *

Marca ya la media noche el reloj de diamantes estelares. Vente conmigo, búscame en la soledad, bajo el inmenso cielo y sobre la inmensa angustia de esta vida... Ven y brinda conmigo por que todos los dormidos de los ojos, del corazón o del alma; los dormidos de pena o de alegría, de soberbia o de odio... despierten con la próxima aurora para siempre, y abran los ojos a la blanca luz, y abran el pecho al puro aire que sopla del naciente... Y en vez de gustar el zumo, símbolo del fuego que arde en el corazón, arrojémoslo como siembra de amor sobre este triste infinito que está debajo de nosotros — atormentadas entrañas donde germina la humanidad futura.

POR EL ARBOL

Actualmente se destruye, en América, bosques inmensos, que nadie se preocupa de replantar. Tan brutal destrucción de lo que en sentido físico representa los pulmones de la tierra merece de vuestra benevolencia juvenil el calificativo de "industria forestal". Una industria como la de los indios cuando trocaban oro por vistosos collares de cuentas de vidrio. Hoy entregáis el oro de vuestros bosques, por el vidrio coloreado, tan bonito, de los derechos fiscales.

Prepáranse así sequías, plagas, angustias para lo porvenir. El desorden de la naturaleza impondrá un día la reposición de lo que se saquea ahora sin previsión y sin limitaciones, como botín de conquista... ¡Llegará el arrepentimiento! Ya se inclinarán apesadumbrados nuestros nietos a replantar en el erial! ¡Pero nunca, por mucho que se afanen, reharán estas divinas arboledas que formó Dios, tan robustas e indemnes! Porque habrá pasado la oportunidad de hacerlo, y estarán borrados los radios propicios, cambiado el clima y extinguidas o degeneradas las especies vegetales.

Y surgirán estos montes que nosotros hacemos, estos hospitales de árboles exóticos, enfermos y contrahechos, tristes remedos de la naturaleza mutilada, como los miembros artificiales en el cuerpo del hombre.

* * *

Acentuaría notablemente la cultura de América una legislación protectora del árbol.

Esta guerra a ese ser silencioso y benéfico es un desdoro para nuestra civilización.

A los cantos infantiles de la fiesta del árbol, responde el hacha con sus agrios ecos, del fondo de los bosques, derribando los templos perfumados y sonoros, situados dentro del ritmo universal, sujetos a la influencia de los astros, ¡contesta el hacha, que afea y empobrece nuestra América, que dilapida en horas el trabajo de siglos!

Del quebracho solamente, acero natural a flor de tierra, se abaten millones de árboles cada año; y no se planta uno. Cualquier bárbaro troncha una palmera de cinco siglos para comer "el cogollo".

Muchos, variados, abundantísimos bienes brinda la naturaleza americana; ¿qué furor insensato os impulsa a matar nuestras divinidades?

Siega la codicia el bosque, como la hoz el herbaje; huyen las aves que deleitan al hombre y defienden la naturaleza de las plagas; cesan las lluvias que rejuvenecían y fertilizaban todo con sus gotas eléctricas, y, despojada de un órgano esencial, la naturaleza queda enferma.

¡Bárbaros! ¿Con qué compensaréis a nuestra América del mal que le causáis?

* * *

No es código completo el que no establece la declaración del derecho que tiene el árbol al respeto y a la propagación, como garantía del bienestar público y de la moralidad de las costumbres.

Los árboles purifican y fecundizan, no sólo el aire y la tierra; nuestro corazón también.

Apóstoles silenciosos, nos predican el bien, prodigándolo a cuanto se les acerca. Basta mirarlos, para sentir su dulzura; basta tocarlos, para sentir su paz. Ellos siempre nos están aconsejando.

Los malhechores tiemblan al oírlos, como que murmuran en la noche. Tiemblan porque no oyen lo que dicen, y temen amenazas como las del hombre. ¡Si entendiesen, serían buenos!

* * *

Amar el árbol es comprender la vida. La armonía y la bondad fluyen de cada una de sus hojas mejor que de las del libro.

El ombú es toda la historia de la patria vieja; y la palmera, la del indio.

Además de filósofo, historiador y poeta, el árbol es profeta. Contad los árboles de una nación y leeréis su porvenir. Nada grande hay que esperar de los países sin abundancia de árboles.

Felices, fuertes y triunfadores son los pueblos que surgen en medio de los árboles, y gozan de la caricia de su sombra y de la terapéutica de su fruto.

¿Sabéis de dónde viene, si no es de sus bosques, esta fragancia virginal de América, que con fruición aspira el mundo?

¡Ay de América, si sus bosques desaparecen! En ellos está el secreto de su vitalidad exuberante, en

ellos nace el soplo soberano que nos empuja al porvenir.

* * *

Los árboles impiden las cargas de caballería, dificultan el paso de los cañones y amparan al perseguido.

* * *

Cuando juzguéis a un hombre, disminuid la pena en relación al número de árboles que plantó.

* * *

Vale más plantar árboles que estatuas, que no crecen, ni alimentan, ni abrigan, ni educan, como los árboles.

Cosas realmente bellas son estos árboles gigantes de algunos paseos, orgullo de la ciudad, testimonio de su cultura, deleite del espíritu, defensa de la salud.

Interesemos el corazón de la sociedad en favor de esos seres grandes y buenos. Cualquier día los amenazará el prurito de la innovación, la racha de locura que abatió ya otros colosos admirables, para trazar en su sitio garabatos de jardinería.

* * *

Enseñemos a los niños algo más que la fisiología de los árboles: enseñémosles a amarlos, puesto que ellos nos aman; a cuidarlos, puesto que ellos nos colman de beneficios, desde el nacimiento hasta la muerte, cuando las fibras del árbol envuelven

nuestro cuerpo y es incompleto el sueño si el árbol no lo vela.

Induzcamos al hombre a defender y propagar el árbol.

Sea domeñada el hacha que destruye nuestros bosques, sin piedad, sin ley, sin miedo.

Que entre, que arrase y robe cuanto pueda la codicia...; ¡pero que respete, al menos, nuestros bosques!

POR EL INDIO

Es un problema de permanente actualidad, de apremiante solución, el que plantea el indio, con su existencia que perdura sobre estas tierras, de las que fué señor.

Interesa, desde luego, al sentimiento; pero es, además, grande por su significación histórica y sociológica. Deseemos, pues, que él preocupe intensamente a la opinión y al gobierno. Véasele cuanto antes a la luz de la justicia, y tenga la solución amplia y noble que reclama.

La urgencia es esencial en la cuestión, ya que, sin asentimiento nacional, sin esperar la decisión de la república, los hechos la van resolviendo en forma definitiva. Un poco más de silencio, de expectativa y de vacilación, y ya no habrá cuestión que resolver: ella estará concluída, con el exterminio de los aborígenes. Para ello basta el sistema que implantó la conquista y que prevalece todavía, no solamente en la Argentina, sino en casi todos los países donde quedan indios. Quiere el triste destino de esta raza desvalida que las riquezas de su suelo sean el instrumento de su suplicio. Si

aquí hay obrajes, yerbales e ingenios de azúcar, en las otras regiones existen minas, goma, café...

Cierto que se abolió la esclavitud; pero el indio que no se somete a ella debe optar entre morir de hambre o morir porque roba para comer. El blanco se adueña de todo, y para concederle la merced de la vida le exige que se convierta en su animal doméstico. Por eso, todos los indios son esclavos o ladrones. Y hombres cultos, prensa culta, se hacen cómplices de la iniquidad. La verdad es motejada de leyenda, la humanidad de sensiblería, y, a la sombra de la controversia, la codicia va terminando su obra implacable de exterminio y lucro.

* * *

Pero, se dirá, si los indios son dóciles, pacientes y frugales, ¿cómo se explican sus robos, sus venganzas y sus borracheras?

¿A quién habrá que pedir cuenta de esto, a los indios o a los blancos? ¿Quién inició el despojo, la perfidia y la crueldad? ¿Quién probaría que los bienes naturales son de cualquiera menos de los aborígenes? ¿Quién, llamado a juzgar, llegaría a otra conclusión que la del remordimiento, una inmensa piedad y la certidumbre de que se debe una amplísima reparación a esta raza infeliz, despojada, hostilizada, esclavizada y perseguida hace cuatrocientos años, y que todavía hoy se acerca. sonríe y sirve a la "fiera blanca"?

* * *

La fusión de sangres es aquí complejísima, está librada al azar de las corrientes migratorias; todos los tipos del orbe entran en ella, algunos, por

cierto, de medrada estampa y visible miseria fisiológica, otros con el estigma de una degeneración que aquí se detiene o cura a expensas de la salud colectiva. ¿Por qué la exclusión únicamente para el indio?

Si esta exclusión es una enorme injusticia, porque envuelve la negación de incuestionables derechos a concurrir a la nacionalidad, ha de tener castigo, ya que existe una relación íntima, profunda, inevitable, entre las cosas morales y las materiales, que Dios ha establecido y Dios mantiene, aunque nuestros pobres ojos no la vean y nuestra débil razón pueda negarla.

¡Quién sabe la sangre indígena, sin piedad y a torrentes derramada, qué misteriosas influencias no debería ejercer en el organismo de estas colectividades! ¡Quién sabe qué funciones de preservación, de indemnidad, de renovación le estaban reservadas, por su prolongado contacto con la naturaleza! ¡Quién sabe no era ella la panacea prescripta para que la humanidad en el Nuevo Mundo, limpiando su cuerpo y su alma, recomenzara la marcha con el vigor del rejuvenecimiento!

* * *

¿Cuál es, en suma, la solución que América debe dar al problema del indio?

En el Perú, en Méjico, la densidad de la población indígena acrece la importancia económica de la cuestión; pero intrínseca y moralmente, ella ha de interesar lo mismo al pensamiento americano de todos estos países.

No veo por qué se apreciarán más las tierras o las selvas, que los indios, ni por el lado del patriotismo, ni por la riqueza material.

¿No valen más los hombres que los árboles?

El erial, ¿produce algo sin cultivo? ¿Por qué no cultivar también al indio, cuyos frutos pueden ser más preciosos que el trigo y que las vigas de cedro y de lapacho?

Si la tala de los bosques en beneficio de unos pocos hombres es una locura económica, pues se prepara con ella el trabajo de la replantación para las generaciones venideras, ¡qué no será el exterminio de los aborígenes, buscado sin un día de arrepentimiento!

Verdad que en algunos países existen todavía indios en número apreciable; en otros, ¡ya no los hay!; en otros, como en la Argentina, quedan unos millares arrinconados, que se ocultan y molestan, cual restos insepultos del horrendo sacrificio!

¡Un poco más de silencio, de "tirotear" y de codicia, y la tierra los cubrirá completamente!

Pero esta solución es demasiado feroz. No es posible aceptarla sin la apostasía del credo americano; sin salirse moralmente de las fronteras de América.

Demostrado, por la evidencia de los hechos, que las tribus aborígenes son al presente, y a despecho del furor homicida desencadenado sobre ellas, aptas para la coexistencia con la sociedad civilizada; que, ni remotamente, pueden constituir un peligro y que, gracias a una política humanitaria, ellas darían obreros fecundos al progreso; a la patria, ciudadanos de arraigo; a la moral universal, hombres dignificados; surge la convicción de que el indio tiene mejor derecho que el inmigrante a la protección social, como primer ocupante del suelo, desposeído de sus bienes naturales, y de que

la migración interna sería tan provechosa, por lo menos, como la inmigración.

Si el indio fronterizo es manso y laborioso, hágase fronterizos a todos los indios, y todos ellos serán ciudadanos útiles en la paz, ciudadanos abnegados en el caso improbable de una guerra, como lo fueron ya muchos de ellos en las jornadas de la independencia, luchando y muriendo con una bravura incomparable por esta misma patria que, con tardía gratitud, les ha de erigir después un monumento... Allá en su obscura conciencia, el infeliz tiene algo que es el patriotismo, aunque mil veces los que parecían mensajeros de la patria los han acosado a tiros, como a los pumas y jaguares.

¿Cómo ha de ser una gloria militar la persecución y matanza de los indios?

¿Cómo ha de ser cabal la beneficencia, si no contempla y ampara a los indígenas? ¿Cuáles son los habitantes más pobres, más ignorantes, más dignos de piedad y de protección?... ¡Tantos asilos, tantas instituciones piadosas!... ¿Y todas aquellas manos de mendigos que se alzan a millares, en el desierto y en las selvas, implorando la caridad de la república?

* * *

No es siquiera decoroso postergar el cumplimiento de tan sagrado deber, con la prolongación de una polémica ya demasiado larga y el análisis harto escrupuloso de los medios a emplear. Con menos parsimonia se procedió a dictar leyes y a fundar instituciones de protección al animal, aunque el animal no recibió nunca en América el duro trato que ha merecido el indio.

Haced que abrace al indio, con su dulzura inefable, aquella plegaria antigua: "¡Puedan permanecer libres de dolores todos los seres vivientes!"

Dejad tanta dialéctica, para que no se repita el caso de la junta de doctores, muy larga, muy laboriosa y muy inútil, porque cuando terminó ya se había muerto el enfermo. Los buenos medios no se excluyen entre sí. La colonización, la escuela, el riel, las misiones..., todo sirve. La solución está en la dignificación del indio, en conquistarlo para la patria y la civilización.

El primer paso es alejar de su espíritu el temor al blanco, el temor al soldado; ese espanto que tiembla en la América indígena desde los tiempos de los Cortés y los Pizarro.

Luego, dadles parte en la heredad; personería en los estrados de la justicia; luz, porque están ciegos; amor, porque están doloridos del martirio más cruento y prolongado que conoce la historia.

Dictad una ley — que será la más hermosa y la más noble — declarando a los indios hijos menores de la patria, colocados bajo su amparo y potestad.

Concededles garantías en el trabajo, ropas para cubrir su desnudez, vigilancia higiénica y hospitalización, toda la ayuda material y moral que necesitan, hasta que salgan de la precaria y lastimosa situación en que los ha dejado la conquista y repoblación del territorio.

¿Cómo no se ha realizado esto todavía?

Deploro haber llegado tarde a la vida, para salvar las últimas tribus de mi patria. Yo los hubiese amparado del asesinato a aquellos valientes ciegos, y esta obra me habría servido para pagar algo a

Dios del beneficio que me da de iluminar mi espíritu.

Quisiera para la Argentina — la hermana predilecta de mi patria — la gloria de repudiar en los hechos toda solidaridad con las monstruosas crueldades de la conquista; la gloria de purificarse de esta herencia de culpa, y de impetrar la absolución de la posteridad para nuestra raza; la gloria de resarcir en bondadosa moneda de clemencia y de amor una porción del inicuo despojo infligido al hombre americano; la gloria de dar al mundo un bello ejemplo de equidad con el débil, de regeneración por la cultura, de comprensión de la fraternidad, de acatamiento a las supremas leyes.

(1910).

Nadie te entona himnos, ni te tributa alabanzas; nadie piensa, quizá, que tienes relación con la epopeya que se rememora.

En tu muda humildad, crucificado en el arnés plebeyo, presencias el brillante desfile militar... proscripto de las filas, suplantado por vistosos advenedizos... de aquellas filas que honraste con tu heroísmo incomparable. ¡Oh, ver pasar así los escuadrones, en todos repudiado, degradado sin culpa! ¡Hasta en el regimiento de granaderos a caballo, aquel de San Lorenzo!

Hubo un tiempo en que tú, solo, te aventurabas con el hombre en el desierto; fuiste el tren, la diligencia, la carreta, el único vehículo y único medio de transporte. Tu casco puso el bautismo en las llanuras de América, en el suelo misterioso de sus bosques, en sus ásperas cuchillas. Tu crin fué el primer penacho de la civilización que erizó el hálito pampeano.

Viviente atributo del ideal libertador en América, el Uruguay tiene tu imagen en el escudo como símbolo de libertad... ¡y por gratitud también!

Cruzaste alígero los campos para llevar otro héroe con un arma al campo de la pelea; entraste a las cargas de sable con el delirio del charrúa, resististe la metralla, cruzaste ríos, arenales, bosques, montañas a través de la Argentina, Uruguay, Chile y Perú..., llevando desplegada sobre tu grupa la bandera de América. Peleaste — porque peleabas bravamente — en Suipacha, en Las Piedras, en Ituzaingó, en Chacabuco, en Maipo... Arrastrabas los cañones para que impusieran su clamor allí en donde peligraba la causa libertadora, y luego, con humana dulzura, conducías los heridos, lejos, lejos del peligro, ¡con qué bondad inteligente, con qué carrera fulmínea, sin necesitar excitación, como si fuese hermano el que sangraba! ¡Cuántos meses, cuántos años has formado en los ejércitos patriotas! ¡Cuántas noches sin estrellas has marchado en pos de aquel ensueño luminoso que hoy es realidad triunfal! Y en el breve descanso, tu comida era el pasto, si había pasto que tapizara el campamento; tu box era el campo abierto, sin más abrigo que el sol. Tascando el freno en el silencio, velaste un infinito número de noches el sueño del soldado.

¡Glorioso veterano! ¡Soldado sin fusil! ¡Tus condecoraciones son las múltiples heridas que por la independencia americana recibiste! ¡De veras que fuiste un bravo! Tus cascos en la veloz carrera semejaban el redoble del tambor; tu sangre corría unida con la sangre de los libertadores; el resoplar leonino de tus fauces empañaba las bayonetas imperiales; tu relincho marcial templaba el corazón de los patriotas y saludó cada victoria.

Hermoso eres como bravo; con tu estructura simétrica, la grupa redondeada, el cuello erguido sobre el ancho pecho, la cabeza soberbia y esos ojos brillantes con mirar de mujer. ¡Y cuán bizarro en el galope gaucho, vuelo tendido de cóndor!

¡Noble corcel criollo! Tu resistencia, sólo comparable a la del caballo danés, tu identificación con el gaucho, tu actuación decisiva en la independencia, tus cualidades valiosas, justificarían tu selección... ¡Cuánto más vales tú que estos caballos de hoy, que tiemblan sin sus mantas acolchadas y se resfrían al soplo de la noche!

¿No habrá siquiera el artista que eternice tu retirada hacia el olvido, con tu jinete gaucho?

¡Bah!... comprendes mi caricia... ¡quién sabe no comprendes también mis lágrimas!... Salta, corre, por los valles y las sierras, hasta trocarte en polvo del desierto... ¡Ah! La esclavitud no es para ti, ni para mí!... ¡Jup! ¡Corre, vamos, llévame contigo!

POR LOS MUERTOS

Es el día de los muertos.

¿Lloraremos a aquellos que desaparecieron convertidos en ese mismo polvo del camino que levantaban en la marcha?

¡Sea más bien esta vez nuestra plegaria por los muertos que están entre nosotros!

Los de oídos que no oyen, los de ojos que no ven, los de corazón sin amor, los de alma sin la pasión de la justicia.

Los que se apesadumbran ante los nichos de los cementerios y no recuerdan los nichos de las cárceles; los que tiemblan al agitarse los cipreses, y pasan junto a los muros de los hospitales sin sentir el dolor que los conmueve.

Los que condenan sin misericordia.

Los que se hartan sin pudor ante el hambriento.

Los que cobran una ofensa, y un error, y un centavo.

Los que sonríen ante la mujer que se hizo madre y no tiene hombre, ni ley, ni piedad que la ampare.

Los que vuelven la espalda al que está sucio por dentro y no se sabe limpiar.

Los mordidos de envidia, porque ignoran que todos somos uno y que el triunfo de uno es el de todos.

Los que pisan la alfombra sin pensar en las manos que febriles la tejieron, y el césped, sin saber que cada paso destruye muchas vidas, y al pueblo, sin apiadarse de su martirio.

Los que saborean la fruta sin simpatía por el árbol; los que devoran el pan sin amor para el labrador ni compasión para el buey.

Los que visten la seda que fabrica un gusano y tienen asco de los débiles seres que se arrastran en la tierra.

Los que aman las mariposas para verlas morir, y los pájaros, para encarcelarlos, y las flores, para arrancarlas de la planta.

Los otros pobrecitos, que uno es juez, y no sufre de que el inocente esté en presidio por su negligencia; otro, médico, y duerme después de negar alivio al dolorido; otro, funcionario, y realiza tranquilo la iniquidad; otro, negociante, y guarda risueño el fruto del despojo; otro, un miserable, y llena su bolsa de odio, a falta de oro.

Los otros, muertos también, que mató el frío social; los sin pan, los sin hogar, los sin cariño y sin rumbo; y aquellos que ya no existen, siendo chiquitos, para el amor y la cultura; y los infelices indios, todos muertos a manos de la codicia y la crueldad; y aquellas sacrificadas a la lujuria, cuya carga no les permite ver al cielo y mueren acurrucadas en las cavernas del vicio.

¡Amémoslos a todos! Ya que el amor de dos les dió la vida, pueda el amor de muchos realizar el milagro de la resurrección.

Encendamos bien la luz. Y entre el reir y el llorar aparezcan los odios y crueldades y huyan como serpientes de la hojarasca removida.

¡Elevemos al cielo la plegaria por todos estos muertos!

PRIMERA PLEGARIA POR LA PAZ

¡Maldita sea la guerra! ¡Malditas sean las armas! ¡Malditos sean los planes homicidas!

¡Bendita sea la paz y sus cosechas! ¡Bendito sea el amor y todos sus frutos! ¡Benditos sean los pensamientos de las madres, que uno solo de ellos pesa más en la balanza de los cielos que toda la soberbia de los Césares!

¡Muera el gran monstruo que devora en la paz el trabajo de los pueblos, que se bebe en la guerra la sangre de los hombres!

¡Unámonos, hermanos! ¡Levantemos bajo la mirada de Dios, que la bendice, nuestra bandera de amor y de justicia!

¡Sálvese, oh santas madres, el fruto de vuestro vientre, vuestro imperio y vuestra gloria, y perezcan para siempre las nefastas y desmedidas ambiciones!

* * *

¡Abominación para la guerra! Absteneos, en presencia de vuestros hijos, de toda manifestación de ferocidad. Inculcad en sus cerebros pensamientos de amor y de tolerancia. Emplazad todas sus fuer-

zas para las nobles luchas del trabajo y para las santas victorias de la paz.

* * *

¿Quién repondrá los muertos? ¿Quién sobrellevará el dolor y la carga de los mutilados? ¿Quién pagará los gastos de la guerra?

El pueblo con su vida, dada en sangre o en trabajo.

Ahora, en angustias, en los arsenales y en los campos de batalla. Después, con sus esfuerzos y sus privaciones. Siempre con su desgracia.

* * *

¡Perfúmate de amor, oh América! ¡Serás la mano en que el mundo apoyará su frente vuelta fuego!

¡Cuida tu huerto! La dulzura de sus frutos aliviará a vencedores y vencidos.

¡Vigila la pureza de tu fuente! ¡Serás la copa de agua para la especie sedienta!

* * *

Alabada sea la paz que deja los bueyes uncidos al arado, y el arado abriendo el surco, y el surco en hervor de vida, y la vida derramándose pródiga y triunfal sobre la haz de la tierra.

Alabada sea la paz en la que el rosal florece, el árbol fructifica, la mies madura, y están juntos aquellos que se aman, y se aman todos aquellos que se juntan en las lides del trabajo y en las fiestas del placer.

Alabada sea la paz, en cuyo seno se ganan las batallas contra el hambre y la ignorancia, y se acrecientan sin cesar las filas de los ejércitos de Dios.

* * *

¡Compasión para las madres que no infunden a sus hijos la náusea de Caín! ¡Compasión para los padres hacedores de huérfanos! ¡Compasión para los que, con el culto de la guerra, preparan la desolación de las ciudades y de los corazones, las matanzas de hombres y de sublimes pensamientos!

(1915).

SEGUNDA PLEGARIA POR LA PAZ

Vosotras, madres, decís: ¡Los hombres hacen esto! ¡Los hombres lo han querido! ¡Los hombres se han vuelto fieras!

¿Y quiénes son los hombres?

Miradlos, pues. Son esa cosa diminuta que engorda y sonríe a la sombra de vuestro seno, como se agranda y dora el grano de uva a la sombra del parral.

De vosotras salieron, vosotras los cargasteis mientras no pudieron caminar, vosotras los trajisteis de la mano hasta juntarlos a los que estaban antes... Y ahora os sentís extrañas a ellos, os asustáis de sus crímenes y exclamáis: ¡Los hombres! ¡Los hombres!, como gritarían las madres del rebaño devorado en la noche: ¡Los lobos! ¡Los lobos!

En todas estas horas, en todos estos años que los tenéis en vuestras manos y estáis a solas con ellos... ¡Oidme, madres!... ¡Ateneos a los hechos! ¡Ateneos a vuestro corazón!

A través de las fórmulas y de las gesticulaciones, contemplad los frutos del militarismo y preguntaos si es obra de valientes asesinar, robar, in-

cendiar las ciudades y los bosques, destruir los frutos del amor y del trabajo, y dejar, finalmente, como único resultado, sobre los campos desolados y las ciudades en ruinas, las mujeres embrutecidas de dolor y de miseria, los niños huérfanos y atontados, los hombres en gran número mutilados como langostas por látigos de alambre y todos envilecidos por el odio.

¡Juzgad y salvad con vuestro amor la humanidad! ¡Redimidla del crimen de la guerra! Dadles a vuestros chiquitos, como les dais el jugo de vuestro seno, la náusea de Caín. ¡Ahora que una palabra vuestra les llena el corazón! ¡Ahora que a un beso vuestro vibra todo su cuerpo!... Tomad y romped ante ellos sus espadas y sus cañones de juguete... Habladles cuando pase algún soldado... Habladles cuando sus ojitos de gorrión se fijen en las láminas en que aparecen generales y tropas, o armas de guerra... Mostradles los verdaderos ejemplos de hombres fuertes. Hay muchos hombres fuertes, fuertes y duros como el mismo hierro, ardientes y poderosos como el fuego, heroicos hasta sonreir ante la muerte, que no asesinan, ni roban, ni envilecen la vida con sus crímenes.

Contad los siglos pasados en fútiles esfuerzos para poder vivir en paz; mirad lo que ha quedado siempre de las guerras, y ved, aun en la paz, lo que da el militarismo...

¡Vosotras sois las únicas que podéis redimir a la humanidad de los instintos feroces!

¡Trabajad sin descanso, madrecitas!

(1915).

TERCERA PLEGARIA POR LA PAZ

Maestros: ¡engrandeceos en esta hora de angustia universal!

La inicua guerra seguirá hasta que acabe su obra de exterminio; pero, en lo porvenir, si vosotros queréis, no habrá más guerras.

Sed, pues, conscientes de vuestro inmenso poder sobre la vida, y enalteced la humanidad enalteciendo vuestra obra.

Sed como fuisteis en aquel sublime ensueño de la adolescencia, en que se pronunció vuestra vocación.

No os quejéis del menosprecio de la sociedad para con vosotros, porque la culpa no es de la sociedad, sino de vuestros antecesores. Ellos son los que infundieron la admiración de los valores contrarios a la cultura, que es la que vosotros representáis.

Ellos os prepararon esta especie de inferioridad que padecéis, al exaltar diariamente las glorias de las armas y la excelencia de la brutalidad y el homicidio.

Ellos os destinaron a ser lacayos de la fuerza, siervos de todos, al hacer reverenciar, por las generaciones que educaron, la caterva de héroes de es-

pada al cinto, ceño feroz, las botas tintas en sangre, ninguno parecido al humílde que enciende en los cerebros la luz intelectual, ninguno semejante al que reparte abnegado el pan del alma.

Los hombres que mañana tasarán el valer y el trabajo del maestro están ahora en vuestra aula. Vosotros les enseñáis lo que han de hacer con vosotros cuando seáis ya viejos, lo que han de hacer con los que más tarde ocuparán vuestro lugar. Si persistís en el absurdo de enseñar la admiración de los valores negativos y de las glorias de oropel, no os quejéis del menosprecio que sufrís y sufrirán vuestros continuadores. Ocultaréis vuestra vejez infortunada como una culpa infamante, porque delatará que vuestra obra fué una servil sumisión a la barbarie.

* * *

Maestros: enseñad lo que sabéis y haced amar lo que amáis en vuestro corazón.

Si preferís las armas y sus glorias, no os refugiéis en la pacífica escuela: sed soldados; pero si estáis por la razón y el amor, no os prosternéis ante la espada. Probad más bien que tenéis fuerza en vuestros puños para quebrarla y arrojarla lejos, por encima de la muralla de los prejuicios.

* * *

¡Engrandeceos en esta hora de angustia universal!

¡Unid a la enseñanza habitual el deletreo del abecedario del amor, el problema sencillo de la paz, el supremo civismo de la justicia! ¡No deis al mundo hombrecillos que se enfurecen y asesinan lo mis-

mo que las bestias! ¡Dadle hombres tan fuertes que resistan con el alma desnuda y el corazón sereno el sol de la justicia! ¡Difundid la abominación para las armas y para las glorias homicidas! ¡Diseminad vuestro espíritu de amor en el futuro que germina al alcance de vuestra mano!

(1915).

AYERECÓ CUA-Á CATÚ (1)

I

A veces pensamos en armonía con nuestro destino; pero otras nos dejamos seducir por las costumbres europeas y falseamos nuestra fe. Mantengámonos firmes; seamos americanos de verdad. ¿Para qué, pues, nacimos en un nuevo mundo, si hemos de vivir la vieja vida de las pasadas civilizaciones?

Ante todos los problemas, mantengámonos firmes en nuestros ideales; firmes en nuestra moral; firmes en nuestro rumbo hacia el futuro. No llegaremos, si imitamos al pasado. Jamás seremos

---

(1) "El guaraní, como el inglés — dice la ilustrada señora C. L. de Blomberg, madre del poeta don Héctor Pedro Blomberg, — es más susceptible de interpretación que de traducción literal. Es imposible dar en la traducción de esta frase el énfasis, la arrogancia, la firmeza y la expresión de desafío que tiene en guaraní. — Se la considera el lema de los correntinos; puede también serlo de todo hombre consciente de sus derechos y dispuesto a sustentarlos. Las frases heroicas de los himnos, con ofrenda de vida, no dicen más que ella. — "Me sé sostener". "Nos mantendremos firmes en nuestras convicciones y derechos", dan una pálida idea de esas palabras, que son la lealtad absoluta y sin limitaciones al sentimiento o al ideal".

lo que el mundo espera, si destruímos nuestra vida para repetir lo que la historia dice.

Todavía no hemos podido precisar por completo nuestro código; pero lo llevamos en el corazón.

Se nos juzga inferiores; queremos ser distintos. Vamos hacia otra parte; traemos una misión; representamos el nuevo mundo moral que corresponde al nuevo mundo físico.

Definámonos. Avancemos un paso cada día hacia el mañana. Nada podemos perder; todo está por conquistar. En el trabajo, en el sentir, en el pensar: mostremos valientemente quiénes somos. Allí donde otros hombres ponen su duda, pongamos nuestra confianza. Borremos el castigo y escribamos redención. Demos la tierra a quienes la posean con su esfuerzo. Levantemos a la mujer, levantemos en ella nuestra propia existencia afeada y empobrecida por nosotros mismos. Lavémonos en nuestras aguas. Limpiémonos en nuestra luz. América trae al mundo el evangelio de la justicia y del amor en acción. Los enviados de Dios lo predicaron y los hombres no lo oyeron. Nosotros lo traemos en nuestro espíritu y vamos a cumplirlo. Arrasaremos las iniquidades. Sepultaremos los odios. Nuestra alma exhala amor como la naturaleza entera.

Mantengámonos firmes. Proclamemos ante el mundo los anhelos del hombre americano. No importa que nos crean grandes o chicos: lo esencial es ser fieles a nosotros mismos. No importa que se trate de lo colectivo o lo privado: cumplamos nuestro destino. Mostrémonos como somos.

Firmeza. Valentía. Conciencia plena de nuestros anhelos y derechos.

¡Ayerecó cua-á catú, americanos!

II

Todavía no se nos conoce; pero al cabo ha de saberse quiénes somos. El mundo no comprende nuestro destino; tampoco comprendemos que haya rodado hasta hoy por el inmenso espacio sin contagiarse de su pureza y de su serenidad. Para nosotros, la historia de la especie es algo más bien fantástico que real. Tantas crueldades; tantas ambiciones viles: y tan distinta cosa que es la dicha; tan breve la duración de la existencia.

¿Cómo pudo confundirse la ferocidad y la iniquidad, con la grandeza y la gloria?

¡No comprenderemos nunca que se condene inexorablemente al que mata a un semejante, y se considere honroso matar millones de hombres!

¡No comprenderemos nunca que se robe a los pueblos la dignidad que distingue al racional del bruto, con la superchería de que la moral y la grandeza de la patria son diferentes de la moral y la grandeza del hombre!

Comprendemos, en cambio, la conquista del vasto imperio de los Incas por un grupo de soldados; y aquella hospitalidad cordial y conmovedora del aborigen para los que se presentaban como amigos, y venían a exterminarlos. Aun al presente sigue América del Sur con sus fronteras abiertas para todos los que llegan en busca del tesoro de la felicidad. Y ahora también acogemos con los dones de nuestra simpatía, entre los buenos, los malos, que vienen a conspirar contra nuestra moral y nuestra paz.

Sin amor y sin justicia no hay felicidad posible. Tenemos nuestro camino, y no hemos de ser nos-

otros ni nuestros hijos rebaño que se lleva al matadero.

Nuestra vida es un avance hacia lo porvenir; no un regreso a lo pasado.

No nacemos para degradar más aún la humanidad con la soberbia y el odio.

No ambicionamos ninguno de los trofeos que se buscan con el despojo y el crimen.

Llenos estamos de la claridad de nuestro cielo; del vigor virginal de nuestros bosques; de la serenidad de nuestras pampas.

Erguidos los espíritus, como las altas cumbres de los Andes, contemplan los albores del nuevo día.

¿Qué queréis, hombres que venís desde los cuatro horizontes? Tomadlo todo; pero respetad nuestras ideas y sentimientos.

Ayerecó cua-á catú.

Buscad junto a nosotros la felicidad, sin robarnos la nuestra.

Pongámonos nuestro poncho de probidad y de alegría. Vuelvan los compañeros extraviados a la querencia americana. Arda el fogón criollo, y nos caliente y alumbre en este amanecer.

Sin amor y sin justicia no hay felicidad posible.

El Cristo ha de renacer en cada uno de nosotros.

III

No por cierto se equivocaron los españoles al suponer que estaba en estas tierras la fuente de las aguas que rejuvenecen y el tesoro que da la felicidad. Aquellos del primer tiempo se extraviaron; pero millones que vinieron después hubieron la alegría de encontrarlos. ¿Qué les daríamos a los que seguirán llegando de todas partes del mundo, si

convirtiéramos nuestra América en un remedo de las civilizaciones que abandonan?

Nos digan indios o niños, la verdad es que somos lo que somos, y no tenemos vergüenza de nuestra condición. Respetamos y amamos a los hombres con deseos y creencias que nosotros no entendemos; pero nada nos apartará de nuestro designio; nada nos hará desoir la Gran Voz que nos guía.

Compañeros en la jornada del dolor y del misterio: vivamos en nuestra ley.

Digamos, pues, "nuestro salitre de Chile", "nuestro café del Brasil", "nuestras minas de Bolivia". Digamos: "Este paisano nuestro nació en Perú"; "este otro en el Paraguay"; porque, en efecto, los bienes son comunes y no podemos sentirnos extranjeros dentro de la patria grande, América del Sur. Hay, además, quien posee otra patria mayor en el mundo; y otra, inmensa, en la vida espiritual. Bienes y patrias se conquistan, disfrutan y engrandecen únicamente por el trabajo y la cultura. Seres y objetos son poseídos igualmente por el conocimiento y el amor; nunca por la violencia y la crueldad.

Nosotros no entendemos la oposición entre los hombres de diferentes religiones. Sabe el Gran Dios por qué hay tantos caminos para llegar hasta él. Nosotros sólo sabemos que el nuestro es el de los hechos; pero no menospreciamos a los que van por los demás caminos; ni podemos explicarnos que haya quienes afirmen que el de ellos es el único, y que hayan pretendido demostrarlo con los más horrendos crímenes.

Tampoco cabe en nuestro corazón ni en nuestro entendimiento que un hombre o una patria se agranden envileciéndose; ni que se busque la pu-

rificación sin purificar a la mujer; ni que se hable del futuro como de algo diferente del niño.

Compañeros que dormiremos bajo la misma manta que Atahualpa: Dulcifiquemos la vida.

¡Nadie envenene la fuente de las aguas que rejuvenecen! ¡Nadie pretenda robarnos el tesoro que da la felicidad!

IV

Adelante, muchachos. Oid el clamor de los bosques, de las montañas y los ríos. Oid el clamor que vuelve de las razas que soportaron exterminio.

El nuevo mundo tiene alma, y esta alma va al porvenir jinete de los siglos, casi sin riendas y en pelo, en el galope tendido del gaucho por la pampa.

Salgamos de los bañados de las feroces locuras. Salgamos del infierno de los canibalismos.

América es amor; comprensión de la solidaridad humana; diminución de las miserias y crueldades.

Pronto entraremos en los campos floridos del cielo, donde no crecen la muerte ni la vejez. Dormido o despierto, galoparé junto a vosotros y llegaremos a las invernadas del espíritu, tapadas por el trébol de la alegría y los macachines de la juventud eterna.

Lindo el invierno cuando hay fogón de amor y de justicia.

Lindo el verano bajo la enramada de la dulzura y de la tolerancia.

Somos hombres; no fieras. Somos hombres; no pozos de riquezas, ni cuevas de instintos malos.

Sabe el Señor del cielo que queremos vivir en sus dominios y haremos su voluntad en nuestro mundo.

Que su misericordia nos ayude para cerrar el alma y las fronteras a las torpes ambiciones que minaron los imperios y engordaron la tierra hasta el presente con montones de hombres apilados en zanjas como abono. Para distinguir en lo moral el día de la noche. Para ser menos traidores que el jaguar; menos malos que sus humildes criaturas que suponemos desposeídas de razón.

Háganos hombres de veras, o truéquenos en pájaros, felices habitantes del paraíso que nos dió.

Cruja la piedad en nuestros pechos, y entrará en los hombres de todas las razas.

Brille la justicia en nuestro espíritu, y resplandecerá por todo el orbe.

No vaciléis ante lo desconocido. No hay nada más horrendo que los abismos y tinieblas que vamos dejando atrás. Abismos llenos de sangre. Tinieblas erizadas por los gemidos de las generaciones que pasaron. Todas murieron bajo las garras de la angustia.

Hay un Oriente, un Sol, un nuevo día para las almas.

Adelante, muchachos. Yo no sé si son los siglos sujetos a nuestro hado que relinchan, o son nuestros corazones. Pero vamos al galope al porvenir.

No tengáis miedo, ni cambiéis de rumbo.

Nada más lindo que morir llegando a la querencia.

POR LOS PRESOS

Por miseria cae el ser en la prisión; y la prisión agranda su miseria.

No hay en la tierra seres más necesitados que los que llenan las heladas celdas y los inmundos calabozos. ¿Y la limosna es de odio? Y a su brutalidad o su vicio, ¿se opone el vicio de la brutalidad?

Aflígese cualquiera de la prisión del deudo, porque no es posible concebir que rediman la obscuridad y el ocio. ¡Cuántos hermanos y hermanas, cuántos padres y madres, cuántos hijos, chicos aún, tenemos en las cárceles! ¿Y no nos ha de doler? Carne de nuestra carne ha de llenarlas mañana, ¿y no nos ha de apenar?

Los establecimientos carcelarios se hallan todavía regidos por las pasiones de seres vengativos y duros, enterrados bajo siglos de progreso.

La cárcel no se abre al delincuente como un asilo de regeneración, dulcificado por el razonamiento superior, que lleva a la comprensión del origen de las cosas.

La cárcel es el odio concentrado, la ferocidad reglamentada.

Fué la falta de amor que engendró el crimen, y la falta de amor hizo estas cárceles.

Ante tales cementerios de cuerpos y almas, tentada está la piedad de pronunciarse por la pena de muerte. Porque ella representa el asesinato de un golpe, y la reclusión en estas gusaneras es el asesinato a largo plazo, refinadamente inicuo, que hace morir con lentitud perversa, músculo por músculo, nervio por nervio, órgano por órgano, volición por volición.

Anden después por el mundo, o vayan al camposanto, muertos son cuantos quedan un tiempo en estas cárceles.

¿Quién negará que el hombre necesita del contacto con la naturaleza para purificarse?

¿Quién negará que el sol es el cauterio de nuestra podredumbre?

¿Quién negará que los sepulcros sin flores, los talleres nocivos, el aire sucio de vuestras prisiones, envenenan la sangre y el espíritu?

¿Quién negará que es horrendo crimen sepultar vivos a los hombres, las mujeres y los niños, como hoy son sepultados?

¿Quién negará que por la higiene, el trabajo y el amor, el malo tórnase bueno? ¿No es así como son buenos los hombres que están libres?

* * *

¡Llegue un rayo de sol, una sonrisa de amor, una palabra de misericordia a los hermanos irredentos, los de siniestro mirar, los que lagrimean de frío, los que deliran o sueñan, sepultados en vida, bajo la piedra y la sombra de vuestras míseras cárceles!

POR EL NIÑO

He aquí, Dios mío, que voy sintiendo caer todas mis hojas, y que se agrieta mi piel, y que mi tronco se inclina como para caer al primer vendaval que lo sacuda; y no brindé a los que llegan a la vida ni el dulce fruto que los conforte, ni la plácida sombra que les devuelva la perdida paz.

Ahonden más mis raíces en tu misericordia. Pon en mi savia el fuego de tu amor y hará un milagro en cada vieja rama. Haz que mi vida florezca, y que sus flores cubran la tierra entera para ellos.

Cada vez que pase un niño, dejaré caer una fruta. Cada vez que un niño llore... ¿Qué puede hacer un árbol para que un niño no llore?

Vuélveme un pájaro que cante dentro de su corazón. Cada vez que el niño ponga su cabecita en la almohada, le gorjearé mi ternura. Cada vez que mire al cielo, lo encantaré con mis vuelos. Cada vez que lo maltraten... ¿Qué hará un pobre pajarito para evitar que se maltrate al niño?

Vuélveme buque, santo Dios clemente. Me lo llevaré bien lejos. Donde no suenen las palabras ásperas; donde el indefenso mártir se libre de sus verdugos. Cada vez que se canse de correr lo me-

ceré sobre el mar. Cada vez que me interrogue sobre un sitio de la costa, lo llevaré a que lo vea. Cada vez que tenga miedo de la noche... ¿Qué puede hacer un buque cuando el niño tiene miedo y pregunta por su madre?...

Llega así mi vejez y no encontré todavía lo que Te pedí en mi mocedad. Yo sé que Tú me has oído; yo sé que Tú me lo has dado; pero mis ojos viejos no lo encuentran; mi boca entorpecida no sabe repetirlo... ¡Habla, habla Tú, Padre mío! ¡Dilo a todos los hombres!

¡AMÉRICA!

Salve, América, nuevo milagro de Dios para la redención del hombre.

Sobre la esfera terráquea, tus letras brillan como una constelación. Tus sílabas exhalan una rara armonía espiritual.

Extrañas fulguraciones se perciben en tus montañas. Misteriosos ecos se oyen en tus llanuras. Una mano invisible alisa aquí la frente del hombre dolorido...

¡Alma de América! ¡Manifiéstate francamente! ¡Llueva sobre los hombres tu justicia y tu amor!

* * *

Las multitudes llegan a ti, y se expanden como los vientos en la pampa; y piensan: hemos encontrado el paraíso. Y se deleitan con los perdidos bienes: sienten el ritmo del movimiento, la íntima dulzura de la armonía universal, la serenidad que rejuvenece, vibrante todavía en sus entrañas el himno de los seres y de las cosas al hombre que llega... ¡Salve, extranjero, que vienes desde lejos con tu hijo en los brazos! ¡Seca tus ojos, y entra! ¡América es el hogar de los desdichados!...

Y todo hombre se inclina confiadamente sobre esta tierra, cuyo vigor fecundo pasa a su corazón. Y todo hombre se hace bueno, y dice con nosotros: ¡Paz y amor!

* * *

Tu sol despierte las almas, tus aguas calmen su sed, tus vientos las saturen de libertad y de amor.

¡Siquiera en tus entrañas se nutra y crezca el germen de la paz! ¡Siquiera en tu corazón vibre el ensueño de la fraternidad!

PARÁBOLAS

PARABOLAS

LA CONGOJA

Aquel hombre quería ahondar en los dolores del mundo, para disminuirlos; aquilatar sus goces, para multiplicarlos. Atravesó los campos y las ciudades; oyó rugir las arenas del desierto y sollozar el océano; comprendió el gesto de la montaña y el silencio de la tierra.

Anduvo tanto, que sus piernas temblaban cada vez que se disponía a caminar más.

Y, ya blanca la cabeza, volvió a su patria, llegó a su pueblo y penetró en su casa.

Pero la gente supo su venida, y pidió a gritos lo que había aprendido para mejorar la vida.

Salió y la muchedumbre lo empujó hasta una altura. Allí todos lo veían, y de todos sería oído.

Las manitas crujían entre las manos nerviosas de las madres y los hombres dilataban el pecho, para no respirar seguido. En los árboles había racimos de muchachos. Las viejas, sobre la punta de sus pies, parecían mozas, y las mozas tenían aire de viejas.

Habló... ¿Qué voz era aquélla? ¿Qué idioma hablaba aquel hombre, que no era de ningún pueblo de la tierra?... Una voz rara, extraña, dolorosa; con sonido de piedra, de bronce y de cristal; que recordaba todo; pero que nadie entendía...

El hombre, entonces, dejó caer bruscamente la cabeza sobre el pecho, y sintió que toda aquella multitud, sin comprender una palabra, lloraba...

PADRE E HIJO

—Padre, como tú me dijiste, así lo hice. Compré primero el carro, un hermoso, sólido carro de cuatro ruedas, y la yunta de caballos, mansos, nuevos, perfectamente adiestrados; luego, compré las diversas provisiones, tu poncho de vicuña, todo lo demás, hasta llenar el carro. Y todavía me sobró la mitad del dinero.

—Compraste bien, hijo mío.

—Parto, pues, de regreso. Al salir del pueblo, paso delante de una miserable choza. Cinco hombres sacaban de allí un muerto. Me detengo. En medio de la pieza, veo una infeliz mujer con los brazos cruzados. Numerosas criaturas agrupábanse a su lado y se abrazaban a ella. Todos lloraban, menos la más chiquita, que me miró fijamente. Comprendí. Me puse de pie y desde lo alto del carro arrojé dentro el resto del dinero... La viuda se inclinó a recogerlo. Yo reanudé la marcha.

Por la barba del viejo cruzó furtivo un estremecimiento.

—Seguí, pues — contó el hijo. — Un pobre hombre que temblaba de frío, me tendió la mano. Le dí el poncho. Después encontré un grupo de

muchachitos descalzos... No pude menos que entregarles la caja de los dulces...

El viejo miró al suelo para dejar caer una lágrima.

—Al pasar por aquel lindo monte de álamos que hay a la derecha de los cerros, los pájaros piaron desesperadamente. Abrí la jaula. No lo pude resistir. Fuí dejando después, a lo largo del camino, las demás provisiones. El sillón. . lo dí a una pobre inválida. El perro... lo regalé a un ciego... Todo lo dí, padre mío, y finalmente, el carro, ya vacío, lo regalé a Juan, aquel Juan de la tapera, que me mostró sus hijos, su terrible lucha, su huerta tan bien cultivada, cuyos productos llevaba el infeliz a pie, marchando penosamente por el largo camino, con la pesada carga... A mitad de la noche... Veo que lloras, padre...

—¡Tu corazón es grande y generoso!

—¡Pero mi proceder!... ¡Perdóname, padre mío!

—Tu proceder es el de un rey, si alguno existe que merezca serlo. Mi llanto es de alegría, una alegría tan viva que no podrá atravesar mi corazón sin desgarrarlo... Apresúrome a dar gracias a Dios, porque tú, ¡oh dicha inmensa!, eres mi hijo.

EL SEÑOR

Inclinado sobre la tierra, el Señor vió que formábase un caminito de hormigas. Todos los días, a distintas horas, cruzaba el suelo este caminito de hormigas que iban y venían apresuradamente.

Unas, sin llevar ni traer; otras que sacaban cierta basura del hormiguero y procuraban aban-

donarla lejos, las más acarreando briznas del color de la esperanza y tenues hojas del color de la ilusión.

Se acercó más, y oyó que alguien clamaba:

—¡Ten compasión, Señor, de tus míseras criaturas! ¡Ya ves cómo van y vienen de tu casa, cómo repudian las inconveniencias del pecado, y con qué afán se llevan las diminutas muestras de tu misericordia!

Y el Señor, puesto en el camino, dijo:

—¿Adónde vais a buscarme?... Allá estoy yo, junto al lecho de tu madre. — Escucho llorar a tus niños, que aguardan el alimento. — Anda a alegrar a tu marido, descorazonado de luchar. — Me hallarás en el establo de tus bueyes, que sufren tu ingratitud. — Búscame cerca de tu caballo hambriento, que dejaste toda la noche atado a un palo. — Oigo a tu perro que ladra de sed hace horas.

A cada cosa que decía, señalaba a uno, hasta señalar a todos; y el aludido bajaba la cabeza.

—¿Adónde vais a buscarme — repitió, — si mi casa es la casa de vosotros?

Y, una por una, las hormiguitas se volvieron.

* * *

La iglesia quedó desierta.

El sacerdote esperó en vano mucho tiempo. Aburrido, se decidió a labrar la tierra.

"A ratos perdidos — pensó — me haré una huerta".

Y sintió, a los primeros azadazos, algo muy raro y lleno de dulzura; sintió que Dios estaba junto a él y lo animaba en la tarea.

UN NEGOCIO

—Voy a proponerte un negocio. Dejas tu hogar y te vienes conmigo.

—¿Y adónde me llevarás?

—A un campo de batalla. Yo te daré un fusil. Tú harás fuego, todo lo más que puedas, contra otros hombres. Tú no los conoces. Yo te los mostraré, desde muy lejos.

—¿Y ellos?

—Ellos también harán fuego sobre ti. Si matas muchos, mejor. Si te matan a ti, paciencia.

—¿Y si no me matan?

—Te vuelves a tu casa.

—Bueno. ¿Y qué me darás tú?

—Ya te lo he dicho. Te daré un fusil.

—¿Nada más?

—Sí, hombre. Me olvidaba. Te daré ropa, calzado y alimento, mientras dure la pelea; pero debo ser franco: todo este gasto tendrás que restituírmelo poco a poco.

—¿No es un negocio demasiado estúpido?

—Claro que no. Ya ves que millares de hombres lo aceptan complacidos. Esto se llama defender la patria.

—¿Y aquellos otros que me tirarán a mí?

—Aquellos lo han aceptado en las mismas condiciones. También defienden la patria.

—Ahora me parece más imbécil la cosa.

—¡Vamos, hombre, decídete! Si haces locuras mayores, si asesinas a muchos, si realizas lo increíble para que te deshagan, agregaré otra recompensa... Te daré una crucecita con una cinta para que te la cuelgues en el pecho.

—¡Ah, caramba! Ese es otro cantar... ¡Ya decía yo que cuando tantos aceptan!... ¡Venga el fusil!...

COMO EN LA TIERRA

En el extraño mundo al que llegaron, un hombrecillo se ofreció para guía de los excursionistas. Todo les mostraba y explicaba.

—¿Veis aquel hombre — les dijo — que azota con un látigo los árboles? — Es para que se enderecen.

¿Veis esta complicada maquinaria sepultada en lóbregos fosos? — Es porque no anda bien.

¿Veis aquellas palomas con los ojos vendados? — Es para que se orienten mejor.

—¡Oh, basta, basta! — dijeron los visitantes. — ¡Todo eso es demasiado absurdo para perder nuestro tiempo!...

—¡Señores! ¡Lastimáis nuestros afanes de progreso! ¡Os hemos imitado!

—¿Imitado, dices?... ¡Estás loco!

—¿No es esto, acaso — replicó el hombrecillo, — lo que hacéis con los niños para educarlos en la rectitud, con los hombres para alejarlos del delito, con las mujeres, para inducirlas a la castidad y al bien?... ¿Por qué os parece absurdo en nuestro mundo?

LA VENGANZA

Al regresar, un domingo, el viejo José a su casa, tuvo una dolorosa sorpresa. Sus frutales, sus bellas

plantas floridas, su diminuta huerta, todo aquello que era el fruto dorado de su vida solitaria, estaba como arrasado por el tropel de potros.

El viejo hundió los labios, arqueó las cejas y meneó la cabeza un largo rato, sin valor para andar más.

¿Quién lo hería así, en su pobreza y en su corazón?

Luego se miró las manos preguntándoles si tendrían fuerzas aún para rehacer lo perdido. Y, al apreciar más el daño, distinguió en el suelo un hacha. Era de Pedro, el vecino, el envidioso Pedro, que sufría ante aquel prodigio del trabajo y la paciencia.

* * *

Precisamente algunos días después debía Pedro pagarle la medianería de un muro. Y vino, y saludó sonriendo al viejo José, el cual retribuyó su amabilidad lo mejor que pudo. Mas, cuando sacó el dinero, el viejo lo detuvo:

—He pensado pedirle que no me pague esa suma. Solo he quedado en el mundo, poco me resta de vida y para mis necesidades puedo trabajar aún. Usted es joven, tiene muchos lindos hijos. ¡Concédame el favor que le suplico!

Insistió de tal manera, que Pedro, conturbado hasta dar traspiés, hubo de retirarse con el dinero.

Otros días pasaron, y una noche fría y lluviosa despertó al viejo un gran alboroto en casa del vecino. Se levantó e inquirió lo que ocurría. La espo-

sa moría, y el marido, desesperado, no se decidía a dejarla para ir al médico.

El viejo José, encorvado bajo la lluvia, fuese dando saltitos y trajo al médico, que salvó a la enferma.

—¡Ya es bastante, Dios mío! — exclamó Pedro, mirando la casa del vecino.

Faltaba aún la venganza más terrible.

Pedro recordaba bien que el día de la borrachera había olvidado el hacha en el jardín del vecino, y esto lo atormentaba hasta la locura. La buscó varias noches sin resultado. ¿Cómo evitar que el viejo la descubriera? ¿Cómo era posible que no la hubiese visto todavía?

Y he aquí que entre unas matas de su propio jardín encontró Pedro el hacha, como caída al acaso, con hojas y tierra encima... Al inclinarse, distinguió las huellas apenas perceptibles de los pies de un hombre, que iban hasta el muro lindero, precisamente al sitio donde era más fácil el acceso... Sin poderse contener, salió a la calle y penetró en la casa del vecino. Entró derechamente hasta el fondo, con la cabeza baja, sin decir una palabra.

—¡Hola, amigo, buen día! — dijo alegremente el viejecito, apoyándose en su escardillo para observarlo con sus ojitos seniles.

Pedro, entonces, se acercó sumisamente. Quiso hablar y no pudo; sintió grandes deseos de ser chico y llorar; y cayendo de pronto sobre los pies desnudos del anciano, los apretó con sus manos y los besó hasta mojarlos con sus lágrimas.

Luego, siempre en silencio, Pedro se puso a ayudar al viejecito en su tarea.

LAS SÚPLICAS

—Nosotros querríamos algo que nos permitiera extraer de la tierra el fruto que deseáramos; vivir sobre el suelo tan abrigados como en una caverna; poder desafiar el frío sin helarnos y el fuego del verano sin que la piel se nos tostara...

Y el Señor les dió el trabajo.

Volvieron otra vez a su presencia y dijeron:

—Todo cuanto nos has dado vale mucho; pero a veces sufrimos enfermedades, y tú, ¡oh, Señor!, que todo lo sabes, enséñanos algo que cure nuestras úlceras, que enriquezca la sangre empobrecida, que esté lo mismo al alcance del sabio que del ignorante, del opulento y el mendigo, y que no se acabe nunca.

—Mucho pedís — dijo el Señor sonriendo; — pero quien tanto pide acaso sufre mucho. — Y, levantando su mano, les mostró el Sol.

Volvieron por tercera vez y suplicaron:

—Te estamos, ¡oh, Padre!, gratos; mas, ya que todo lo puedes, danos algo que nos permita comunicarnos la emoción; que multiplique y prolongue cada vida con las vibraciones de las otras vidas; así podrá un mismo ser vivir siglos en segundos e inmenso número de vidas en una sola existencia.

El Señor sonrió de nuevo. Aquellas almas encarceladas tentaban el cerrojo de su prisión, y presentían el misterio de la eternidad...

Fué entonces que les dió el arte.

LA CARIDAD

Una gran señora quería practicar la caridad en forma amplia y eficiente. Después de reflexionarlo

algunos días, resolvió aconsejarse de un hombre renombrado por su buen corazón.

Oyó el hombre, encantado, los propósitos de su visitante. Sin embargo, hizo notar que el consejo no debe pedirse cuando se reserva la decisión; por lo cual, él se limitaría a dar su parecer. Y se expresó así:

—La primera caridad de una mujer es ser mujer; por ejemplo, amamantar a su hijo; mas, ¿a qué mencionar hecho tan evidente? Seres bien necesitados de piedad son los que trabajan en las minas: suprimamos el uso de las piedras preciosas y haremos una gran obra de caridad. En las telas y los adornos de lujo, lo que se paga y se luce es la vida de otros seres, transformada en cosa inerte; no los forcemos a esto, y haremos otra gran obra de caridad. Las plumas y las pieles representan dolor humano y actos de crueldad: he aquí excelentes motivos para ejercitar la caridad...

—Os he pedido — exclamó la señora — una opinión para emplear mi dinero en obras de bien; y no que me aconsejéis sobre mi vida.

—Yo creí, señora — repuso el hombre de buen corazón, — que se trataba de vos, de vuestra caridad, de vuestro amor a los que sufren; pero advierto que la duda consiste en lo que ha de hacer vuestro dinero. En tal caso, aconsejaos de un hombre de negocios.

La gran señora prometió reflexionarlo nuevamente.

Esto es lo que hace ahora.

EL LADRÓN

—¿Adónde van? — gritó el rico propietario a sus peones, que pasaban corriendo en actitud hostil.

—¡Un ladrón! — exclamaron, señalando hacia el monte.

—¡Déjenlo! — ordenó. — Yo poseo ese bosque inmenso, y él no tendrá siquiera un arbolito. Acaso le falta leña para cocer su alimento.

* * *

Algunos días después, un miserable llamaba a la puerta de la opulenta mansión, a tiempo que salía el propietario.

—Señor — tartamudeó el infeliz, — he sabido que tenéis al niño enfermo. He cortado una rama de vuestro bosque y le he hecho este buquecito, para que juegue con él.

—Yo también te haré un regalo — dijo emocionado el rico. — Mi hijo clamaba por un juguete, y la ciudad está muy lejos.

—Nada preciso, señor. Vivo solo, y fué para mí una distracción. Lo hice porque amo a los niños...

Y el miserable se alejó, mientras temblaba el juguete, como un buque de verdad, en las manos del rico propietario.

EL PESCADOR

—Yo — dice el pescador — soy un filósofo, mas sin la vanidad de la filosofía. El filósofo se está sobre el abismo de la duda; yo, firme en la barran-

ca, pongo mi caña sobre el arroyo y pienso. La miserable traición al pez hambriento no me retendría aquí.

Sin amor y sin gloria, las ondas pasan ante mis ojos como páginas del gran libro de la vida... Mato al pez como a una mosca que se posa sobre el libro que yo leo.

Ved la masa de agua viva. ¡Cómo corre sin cesar! ¿Sabéis por qué se apresura? ¿Por qué gime noche y día?... ¡Miradla cómo se inquieta por llegar ligero al mar, tal como las multitudes ruedan al mar del olvido!

¡Cuán bien me siento, inmóvil, sin ansiedades y en silencio!

Allá, en lo hondo, está la blanca arena purificada por el incesante trabajo de la corriente; en lo hondo de nuestra vida está el espíritu, purificándose por el dolor.

¡Me hallo tan bien en este sólido asiento!

El misterio reside en todo y es como ese pez que pasa... ¿Era un pez, en verdad, o un efecto de la luz y de las aguas?...

* * *

De pronto, el pescador se inclina, cae y el arroyo se lo lleva.

LA CAJA DE LOS INSECTOS

Un hombre encerró diversos insectos en una caja y observó lo que hacían.

Primero se preocuparon de conocer el recinto y cerciorarse de la existencia de alimentos. Luego pretendieron inútilmente evadirse.

En la parte superior, había un agujero cubierto por un cristal. Los insectos permanecían allí todo el tiempo que les dejaban las exigencias de la vida. Palpaban el cristal con gran atención, miraban hacia fuera, ora absortos, ora comunicativos.

El hombre colocó una flor sobre el cristal, y los insectos, en pos de larga deliberación, se convencieron de que el mundo era el tronco de una planta, de cuya savia se nutrían. Su destino consistía en contemplar aquella flor.

Echó sobre el cristal un montoncito de arena. Nuevas observaciones y controversias.

Se decidió que el universo era de piedra. Ellos vivían en la concavidad de una roca. Su actividad producía aquellas minúsculas y geométricas figuras blancas que resplandecían al sol, seguramente prontas a emprender el vuelo hacia el azul de allá arriba.

Quitó el hombre la arena, y puso sobre el cristal una teleraña, su reloj, un lápiz, una aguja... Los insectos aceptaban o rechazaban sucesivamente otras tantas teorías, explicativas de su ser, de su misión y de su destino.

Los insectos, desde aquel agujero, pretendían averiguarlo y explicarlo todo.

El caso pareció al hombre interesante. Al alejarse puso este cartel: ¡Cuidado! No se abra esta caja. Tóquese con precaución. ¡Aquí habitan los filósofos!

EL PERDÓN

Cuando supo su traición, se prometió matarla. Pero pensó:—Supongamos que ha muerto... Han pasado dos años... ¿Qué me alentará a vivir?

Decidió entonces matarse. Pero recapacitó: — Han pasado dos años... ¿Qué quedó de mí en el mundo, sino una pobre extraviada?

Resolvió abandonarla para siempre... Pero reflexionó. — Han pasado dos años... ¿Cómo la podré olvidar en el camino de la pena?...

* * *

Jorge sonrió dulcemente, y se sintió crecer al sonreir.

La esposa, desde otra pieza, lo observaba, resuelta a la porfía. Mas, cuando leyó en sus ojos el perdón, rompió en sollozos y cayó de rodillas, con las manos en alto.

* * *

Han pasado dos años, y aquel gigante y valiente corazón trabaja todavía en consolar al otro corazón arrepentido.

LA BUSCA

Un joven y una joven que se amaban habíanse dado cita. Otra joven, envidiosa de la dicha ajena, se aproximó, con maliciosa sorpresa, a la enamorada y no se separó de ella en toda la tarde, privándola de la alegría largo tiempo esperada.

Un anciano lo observó todo; meditó amargamente en los inútiles dolores de la vida, y cuando tuvo la oportunidad de hablarle a la joven cruel, le dijo:

—Adondequiera que vayas, tus ojos verán a un ser que busca a otro. Toda la vida está en dos que se buscan. Mismo los que se han encontrado, se bus-

can todavía, para mejor reconocerse, para identificarse más aún.

El pájaro que canta en la copa del árbol, el pez que flecha las aguas, el potro que relincha en el desierto inquieren al misterio noticias de "otro ser". Sienten como que se lo han robado, y si su pena se oyera, la naturaleza entera lloraría de piedad.

Dios no hizo nada "uno". Dios hizo todo dos. Excepto El, todo es dos. Hasta el sol marcha en busca de una estrella.

¿Se encontrarán?

¡Desea en tu corazón que así suceda!

LA INTENCIÓN

—No estaré aquí ni un día: ¡ya veréis! Apelaré de esta sentencia ante el Gran Juez.

Y el condenado fué, en efecto, llevado a su presencia.

—Sólo por error puedo haber sido arrojado en el infierno — dijo. — Tuve grandes tesoros, que hube, es verdad, quitando algo a todos; pero luego, al salir del mundo, los devolví a los desgraciados. Mi fin fué bueno. Mi fábrica produjo cosas útiles. Y he aquí que, por error, he entrado en el infierno; y el que llegó conmigo, que se pasó la vida regalando drogas venenosas, encuentra recompensa... ¿Es ésta la justicia?

—Esta es l justicia — dijo el Gran Juez. — Tú diste, al salir del mundo, lo que creías que era bueno; mas él siempre lo dió. Tú buscaste tu bien: él buscó el de los demás. Del error de cada uno no te toca a ti juzgar. Anda, y cumple tu condena.

LA ASTUCIA

La mujer ha resuelto comprarse cierto traje; pero conoce la avaricia del marido. Lo besa, le sonríe y le cuenta que ha visto un gran vestido.

El marido. — ¿Cuánto piden?

La mujer. — Trescientos pesos.

El marido. — ¡Sería una estupidez!...

La mujer. — ¿Verdad que sí? Es lo que pienso...

* * *

La mujer le nota una brizna sobre la mejilla, se la quita con el terciopelo de sus dedos, y dice:

—Vi a la modista, por el vestido aquel...

El marido. — Es caro. ¿Por qué no rebaja?

La mujer. — Tienes razón. Se lo diré. Me sienta divinamente; pero... es caro...

* * *

Al entrar en su casa, el marido se alarma. ¿Qué tiene su mujer? Ha llorado, sin duda.

—¡Nada! — dice ella, con un apasionado movimiento de hombros. — Me afligía tu tardanza. ¿Ves?... Ya estoy contenta.

Y apenas ha tenido tiempo para abrazarlo, mostrarle sus lindos dientes y alisarle el bigote, cuando exclama:

—¡Ah! Lo olvidaba... la modista no rebaja... ¿Qué dices tú?

—Bueno, querida... ¡Cómpralo!

LAS RIQUEZAS

En el macizo de una montaña y oculta por breñales, había una concavidad en la roca viva, cubierta por una piedra que parecía integrar la misma roca.

Un día llegó un hombre; levantó la piedra y vertió su carga en aquel cofre invisible. Después vino otro hombre, e hizo lo mismo. Otros hombres llegaron sucesivamente, hasta ser tantos que para contarlos se necesitarían todas las hojas de los árboles; siempre uno por vez, encorvado y fatigado, receloso de ser visto; el cual, después de aliviado de su carga, suspiraba y se retiraba profundamente satisfecho de su obra.

Hasta que uno de ellos, al tapar nuevamente la concavidad, distinguió horrorizado a un viejecito oculto en una grieta de la montaña, que lo miraba y sonreía.

—¿Qué haces ahí? — gritó.

—Nada — dijo el viejecito, que era el Tiempo;— mas te prevengo que ese cofre es mío.

—¿Y qué?

—Que el fondo también se mueve con el menor movimiento que yo hago, y lo que os veo guardar ahí, hace millares de años, se escurre hasta las entrañas de la tierra. ¿Qué es lo que echas?

—¡Oro! ¡Bien que lo sabes! ¡Brillante oro por el que di mi vida!

—Pues vuelve al sitio de donde salió... ¿Por qué amenazas así?

—¡Porque eres un gran bribón! — vociferó el hombrecillo.

El anciano, con un leve movimiento de los párpados, lo redujo a polvo, y reanudó la contemplación de los que llegaban con su carga de oro...

LA CABRA

¿Cómo, entre tantas y tan apacibles ovejitas, estaba aquella cabra inquieta, de ojos malignos y grandes manchas negras?

Ellas amaban el sosiego y la armonía; la cabra sólo vivía para los celos y las rencillas, siempre con sus cuernos en alto, como símbolos de la soberbia y el capricho.

La cabra era muy viva, y de continuo se jactaba de ello. Las ovejitas también eran inteligentes; pero de otra manera.

Una mañana se sintió en el redil gran alboroto: la señora cabra tenía un hijo. Las ovejitas los tenían en abundancia y los criaban dulcemente, en silencio y sin vanagloriarse.

—Bueno — pensaron las ovejitas; — ahora será juiciosa.

Pero se equivocaron. Al poco rato andaba la cabra de un lado para otro, arrastrando sus ubres llenas de leche, en busca de quien le amamantara el cabritillo. Y pronto reanudó su vida de antes. Era una madre cruel, estúpida y violenta, que, aun al recibir las caricias del hijo, miraba allá a lo lejos, a las sierras, siempre deseosa de irse a corretear, a triscar hierbas raras, a lucir su habilidad para los saltos y piruetas.

El cabritillo, cada día más flaco y feo, es el terror del redil por sus perversidades increíbles;

mientras la cabra, siempre en sus rencillas, pasea los ojos malignos y los cuernos en alto.

¡Así entró la desgracia en el redil de las lindas ovejitas!

EL SABIO

Tenía fama de sabio, y a cuantos extranjeros llegaban a la comarca les ponderaban sus profundos conocimientos de la vida y de la naturaleza.

Un día vino un anciano cuyo renombre eclipsaba todas las glorias, y solicitó ser conducido a la presencia del sabio.

—He oído — díjole — que tus paisanos te admiran por tu saber, y he querido aprender algo de ti. ¿Me permitirás que te pregunte cómo juzgas esta vida?

—¡Oh, anciano, mucho me pides, cuando ni de mí mismo puedo ser juez.

—Acaso fuí muy lejos. Dime tan solamente qué es la luz que nos alumbra.

—Sé aquello que tú has dicho: que es luz y que nos alumbra.

—Bien. Elige tú el asunto. Dime la causa de alguna cosa, la última finalidad de un acto, la postrera consecuencia de una acción. Habla, que yo te escucharé gustoso.

—Grandemente me honras, ilustre anciano, al olvidar mi triste condición. ¡Recuerda que hablas con un ser humano!

—¿Y quizás, por ser hombre, no has comprendido el espacio, ni la eternidad, ni el universo, ni siquiera tu alma y el objeto de tu vida?...

—Nada de esto he comprendido.

—¿Eres feliz?

—Ignoro aún qué entiendes por felicidad.
—¿Cómo me probarías la existencia de Dios?
—Y tú, ¿cómo me probarías su no existencia?
—No obstante, al Sol, yo lo veo, todos lo ven...
—¿Lo verías si fueras ciego, o desde el fondo de una mina?
—Tu decantada sabiduría, ¿se reduce, pues, a esto?
—Así es.

* * *

El anciano, cuyo renombre eclipsaba todas las glorias, se inclinó respetuosamente y murmuró:
—En verdad que eres sabio, ¡y grande como pocos!

LA CASA CERRADA

En aquel triste camino, a través de la sierra desolada, sólo existía una vivienda humana.

Cuando, en las tardes ardientes del verano, algún viajero llegaba y decía: — ¿Es capaz el que aquí vive de la caridad de un poco de agua? — nadie le respondía, y el sediento reanudaba la marcha maldiciendo al huraño morador. En las noches obscuras, en las que ni una estrella miraba al planeta, si algún transeunte extraviado, venciendo sus escrúpulos, se aproximaba a la casa y prorrumpía: — ¿No hay aquí un cristiano que, por temor de Dios siquiera, se conduela de un prójimo y le hospede hasta el alba? — solamente le contestaban los gruñidos del viento, más ásperos aún en "La casa cerrada" que en las aristas de la cordillera. Y si un viajero opulento decía: — ¿Cuánto dinero es preciso para ablandar el corazón del

que aquí vive? — ni gonce ni voz humana, ni siquiera el gruñido del viento le respondían.

Y así pasaban los años; sin que ironías, promesas ni amenazas franquearan aquel umbral. Y los viajeros odiaban cada vez más la casa y su morador.

Vino por fin un bandido cuyos crímenes aterrorizaban la comarca, y acercándose a la casa, sin apearse del caballo, dijo con amor:

—Nada he de darte, hermano; nada puedo aducir en apoyo de mi súplica, y ningún daño he de hacerte: tengo hambre, tengo sueño y me persiguen; arrójame alguna cosa, dame una limosna de agua, tú, que no me conoces...

Y, al callar el bandido, la puerta siempre cerrada abrióse de par en par.

LA VERGÜENZA

El apesadumbrado marido le confesó a un amigo:

—Mi mujer, que antes me quiso hasta el delirio, mira a otro hombre con amor, y esto me llena de vergüenza.

—¡Bah! — contestóle el amigo. — La culpa de tu mujer no puede caer sobre ti.

El marido no se dió por satisfecho y repitió a otro amigo la causa de su amargura.

—Alabo tu perspicacia — díjole éste — que te permite evitar el deshonor. ¡Abandónala, puesto que aun estás a tiempo! ¡Quédate solo y con tu dignidad!

Pero tampoco esta vez quedó el marido libre de su carga, y a un tercer amigo le confió su secreto. El cual, después de oirlo, permaneció callado.

—¿Nada me dices? — exclamó el afligido. — ¡Pésame haberte molestado!

—Pienso — repúsole — que hablas con gran verdad. Aquel hombre que adoraba a tu mujer cuando erais novios es el que ella ama todavía y amará siempre; pero ese hombre ya no eres tú... ¡Avergüénzate! ¿Por qué mira a otro hombre con amor?... ¡Avergüénzate! ¿Por qué has trocado su ternura en repulsión?... ¡Avergüénzate!... Tu mujer es la misma, y su alma estará de novia mientras viva; pero tú no has sabido retener el más grande tesoro de la tierra; tú has estrujado, con tus groseras manos, la más pura y más fragante de las flores: el amor de una mujer. ¡Tienes sobrada razón para afligirte! ¡Esto es una gran vergüenza para ti!

El marido se sintió libre de su carga; abrazó al amigo fiel, y, al llegar a su casa, gritó desde la puerta:

—¡Novia mía! ¡Esposa mía! ¡Mira qué lindas rosas te traigo! ¡He venido corriendo para besarte más pronto!...

LOS HÉROES

Volvía el trabajador, a través del vasto campo, de su penosa jornada, y con la misma mano sostenía su azadón apoyado en el hombro y una pequeña bolsa con monedas de cobre. Allá, a lo lejos, delante de su choza, el viejo árbol familiar movía las ramas llamándolo.

Un caballero le salió al paso, lo saludó cortésmente y le dijo:

—Has cobrado... Recuerda que soy el que defiende tus intereses.

El labrador sacó algunas monedas y se las entregó.

Poco trecho había andado, cuando un bizarro militar se detuvo ante él, se apeó y le dijo:

—Yo soy el que está pronto en todo tiempo para defenderte de los que te atacaren.

El trabajador le dió otra parte del dinero.

Meditaba en lo que le restaría de su salario, cuando vió venir hacia él un coche, del que bajó un señor.

—Amigo — díjole, — no te olvides de mí. Yo soy el que te defiende de la muerte.

El trabajador pagóle lo que le reclamaba.

—Vaya — exclamó apresurando el paso; — supongo que no me detendrán más.

Pero el sacerdote, con aire distraído, se adelantaba por el mismo camino.

—¡Bravo, buen hombre! — díjole. — ¡Grato es recibir el fruto del esfuerzo! No sería justo, no obstante, que olvidaras a Dios. Dame tu parte para las obras de su templo...

El trabajador abrió su bolsa, la tanteó angustiado, y dió al sacerdote su óbolo.

Entonces, al reanudar la marcha, lleno de desilusión, dirigió los ojos al cielo, y cuando puso otra vez la vista en el camino, tenía ante él otro hombre.

—Venga para mí lo que queda — exclamó, — sin que sea necesario emplear la fuerza. Soy quien vela por tu seguridad, quien vigila la equitativa distribución de las riquezas, quien estudia el pasado, el presente y el porvenir, para aumentar tu bienestar.

El trabajador dejó caer la azada, cruzóse de brazos y se quedó mirándolo. Era el político.

Consintió al fin aquel hombre en dejarle lo estrictamente necesario para que él y su familia no padecieran hambre.

Al quedar solo, una gran laxitud dominó al trabajador, y desplomóse en el suelo.

—¡Lindo farsante! — gritó alguien a su espalda. — ¡Creíste, de fijo, que de tal manera escaparías a mi justa exigencia! La vida es cosa seria y no un teatro. El suelo donde ahora caminan tus hijos, el aire mismo que respiran, son de mi propiedad. Págame o no tendréis dónde echaros a dormir...

El trabajador puso la bolsa en la mano del propietario. Este se la devolvió, dejando en ella lo que a su vez consideró que le bastaba. El trabajador recomenzó pesadamente la marcha. Buscaba con su mirar cansino la humilde choza y el árbol familiar que lo llamaba; mas ya nada distinguía; todo era una sombra densa en la cual no brillaba ni una luz.

Llegó, al fin, a su choza. Entregó a su compañera lo que restaba del dinero y tocando una a una con la tosca mano las hirsutas cabezas de sus hijos, llegó ante la cuna del más chiquito que dormía, lo contempló un momento, y, serenado de pronto su semblante, se inclinó y lo besó.

—Demos gracias a Dios — dijo al sentarse a la mesa. — El patrón me ha hablado hoy... Me ha declarado que está contento de mí y que por este año no me faltará trabajo. — Y endulzó con su sonrisa el negro pan que cortaba.

Sonrió más dulcemente aún su mujer, rugosa y requemada como el pan, y dijo:

—No te preocupes, querido. Yo también, llegado el caso, podría trabajar en algo...

EL REPARTO

Un hombre alcanzó la suma del poder de su nación, y apesadumbrado de las miserias y desigualdades que veía, cifró su felicidad en lograr la felicidad de todos sus súbditos.

Mandó, pues, que los habitantes le entregaran sus tierras y sus animales, su dinero y sus joyas, y todo objeto de valor. Sus agentes no dejaron choza, ni armario, ni rincón sin revisar. En las praderas del emperador reuniéronse los animales domésticos; en inmensos depósitos fiscales almacenóse cuantos objetos se pudo transportar; en el banco del estado se guardaron los títulos de propiedad y las alhajas, y fueron amontonadas en grandes pilas las monedas de oro, de plata y de cobre.

Terminada esta magna tarea, el emperador convocó al pueblo para el reparto de los bienes, que fué tan escrupulosamente realizado como la humana inteligencia lo podía concebir. Hasta los centímetros de género fueron apreciados; hasta el color de las aves de corral se tuvo en cuenta. La gran mayoría del pueblo pasó súbitamente de la pobreza al bienestar, y cuando las legiones de pobladores se retiraban hacia todos los rumbos con su botín, de trecho en trecho se detenían para aclamar a su emperador.

Al día siguiente, una ingrata noticia corrió por todas partes.

El emperador, creyendo quizás terminada su misión, había abdicado, partiendo para lejano país, donde pensaba vivir con su porción del reparto, exactamente igual a la de cada uno de sus súbditos.

* *

Pasaron años, ocurrieron en el imperio grandes cambios, volvieron las desmedidas desigualdades y aflicciones, y de continuo se hacían solemnes ruegos por la vuelta del emperador; pero de él no se tenía noticia. Hasta que un día entró en la capital un pobre viejo encorvado.

Llenáronse las plazas y las calles de hirviente multitud que aullaba de ansiedad. El viejo emperador sentóse nuevamente en su alto trono y habló de esta manera:

—Ya no vengo, hijos míos, como vuestro emperador; vengo aquí como un juez. Quiso el destino que sobreviviese a mi obra. Como nunca fuí cobarde, aquí estoy para juzgarla. No sé cuántos latidos quédanle a mi corazón, que os amó tanto, mas todos ellos golpearán, os lo aseguro, en mí mismo... Os repartí las cosas, y os creísteis iguales y felices. Me retiré seguro de haberos hecho un gran bien, seguro de no llevarme yo tampoco de más sobre mi parte... Pero, ¿es cierto que repartí con equidad?...

Un mar de gritos que se levantó de la muchedumbre, estremeciéndolo todo, ahogó la voz del augusto emperador. Hasta los que, desde su remoto sitio, nada podían ver ni oír, exclamaban:

—¡Todo lo distribuyó con equidad!

—No, hijos míos — suspiró el emperador cuando volvió el silencio. — Yo mismo, al irme, me llevé de más en inteligencia, en paz, en voluntad, en sobriedad, en amor... Los verdaderos bienes no fueron repartidos. Solamente aquello que es y no es, lo que parece que vale y nada vale, lo que una vez amontonado se desparrama, lo que los ojos de la cara perciben y los ojos del alma no lo ven...

¡esto, hijos míos, es lo que os dí por igual! Sin mí, todo iba mejor. Turbé la ley de la vida, que da la compensación a cada esfuerzo, que empuja al indolente, que lima con el dolor las asperezas, que restablece la definitiva justicia, a través de aparentes contradicciones... Y ahora estoy otra vez, desolado de angustia, entre ricos y pobres, amos y esclavos, sinceros y traidores, laboriosos y haraganes, ingeniosos y torpes, sangradores y desangrados... Ved, pues, cuán mal hicisteis al buscar la igualdad con la horrenda desigualdad de concentrar en mi mano el poder de cada uno de vosotros; al despojaros de vuestra voluntad para convertirme en providencia. Ved que ni he sido justo, ni sabio; ved cuán nefanda confusión puse en la vida... — y, juntando las manos cual si rezara, clamó con voz que sonaba como un bosque desgajado: — ¡Ahora recién doy comienzo al reparto duradero! ¡Cada cual debe ser rey de sí mismo! La balanza es la conciencia de cada cual. Lo que debéis pesar es vuestra alma con la mejor del imperio... ¡Purificadla hasta que el peso sea igualado!

Y con una mano el viejo emperador pedía perdón, y con la otra secábase las lágrimas que brotaban unas tras otras de sus ojos consumidos por la pena.

¿POR QUÉ?

—¡Señor! — exclamó Juan. — Cavé la tierra, la limpié de hierbas, la desmenucé prolijamente, la sembré bien. Hiciste germinar todas las semillas; todos los tallos, bajo tu mirada, florecieron. La cosecha iba a ser óptima... Y en una noche has des-

truído mi trabajo, mi premio y mi porvenir. ¿Por qué?... ¡Yo busco tu justicia, y no la encuentro!

* * *

Juan movió la cabeza y siguió hachando el grueso tronco de un árbol. A cada golpe lo negaba todo, con la voluntad en rebeldía.

Con el árbol caía un nido de horneros, los que piaban desesperadamente ante la fatalidad que los amenazaba.

¡Cuánto habían trabajado para batir el barro, transportarlo y edificar aquellas recias paredes, aquella perfecta bóveda, aquellas dos habitaciones confortables y sólidas!

De pronto, las siniestras sacudidas, el gran árbol vacilante..., el hogar destruído... ¿Por qué?

* * *

Juan, como Dios, tenía quien buscara su justicia. Tampoco él podía explicarla a quienes ella alcanzaba.

* * *

Cayó el gigante gimiendo su dolor. Juan no supo jamás que destrozaba una vida de trabajo, una lección de armonía, un maestro de la serenidad, una gran copa que recoge del cielo la pureza para brindarla a los hombres.

* * *

Y al calor del gran árbol que se trocaba en cenizas, seguía Juan preguntando:

—¿Por qué?... ¿Por qué, Señor, destruíste mi trabajo?... ¿Dónde está tu justicia?

ALICHARÁN

La clientela era tan pobre, que únicamente Alicharán habría aceptado asistirla.

En su primera visita de aquella mañana, al disponerse a indicar el tratamiento, vió que la esposa del enfermo le hacía una seña.

—Doctor — le dijo en voz baja, — estamos sin dinero; ¿qué le ordenará usted al enfermo? Sólo tengo aceite. Es bueno.

—Señora — le repuso Alicharán, — eso es lo que conviene.

Y le explicó la manera de aplicarlo.

En la segunda casa, los parientes le dijeron:

—Nada tenemos. ¿Quizá servirá la sal?

—Con ella curaremos al enfermo — repuso el médico.

Fué a la tercera casa, y tenían azufre. Otros enfermos ni siquiera poseían tales substancias, y había que recurrir a la tierra, al agua, a la ceniza, a las hojas de los arbolillos inmediatos...

Y así, todos los días.

Pero Alicharán curaba y su fama crecía.

¡Era un médico sabio Alicharán!

* * *

Ocurrió luego que se radicó en un pueblo rico, y los clientes le decían:

—Usted ordene, doctor, que nada falta. Disponga cuanto juzgue necesario.

Mas los clientes no estaban nunca sanos; dejaban una enfermedad para adquirir otra; morían en crecida proporción.

* * *

Así, pues, Alicharán, siendo ya viejo, volvió a su clientela pobre, necesitado de justificar su vida y de recobrar la estima de la gente.

Pero sus antiguos clientes le reprochaban:

—Para nosotros, cómo animales, todo sirve; para los de allá, las preciosas medicinas... ¡Mal hombre, no te precisamos más!

Y comprendió Alicharán que había llegado su hora.

Y no se supo más de él, ni de su ciencia.

LA ESCALERA

Un carpintero se puso a construir una escalera para llegar al cielo.

El pensaba que haciéndola muy alta, "pero muy alta", como dicen los niños, llegaría.

—Mi vida — reflexionaba — se volverá toda ella escalera. Convertiré sus días en peldaños. Ascenderá todas las horas.

—Veremos si se puede — repetía. Y seguía apilando tramos y más tramos. Cuando fuese el tiempo de subir, armaría y subiría.

Pero vino un desdichado y le pidió un pedazo de su obra. Se rascó la cabeza, y se lo dió. Vino otro, y le explicó que, permitiéndole usar unos peldaños, trabajaría y alimentaría sus hijos. Vinieron muchos más. Era notorio que el carpintero poseía escalera para todos. Los necesitados recurrían

uno tras otro a él. El invierno era duro; el carpintero tampoco se rehusó a dar peldaños para leña.

Y decía:

—No comprendo, mujer; ahora soy yo el que no comprende. Mi escalera es cada vez más chica, y..., sin embargo..., ¡subo al cielo por ella!

LAS AUDIENCIAS DEL GRAN REY

Para llegar a la sala del Gran Rey es necesario pasar por siete estancias, separadas por siete escaleras.

En la primera estancia, el visitante se complace en juegos y diversiones placenteras.

En la segunda, una hermosa mujer lo invita al grato reposo.

En la tercera, la lisonja en sus mil formas se enrosca en el que viene y lo aprisiona definitivamente, si su voluntad no es poderosa.

En la cuarta, están los apetitosos manjares, los ricos licores; atracciones triviales en apariencia. No obstante, muchos se quedan aquí.

En la quinta, cautivan y detienen las riquezas con todo su esplendor, los magníficos tesoros de toda especie.

Quien entra en la sexta estancia alcanza la fama, la celebridad, la gloria; goza de todos los bienes obtenidos... ¿Quién pide más?... Son tan raros, que a veces transcurren siglos sin que un solo visitante suba la última escalera, la más larga y empinada.

Es la que conduce a la séptima estancia. El que entra lee en su dintel: "¡Detente! Si retrocedes reconquistarás cuanto viste y deseabas, cuanto

alcanzaste y dejas a tu espalda. Si das un solo paso hacia adelante la puerta se cerrará para siempre para ti; el mundo aquel que dejas a lo largo de la vida se desvanecerá para siempre para ti".

* * *

Raro es el ser humano que llega a la presencia del Gran Rey; pero al que llega lo recibe con los brazos abiertos y lo besa en la frente y en los ojos.

LOS TRABAJOS

El barro dice:

—Todos estos hombres trabajan para mí. Me amasan para hermosearme. La verdad es que tal como soy valgo bien poco. Me convertirán en bonitos cacharros de alfarería.

Los cacharros negros:

—Ved cómo trabajan para nosotros los que caldean el horno donde habrán de cocernos para darnos dureza y ese lindo color con que nos pinta el fuego.

Los cacharros rojos:

—Ese carro está a nuestro servicio. Viene a buscarnos para conducirnos a la ciudad. Humildes como somos, merecemos el gran honor de que carrero y caballos trabajen para nosotros.

Los caballos del carro:

—Aquí estamos muy quietos, mientras esos pobres hombres se afanan para colocar debidamente el fruto de su labor en nuestro carro. Trabajaron antes también para nosotros desde que comenzaron a moldear el barro. ¡Todo nos lo llevaremos ahora, orgullosamente, como una cosa nuestra!

HIJO MIO:

HIJO MIO:

I

La vida anda ligero. Los días galopan como manada de corceles desbocados.

Unos hombres no hacen más que apartarse y dejarlos pasar. Otros, son tumbados y pisoteados como cosas. Los menos, saltan sobre los corceles y asidos fuertemente de sus crines llegan a la eternidad y vuelven a pasar a nuestro lado como centauros del tiempo.

Pero el tiempo no es, en definitiva, sino fuego.

Todo lo trueca en cenizas.

Todo acaba como si el fuego lo abrasase.

Y giran a su alrededor las ilusiones, como las mariposas hacen la ronda al foco luminoso, como los salvajes en torno de la hoguera, como los planetas alrededor del Sol.

Contempla el fuego, hijo mío.

El realiza en una hora, a veces en un minuto, tarea de siglos.

Nos anticipa con maravillosa prontitud lo que acaecerá con cada cosa.

Alarga nuestra visión sobre el futuro.

El futuro sale de lo pasado, como la ola del océano.

Y vuelve a él, después de encantar los ojos con brillantes encajes de blanca espuma tornasolada por el Sol.

El Sol, el fuego grande, es el pastor de las cosas.

Congrega y guía cuanto cae bajo su mirada ardiente.

Regula la duración de cada forma.

No conoce la noche.

No se detiene nunca.

En su avance triunfal lo sigue todo.

Todo existe y todo sucede para lo mismo.

Por una sola cosa, el universo entero se mueve y se transforma sin cesar.

Con diferente paso y por diversos caminos, marchan hacia un mismo punto los astros y los insectos.

Ese punto está en lo más profundo de los cielos, en el más remoto de los días.

Mas ningún corazón, ni un solo átomo, pierden la esperanza de llegar.

Recibieron la consigna de ir hacia allá — quién sabe cuándo, quién sabe dónde, quién sabe cómo,

— y hacia allá se dirigen, a través de la vida y de la muerte, a través de la luz y de la sombra.

La sombra asusta a los niños, como la muerte a los hombres; son lo mismo.

La muerte lo sigue al ser desde que nace, y se alarga al final, como la sombra al declinar la tarde.

Los misterios de la muerte son los de una habitación iluminada cuando se apaga la luz. Lo invisible subsiste. Desaparecemos aparentemente.

La luz explica la sombra, y la vida, la muerte. Recuerda que te digo: A condición de que no se la busque, la muerte es un gran bien.

El bien es la obra de la palabra, y también, la del silencio.

Los más bellos valores de la vida no son sino silencio; una especie de obscuridad con su misterio, una región de los dominios de la muerte.

No hay silencio más santo que el de los viejos.

Suelen andar muy lejos, y no dicen por dónde, y de regreso sonríen, sonríen dulcemente y callan.

II

Abreme. Acógeme. Vengo desde muy lejos.

Veía sin mirar. Andaba igual en la claridad que en las tinieblas.

Todos los caminos daban en uno, todas las verdades, en una sola verdad. Todas las cosas eran una sola cosa, como los ríos cuando se vuelcan en el mar, como las penas cuando se refunden en la angustia.

Tenía en mi corazón la paz que ansías, y en mi espíritu la luz mucho más pura que la de aquellos astros que hace tiempo murieron y aun alumbran.

(Oh, sabio que no comprendes por qué cantan los gallos en la noche, y los perros ladran a la luna;

por qué la tempestad arrasa la mísera choza y sepulta el navío;

por qué la lluvia cae a destiempo para el labrador, y las frutas se desprenden del árbol antes de la madurez;

y el sano y bueno perece, y el deforme crece y vive;

déjame hablar con mi hijo.
Mi hijo es todo hombre que me oye y me comprende.
Tiene sed, y tus palabras lo resecan.
Está afligido en su alma, y tú lo llenas de perplejidades).

Verdad es, hijo mío, que quien sabe algo, sabe todo; que quien ha de ver, ve tanto si se inclina sobre el brocal de su pozo, como si escruta el universo constelado; que el que observó todos los seres a su alcance, descubrió tanto como el que observó uno solo.
Verdad es que el tiempo existe para quien lo cuenta, y el espacio, únicamente si se mide.
Verdad, también, que si con tu entera voluntad deseas descubrir una estrella, a tal hora, en tal punto del cielo, estará allí para que la descubras; que cuanto en plenitud concibas, existirá; que cuanto realmente quieras, ocurrirá, porque así es en el cielo; y el cielo y el infierno están aquí, lo mismo que en todas partes, y tú eliges la morada de tu espíritu más ciertamente que la casa que habitas.

¿Quién sabe lo que puedes?
¿Quién juzga que eres malo, sin comparar tu maldad con su clemencia?
¿Quién penetró en la obscura caverna de tu ignorancia y no quiso alumbrarla?
¿Quién te encontró extraviado y no te trajo para el buen camino?

Te suponen sin fuerzas, ¿y te dejan la más pesada carga? Mísero, ¿y se te exige el mayor óbolo? Amargado, ¿y te reclaman la dulzura que falta en esta vida?

Ven y pon tu ignorancia con la mía, desahoga tu sollozo en mi aflicción. No temas, que yo no temo. No te avergüences, que yo no me avergüenzo, y soy lo mismo que tú.

Más conforme a esta vida es tu humildad y tu confianza que el necio orgullo de quien imagina que de una palabra suya depende el equilibrio del universo.

Acaso ignoras de qué elementos se compone el agua; pero la bebes, estás formado de ella.

Desconoces, quizá, los componentes de la atmósfera; mas todos ellos entran en tus pulmones.

No explicas la diferencia entre el calor y la luz; pero te calientas y te alumbras, y en esto solamente los distingue el que pretende explicarla.

Navegante que, como el sabio, no tripulas, navegas junto a él desde que naces. Doquiera eches el ancla, cae al abismo sin fin. No sabes cuál es tu ruta, ni él tampoco, y ambos van a su destino.

Comprueba él que la redonda nave avanza hacia la constelación de Hércules; mas ésta avanza a su vez hacia otro punto de la inmensidad.

Que te diga dónde está; que te diga, aun sabiéndolo, qué haría.

Calcula alguno el peso de la nave. Calcula otro la fuerza que la mueve.

Pero hay viajeros que se limitan a viajar mirando el cielo con el mismo candor con que él los mira.

Veía sin mirar, te digo. Andaba igual en la claridad que en las tinieblas.

Porque el único ojo que verdaderamente ve es el espíritu. La única luz que verdaderamente alumbra es la de Dios.

Con diferentes nombres y apariencias, todo en la tierra va a un mar que no está en la tierra.

Todo va como los ríos.

Así las cosas.

Así nuestros caminos.

Así nuestras verdades.

III

Clama el desierto por agua; mas por algo está sediento.

Brilla el sol; pero la sombra permanece.

Pasa el río, y no lleva jamás todas las aguas.

Baja un mensaje del cielo cada hora, ¡y cuántos no lo recogen!

Para cada dolor hay un consuelo; para cada esperanza, una dulzura, ¡y el hombre vive y muere con su angustia!

¿No es lo más admirable de los animales y las plantas, que alguna vez no piden, que alguna vez se muestran satisfechos?

Pero el hombre es una súplica perenne.

Pide siempre, aun cuando da.

Aun lo que no necesita.

Más de lo que pudiera recoger.

Lo que no cabe en su cuerpo ni en su alma.

Dar, pues, sería lo más llano.

—Dadnos — dicen los simples, — y tendremos — y no saben qué tendrán.

—Tomad — dicen los otros, y no saben qué dan.

Porque ignoran que cada cosa es diferente en cada mano.

Por lo cual dice el Señor: Tomad según podáis.

Si fuera fácil dar, la vida no tendría objeto.

Dar bien, dar de verdad, es el acto supremo.

Hay quienes poseen mucho; hay quienes poseen bien poco; pero la medida para la dádiva y para el goce de lo que se posee es lo que cuesta encontrar y lo que determina su valor.

¡Cuán frecuente hacer mal al que se pretende hacerle bien!

¡Cuántas veces gozamos con nuestra ayuda al prójimo, dichosos de nuestra obra, y después reconocemos con arrepentimiento que nuestro gozo era infundado!

¡En cuántas ocasiones el cerrado egoísta y el supremo amador dicen que "no" con idéntico acierto!

¡Cuántos abandonaron su tarea para hacer bien, y en ella, únicamente, podrían realizarlo!

¡Cuántos dejan sus hijos para ayudar al prójimo, y así no ayudan a nadie!

Ves que un niño sube a un árbol. ¿Pensarás que el niño es débil y que la fruta está muy alta? ¿"Espera", le dirás, y se la alcanzarás quitándole la

oportunidad para fortalecerse, el sabor del esfuerzo victorioso?

Otras veces, por otra caridad mal practicada, el pescador se ve privado de caminar hasta encontrar su sitio delante del océano; de saturarse allí de sol y de aire puro; de ejercitar su paciencia; de meditar o descansar de sus meditaciones; del alegre regreso con el fruto de la labor.

Todo esto le roba quien le regala la pesca; acaso más aún; acaso lo inducirá a no pescar, confiado en que el pescado aparezca, horas más, horas menos, en su mesa.

Por lo cual, no te sorprenda si te digo que muchos que sólo se proponen dar, roban más que los ladrones.

¿Ayudarás a este hombre a levantarse, con olvido de sus músculos?

¿A este otro, en una tarea para la cual carece de aptitudes?

A este otro para que gane más de lo que su inteligencia le permite gastar en su provecho?

Tal hay que trabaja ahora con el torso desnudo bajo el ardiente sol y es más feliz que quien lo compadece.

Pero éste tiene que compadecerlo.

Y aquél, seguir encorvado bajo el sol.

Grandes males ocurren. Soporta el pueblo tantas tiranías como pasiones.

Es preciso que surja un libertador para salvarlo.

Y que el libertador se sacrifique.

Y que el pueblo continúe padeciendo sus pasiones.

Clama el desierto por agua, como el corazón por lágrimas; mas por algo están sedientos.

Y si ellos gimen de sed, ¿por qué sollozan los mares?

IV

Vamos recogiendo y dejando caer. Mas nada recogeríamos si no hubiéramos de llevar algo a alguna parte.

Detrás de los que levantan vienen los que derriban. Mas nada levantaríamos si todo debiera al fin trocarse en polvo.

El barro está al alcance de todas las manos, y cada cual lo modela a su albedrío; pero una sola es la verdad que queda en el fondo del vaso de la vida.

No hay uno que la niegue y que subsista una hora.

Y esta verdad es que somos inmortales.

El hombre es inmortal en la materia indestructible de su cuerpo; por la facultad de prolongarse indefinidamente en lo pasado y en lo porvenir; en sus ideales; en su espíritu.

Para morir, realmente, nadie querría vivir. Nadie daría un paso más. Si todo tiende hacia la inmortalidad, como la enredadera hacia la luz, es porque ella existe.

Esta vida, hijo mío, no es el principio, ni es el fin; es una parte de la vida; un trecho, único visible ahora, del camino.

Cuando lo alfombra, siquiera de penumbra, la verdad que resplandece detrás del abanico de la muerte, transfórmase en sendero de sabiduría.

La sabiduría es la que ve sin los ojos; la que se atiene, no al vaso, sino a su contenido; no a un trecho solamente, sino al camino entero.

Es la conciencia de la inmortalidad.

La que coordina el día con la noche; la vida con la muerte; la jornada con el destino total de cada ser.

Algún día no se le dirá sabio al que se limita a conocer los cambios de la materia y los determina, clasifica y explica a su manera; porque esa denominación no es en tal caso misericordiosa.

La misericordia es la hija del corazón que nos une las manos y nos inclina a compadecernos y ayudarnos.

Para ella no hay culpables. Todos mutuamente débense piedad bajo el impenetrable velo que envuelve el planeta.

Ella comparte la desgracia ajena, cual si reconociera la inferioridad común de la condición actual. Presiente que, pocos pasos más allá, el opresor y el malvado sufrirán torturas peores que sus víctimas, y que el soberbio se hartará de humillaciones. La misericordia sobrelleva con dulce resig-

nación las consecuencias de los actos humanos; pero sin enterarse, cual hace la tolerancia, de sus causas profundas.

La tolerancia, hija del razonamiento, contempla el mundo en actitud divina.

Comprende, justifica.

Acepta cada hombre tal cual es. No pretende que el acero flote en el agua, ni que un trozo de ceibo sea más duro que el acero.

Considera aquella tremenda confusión interna que padece cada uno; cuán peregrinos son los estados de alma simples, los pensamientos sin mezcla.

¡Difícil apreciar lo que desea o se propone un hombre! ¿Acaso él mismo lo sabe? ¿Acaso los resultados se parecen a sus esperanzas?

Por esto dijo Jesús: ¡No juzguéis!

Porque, hijo mío, ¿cómo juzgar sin justicia?

La justicia mira hacia arriba; la tolerancia, hacia abajo.

La justicia pone la fuerza al servicio de la inteligencia; ampara al débil ante el fuerte; al fuerte, ante el débil; a todos, ante el destino.

Este mundo es una batalla en que se pelea duramente; pero el justo se reconoce en que no pelea tanto contra los otros como consigo mismo. Los días le son escasos para vencer a sus enemigos internos.

Señala, ante el asesino, a los que asesinaron su piedad; ante el ladrón, a quienes le robaron la dig-

nidad; ante la mujer caída, a los que la contaminaron de su envilecimiento.

Mirarlo es probar el filo de una espada. Sus palabras son ásperas y duras como piedras.

Anuda lo presente a lo pasado; ata la voluntad rebelde de la muchedumbre al carro que conduce los dones del porvenir.

Su muerte es un alivio para todos; pero él muere dichoso.

La dicha es un estado de alma. Se le llama también cielo.

Quien busca la felicidad fuera de sí es como un caracol que caminara en busca de su casa.

Cada objeto que alcanza la mano del aturdido, es escudriñado para ver si allí dentro está la dicha, y luego lo abandona con desilusión.

El que aguarda la dicha no sabe lo que aguarda. Es una mujer soltera que al caer las tardes espera a su marido.

¿Por qué confía en ir al cielo el que ahora no va? El que puede ir, ha ido; mora en él.

Feliz el que en su interior no distingue la noche del día. El que en reposo camina. El que andando está firme. El que harto y sin penas sufre el hambre y el desconsuelo de la especie.

Feliz el que se siente un poco hijo de cada mujer; un poco padre de cada niño desgraciado.

Tal hombre vive inmenso número de vidas; anda todos los caminos; en todas las casas posee algo suyo; en todos los seres se siente vivir.

Su dicha no se distingue de la inmortalidad, ni su día de lo infinito.

V

A veces se habla al espíritu con prescindencia del cuerpo. A veces se habla del cuerpo y se prescinde del espíritu.

En ambos casos se habla estérilmente.

Son molinos que giran y no muelen los que predican la verdad divina a los mugrientos, cebados y envenenados.

Son sapos que aconsejan a los cóndores los que desde el barro dirigen enseñanzas a seres celestiales, sin conexión con la naturaleza física, tales como no existen en la tierra.

Aquel que ayuda a otro a satisfacer su hambre, a enderezar sus vértebras, a normalizar la digestión con sus mandíbulas, le acerca más a Dios que quien le habla de El todos los días, y lo deja torcido, hambriento o enfermo de las vísceras.

Quienes pelean con los más groseros males,

atienden a éstos, no al sermón. Quienes llegaron a la serena cumbre tienen dentro el gran sermón.

No es una verdadera filosofía la que se aparta de la naturaleza.

No es una verdadera religión la que se desentiende de esta vida, so pretexto de que no es toda la vida.

Respetable es la pauta de nuestras sensaciones.

Insensato el que menosprecia aquellos bienes tras los cuales va el hombre desde que alienta en el planeta.

Considera tus pies, y donde pisan; tus manos, y los brazos que las sostienen; tu vientre, y las funciones que realiza; tu cuerpo entero, como la inseparable condición de tu ser actual, tu medio de relación y comunicación con cuanto te rodea.

No evites demasiadamente el hambre, el frío, la fatiga, la maledicencia, la riqueza, la fama y demás dolores; porque peor será enclaustrarte en la debilidad y desaparecer bajo los hongos de tu fantasía.

Acepta esta existencia tal cual es. Fortalécela, gózala, vence cuanto la estorbe en su designio, y acábala en la inocencia y la confianza con que la comenzaste.

Nada hay insignificante para ti.

No busques el cumplimiento de la voluntad de

Dios, que te puso en el mundo, en abominar del mundo.

No seas de aquellos que van a un cielo de delirio, dejando aquí su cuerpo, vivo aún, como inmundicia que mortifica a los demás, y no andan su camino.

Escucha al cuerpo entero; no al cerebro solamente.

Vive con plenitud cada minuto.

Concentra la atención en cada acto que realices, cualquiera sea, por insignificante que parezca.

No engañes tus necesidades, ni disfraces tus propósitos.

No tengas pereza para nada. No te canses del miedo de cansarte.

Vigila tu imaginación. Su poderío es casi ilimitado sobre ti; úsalo sabiamente.

No discutas, ni hables sin propósito. Acepta apaciblemente la disparidad de opiniones. Necesitas tus energías para otros fines.

No pretendas ser o hacer más que los otros. Ello puede resultar; pero "no era" lo que tú te proponías.

No quieras ser siempre el primero en quejarte, en exigir, en protestar, en pasar, en quedarte.

No te guíes enteramente por los animales y las plantas; ni por el hombre primitivo, pues no vives en bosque ni en caverna; ni por el hombre del futuro, que no conoces; ni por hombres que no nacieron de tus padres, ni poseen tus mismos órganos, ni han de morir de tu muerte.

Llénate los bolsillos de serenidad, de valor y de confianza, para usar de todo esto cuantas veces te sea necesario.

Y vive, vive, hijo mío, simplemente, con la cándida fe de todos los demás seres, que no esperaron antes, ni esperarán ahora para cumplir su destino, para gozar sus dulzuras, para resignarse en sus dolores, que tú descifres el enigma de la vida y expliques la finalidad del universo.

VI

Pobre cosa es el hombre — un dolor metido en el barro, una interrogación hecha de barro; — y más pobre, todavía, su pensamiento.

Pero la importancia de éste debe de ser enorme para él. Todos los afanes tienden a desarrollarlo; conquista muchos de los mejores premios de este mundo; señala las más ostensibles diferencias entre los hombres.

¿Qué es una luz encendida para reemplazar al sol en la mitad de la noche? Y, sin embargo, te salva de las asechanzas de la obscuridad; te guía hasta tu casa; luego en ella, prolonga el día para ti, te conforta y regocija.

La inteligencia duele. (Todo lo humano duele). Para ella, vivir es aprender. Aprender es rectificarse, aleccionarse, arrepentirse, prepararse.

Sin ella seríamos ángeles o bestias.

No nos deja ignorar nuestra ignorancia; pero no la disipa.

Nos persuade de que estamos aquí como en una cárcel, con muros de soledad; pero nos deja en la misma incertidumbre que padece el prisionero respecto a lo que ocurre fuera de su prisión.

Comprende que no debería aceptar nada definitivamente, y como esto es imposible, lo hace con cautela, como cuando se trata de coger un tizón de la hoguera.

Trasporta la muchedumbre a la ciudad, que es trasportar el bosque al aserradero.

Cada día te convencerá un poco de que los animales son más inteligentes de lo que te dijeron. Y, al revés, los hombres.

Comprobarás, asimismo, que el intelecto, con ser grande, es inferior al sentimiento. Lo comprobarás, mejor que en nada, en las obras llamadas intelectuales, en las que el sentimiento resplandece asentado en las ideas como diamante en el engarce.

Y oirás grave discusión sobre el principal objeto de la inteligencia. Unos afirman que es la verdad; otros, que la belleza; otros, que el bien.

Es el hombre, hijo mío, que cual un prisma cuyas tres caras fueran la materia, la mente y el espíritu, descompone el rayo de luz de la verdad que llega de lo infinito, en muchos rayos de diversos colores.

Donde está la verdad, si fuéramos más perfectos, veríamos asimismo la belleza y el bien. ¿Quién concibe la belleza sin la verdad y sin el bien?

Aun la misma verdad la convertimos en verdades. Por idéntica causa, hay religiones, dioses, patrias... y muchos plurales más.

¿Cómo haría el hombre para extraer el mármol de la cantera, sin dividirlo en mármoles de diversos tamaños y matices?

¿Cómo removería una colina sin transformarla en un inmenso número de minúsculas colinas?

El, en su pequeñez, determina lo múltiple, lo diverso, lo complejo, allí donde sólo existe la unidad, la identidad, la simplicidad absoluta.

Pasa el hombre por las cosas como el barco por el mar y produce un oleaje multiforme. Detrás de él, la unidad del vasto océano se reconstituye. El misterio se cierra igual que antes.

Pero si no es preciso que se diga algo nuevo, si el cielo lo dijo todo desde la primera hora en ese cándido rayo de luz que llega de lo infinito, hace falta, sin duda, que la verdad penetre en el espíritu del hombre.

¡Bendito sea quienquiera que lo consiga, así se llame bienhechor, sabio o artista!

La verdad, desnuda, vaga, sin que nadie la contemple.

Sentada se halla, acaso, en el umbral de tu morada, y tú dentro, sin saberlo.

El que te ama la cubre con el manto de belleza; llama a tu puerta; te avisa que está allí; la entra en tu hogar; la sienta frente a ti; te dice: ¡Mírala!

En sus cabellos puso la fragancia de las rosas que recogió en octubre; en toda ella, para tu enardecido corazón, fértil frescor que trajo de un remoto arroyuelo oculto bajo la espesura del ramaje.

VII

Te he hablado por tu bien, y por esto, mis palabras te seguirán, como los perros fieles siguen a sus amos.

Te seguirán hasta que las recibas en tu casa y les confíes tu guarda. Y en esto conoceré que eres mi hijo.

Velarán por tu dicha.

Ahuyentarán a tus peores enemigos.

Y se echarán dócilmente en el umbral de tu paz.

Como el agua en casi todos los terrenos, así encontrarás la paz, a mayor o menor profundidad, en casi todas las situaciones de la vida.

Ahonda tu pozo, hijo mío, con tus pensamientos y más aún con tu amor, y brotará por fin la pura y fresca agua que, saciando tu sed, serene tu alma.

Dale a tu alma su alimento; su oportunidad para crecer y fortalecerse; para estar al diapasón de su

destino; para manifestarse. ¡Dale su hora de soledad y de silencio cada día!

En el silencio y en la soledad, únicamente, descubrirás el secreto para aumentar y consolidar tu dicha.

Para tu dicha, hijo mío, levántate con el sol y traza el plan de tu día.

Ten una sonrisa a tiempo, una palabra bondadosa a tiempo.

No des a quien no merezca.

Condena el mal con la alabanza de lo opuesto.

Elogia al malo lo bueno, y corregirá lo malo.

Avanza en línea recta hacia tus fines. No andes en ninguna otra línea más que en la recta. Abrevia siempre el camino, yéndote en derechura a tu propósito.

Aun cuando éste fuere malo, así se hará menos malo.

Prepárate, hijo mío, para vivir un día, o diez mil días. Esta actitud, esta tranquila y valerosa guardia ante lo impenetrable, es la suprema dignidad del hombre.

El hombre crea su mundo. Un día es la causa de los días que le siguen. Cada acto es el padre de los demás actos. Cada uno de tus pasos te lleva hacia el mañana. Vienes de tu propio ayer.

No esperes al porvenir: avanza hacia él.

Te aseguro, hijo mío, que llegarás adonde quieras.

Te aseguro que puedes lanzar certeramente tu ser como a la flecha, desde el tenso arco de tu voluntad, y que irá adonde pongas tu mirada.

Te aseguro que nada hay en la tierra ni en el cielo que se oponga a tu destino.

Tu destino es llenar, andar, sembrar.

Los días de tu existencia están contados; no sabes cuántos son; mas sabes que están vacíos, y has de llenarlos.

No puedes estar inmóvil. De cada punto adonde llegas parte un infinito número de caminos. Tú eliges el camino en cada paso. Cada uno de ellos es una afirmación y una decisión: la causa creadora de lo que has de ser.

Cada hombre nace delante de un erial. Cosechará lo que siembre.

El erial que encontré queda sembrado. Y ahora soy uno de los que en el crepúsculo retornan a través del vasto campo adormecido.

Si con mi siembra no te sientes más feliz, ¿para qué habré sembrado?

Si no arranqué siquiera una espina de tu carne, ¿para qué habré vivido?

¡Recoge mis palabras!

Aunque yo calle, no dejes de escucharme.

Pronto seré una sombra que se mueve en la sombra; pero amándote, hijo mío.

¡Dios alivie al lector de toda palabra inútil o contraria a Sus designios!

TEMAS DE LA MISERIA

LAS ENFERMEDADES
LOS CASTIGOS
LOS CÍRCULOS

CARTAS AL PUEBLO
CARTAS ÍNTIMAS

SIEMBRA DE AMOR

MINDAS
MISERERE

PALABRAS DEL CAMINO
PLEGARIAS
ARÁBOLAS

HIJO MÍO

INDICE

Página

Algunas Opiniones 11

Temas de la Miseria 25

Las Enfermedades 49
Los Castigos 73
Los Círculos 85

Cartas al Pueblo 93

Cartas Íntimas 121

A una madre 121
A la hija que se fué 122
Al que anhela riquezas 123
A un presidiario 125
A un vanidoso 126
A un amigo 127
A uno que es como muchos 127
A dos padres afligidos 127
Al sepulturero 128
A otra madre 129
A mis hijos 130

Página

De la Vida al señor Fulano 130
A mi esposa 131
A mi madre 132

Siembra de Amor 137

Mindas 143
Miserere 153

Palabras del Camino 165

Plegarias 199

Del Sembrador 199
De Nochebuena 203
De Año Nuevo 206
Por el árbol 209
Por el indio 214
Por un héroe de cuatro patas 221
Por los muertos 224
Primera plegaria por la paz 227
Segunda plegaria por la paz 230
Tercera plegaria por la paz 232
Ayerecó cua-á catú 235
Por los presos 242
Por el niño 244
¡América! 246

Página

PARÁBOLAS 251

La congoja 251
Padre e hijo 252
El Señor 253
Un negocio 255
Como en la tierra 256
La venganza 256
Las súplicas 259
La caridad 259
El ladrón 261
El pescador 261
La caja de los insectos 262
El perdón 263
La busca 264
La intención 265
La astucia 266
Las riquezas 267
La cabra 268
El sabio 269
La casa cerrada 270
La vergüenza 271
Los héroes 272
El reparto 275
¿Por qué? 277
Alicharán 279
La escalera 280
Las audiencias del Gran Rey 281
Los trabajos 282

HIJO MÍO 285

La arquitectura de "El Erial", interpretada por el artista don Manuel Ugarte.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028441927